

HOTEL CALIFORNIA

Hnos Martí N°4

Marc y Alex Martí son gemelos pero dejando a un lado su idéntico aspecto físico, son polos opuestos y grandes amigos. Alex trabaja en una gran empresa hotelera española y está especializado en comprar hoteles para la cadena, mientras que Marc es veterinario y acaba de abrir una pequeña clínica en el pueblo en que nació. Marc y Alex siempre se han ayudado y por eso Marc accede a hacerle un favor a su hermano cuando éste se lo pide. El error que comete es no preguntarle antes en qué consiste dicho favor. Marc tiene que suplantar a Alex en su nuevo trabajo; director de un desvencijado hotel de la costa llamado Hotel California.

Marc está furioso con su hermano, al parecer Alex no sólo se ha olvidado de contarle que el favor va a tener que durar varias semanas, ¿qué se supone que hará con los animales que tiene en la clínica?, o que tendrá que quedarse a vivir en el dichoso hotel que parece sacado de las series de Benny Hill, sino que también se ha olvidado de decirle que la nieta del propietario es la mujer más maravillosa que existe y que al parecer le odia, o mejor dicho, odia a Alex y, por cierto, ¿dónde diablos está Alex?. Olivia Millán no puede creerse que su abuelo contratase a ese cretino, pero lo hizo, así que no tiene más remedio que aceptarlo. El problema es que el Alex de ahora no se parece en nada al tipo que conoció meses atrás cuando su multinacional le mandó allí para hacer una oferta para comprar el hotel. ¿Será todo una estratagema

Autor: Anna Casanovas
ISBN: 9788408036012

Agradecimientos

CUANDO escribí *Nadie como tú*, la primera novela de la serie de los hermanos Martí, me inspiré en mi familia, así que puedo decir que sin ella estas novelas no existirían. Ninguno de mis hermanos está fielmente representado, pero todos mis personajes reúnen lo mejor de ellos. O ésa ha sido mi intención. No podría imaginarme mejores hermanos.

Con esta novela empiezo a despedirme de los hermanos Martí, una serie que jamás habría sido posible sin el apoyo de todo el equipo de Esencia, pero en especial el de mi editora, Esther, que siempre me ha animado a seguir escribiendo. Y mi más profundo agradecimiento también a Laura Falcó por haberme brindado una oportunidad hace unos años, y por seguir dándomela.

Prólogo

OYÓ que alguien abría la puerta del piso y el sonido de las bisagras retumbó en su mente. No se preocupó por el intruso, sino que cogió la almohada que tenía al lado y se cubrió con ella la cabeza. Su hermano sabía perfectamente que en esas fechas no estaba para nadie.

—¿Marc? —La voz de Álex llegó desde el pasillo—. ¿Marc?

—Vete de aquí —farfulló él, sin salir de debajo de la almohada.

—El piso apesta a alcohol, Marc —dijo Álex, ignorando por completo el mal recibimiento—. Joder, Marc, ¿cuántos días llevas sin abrir una ventana? —le preguntó, entrando en el dormitorio, sorteando las botellas vacías que cubrían el suelo, los ceniceros y los montones de ropa sucia.

—Vete de aquí, Álex —repitió Marc apretando los dientes—. Y ni se te ocurra levantar la persiana... ¡Joder!

Álex asió la tira de lona y levantó la persiana con un par de movimientos. Sin detenerse y sin dejarse impresionar por la resaca de su hermano, abrió también la ventana y dejó que el aire de la mañana entrase en el apartamento.

—Sal de la cama —le ordenó Álex apartando la sábana que lo cubría de cintura para abajo.

—No pienso moverme —insistió él, todavía debajo de la almohada.

El silencio lo engañó y pensó que quizá su hermano se había dado por vencido, pero el ruido del agua corriente en la ducha le demostró que se equivocaba.

—Sal de la cama y métete en la ducha. —Álex se sentó a su lado e intentó quitarle la almohada de la cabeza—. Vamos, Marc, cada año es lo mismo. Empiezo a hartarme de tener que...

—Nadie te ha pedido que vengas —se defendió él—. Vete y déjame en paz.

—No pienso irme. Métete en la ducha o te meteré yo y sabes perfectamente que soy capaz de hacerlo —añadió, al recordar el año anterior, cuando los dos terminaron bajo el chorro del agua helada.

Marc apartó una mano de la almohada y golpeó furioso el colchón. Después insultó a su hermano sin disimulo, lanzó la almohada al suelo y se sentó en la cama.

E intentó que el sol que entraba por la ventana no lo cegase. Dios, ¿tenía que hacer tanto sol, precisamente ese día? El clima tenía un sentido del humor muy sádico.

Álex estaba más cerca de lo que Marc creía y, cuando se incorporó, apenas unos centímetros los separaban. Intentó no ver la mirada de desaprobación en el rostro de Álex, quien a su vez se esforzó por controlarla.

—No puedes hacerte esto cada año, Marc —le dijo, mirándolo a los ojos—. Cada vez es peor, y no sirve de nada, sólo para hacerte daño.

—Cállate —le advirtió él aguantándole la mirada—. Iré a ducharme.

—Perfecto. Yo mientras prepararé café.

Marc asintió y esperó a que Álex se hubiese ido del dormitorio para levantarse de la cama. No quería tener testigos si se caía de bruces o vomitaba nada más llegar al baño.

Se puso en pie y cerró los ojos unos segundos para no marearse. Cuando estuvo seguro de poder mantener el equilibrio, caminó hasta el cuarto de baño anexo sujetándose en la pared.

Por suerte para su dignidad, esa vez su hermano lo había encontrado solo, no como un par de años atrás.

El vapor que salía de detrás de la mampara había empañado el espejo. Marc se quitó la camiseta y el pantalón y los dejó en el suelo. Álex tenía razón,apestaba, y no sólo a alcohol. Se metió en la ducha y dejó que el agua le quemase la piel. Apoyó los puños en las baldosas y agachó la cabeza para que el chorro golpease en las vértebras superiores.

Durante un segundo consiguió no pensar en nada, pero en cuanto tomó la siguiente bocanada de aire, recordó por qué se había pasado las últimas horas bebiendo como un poseso y apenas tuvo tiempo de abrir la mampara de la ducha, arrodillarse en el suelo y vomitar en el retrete. Vació el contenido del estómago y notó unas lágrimas abrasándole las mejillas.

Hacía ya seis años y Álex no se equivocaba: cada vez era peor.

Se puso en pie y volvió a meterse en la ducha; el agua se había enfriado, pero no le importó. Se duchó a conciencia, sacudiendo la cabeza unas cuantas veces para quitarse de encima el estupor del alcohol y luego cerró el grifo. Volvió a abrir la mampara y cogió la última toalla que quedaba en la estantería. Se envolvió con ella la cintura y salió de la ducha.

En el lavabo, se cepilló los dientes con una generosa cantidad de pasta dentífrica y luego empleó enjuague bucal. Escupió el agua con sabor a clorofila y repitió la operación para ver si así lograba desprenderse del de la ginebra.

El agua fría había disipado el vapor y con una mano frotó el espejo empañado para poder verse. En general no le gustaba demasiado mirarse, pero en días como ése apenas podía soportarlo. Y mucho menos después de haber tenido que enfrentarse a la mirada de su hermano diez minutos atrás.

A Marc siempre le había resultado difícil enfrentarse a Álex, porque era como discutir con una versión mejor de sí mismo. Con la versión original.

Eran gemelos, gemelos idénticos, aunque Marc tenía la sensación de que él, sencillamente, era una copia barata. Y lo peor de todo era que Álex nunca había hecho nada para merecer su animosidad ni su reticencia, sino todo lo contrario. Siempre había sido su mejor amigo y Marc no dudaría en afirmar que era uno de los mejores hombres que conocía.

Sí, eran gemelos idénticos pero esa mañana nadie los confundiría. Álex se había presentado allí con aspecto de haber dormido ocho horas, recién afeitado, con el pelo negro estudiadamente despeinado y vestido con vaqueros y una camiseta negra que dejaba al descubierto unos antebrazos bronceados. Marc, en cambio, llevaba una semana sin afeitarse y lo que tenía bajo los ojos iba más allá de unas simples ojeras, mientras que sus ojos parecían un mapa de carreteras rojizas transitadas por la culpabilidad. Había perdido peso y, aunque seguía estando fuerte, se lo veía demacrado.

Abrió el agua caliente y buscó la cuchilla. Sacudió el bote de espuma de afeitar, se la echó en una mano y se la aplicó en la cara. Dejó el bote y deslizó la cuchilla con cuidado, evitando la cicatriz que sin duda era la mayor diferencia entre Álex y él. La prueba definitiva de que nunca estaría a la altura de su hermano.

La cicatriz ya no le dolía, habían pasado más de seis años desde el accidente, pero Marc tenía la sensación de que en esas fechas le tiraba más de lo habitual. Miró su reflejo y suspiró, furioso consigo mismo. Álex le había dicho que cada vez era peor, y eso que él no sabía de la misa la mitad.

Terminó de afeitarse y entró de nuevo en el dormitorio para buscar una muda

limpia. Ahora que ya no estaba aturdido por la ginebra, podía ver que su habitación se había convertido en una pocilga y probablemente el resto del piso estuviese aún en peor estado. Maldijo y se puso unos vaqueros y una camiseta verde botella. Luego, descalzo, porque no sabía dónde había metido las deportivas, salió a hablar con Álex. Marc no se había hecho ninguna ilusión respecto a que su hermano fuese a darle tregua.

Abrió la puerta y lo vio sentado en el sofá. Había ordenado los cojines y vaciado los ceniceros; también vio una bolsa de basura llena de botellas vacías, así como dos tazas de café encima de la mesa baja que había frente al televisor.

—Ah, estás aquí —le dijo Álex, guardándose el móvil en el bolsillo—. ¿Cómo te encuentras? —Le señaló la taza de café y Marc la cogió antes de sentarse.

—Bien —respondió, enarcando una ceja, confuso al ver que de momento no le había gritado.

—Te insultaré más tarde, capullo —le dijo su hermano como si le hubiese leído el pensamiento—. Me tenías preocupado —empezó a decir y al ver que él no reaccionaba, añadió—: Dios, ni siquiera sabes por qué, ¿verdad? Llevo tres días intentando hablar contigo. Joder, Marc.

—¿Tres días? —No podía ser, era imposible que se hubiese pasado tres días encerrado en el apartamento, bebiendo.

—Tres días, Marc. ¿Qué día crees que es hoy?

—Sábado.

—Martes.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Marc se puso en pie y fue en busca de su móvil. Seguro que lo habían llamado del zoo para preguntar por qué no había ido a trabajar.

—Se está cargando —le dijo Álex señalando el teléfono con la barbilla—. Lo he encontrado sin batería, tirado en la cocina.

Él miró la pantalla y vio que tenía doce mensajes de voz. Tres de su jefe. Los escucharía más tarde, aunque probablemente podía adivinar qué decían.

—Da gracias a Dios de que papá y mamá están de viaje —continuó su hermano—. Mamá llamó ayer y le dije que yo sí había hablado contigo. Y tienes suerte de que Ágata, Guillermo, Helena y Martina me hayan llamado a mí en vez de venir directamente. Nuestras hermanas querían mandar a la policía. Me he pasado los últimos dos días llamándote al móvil, al fijo, mandándote sms, whatsapps. Maldita sea, Marc. —Álex se puso en pie—. No puedes seguir así.

—No me pasa nada —dijo él a la defensiva—. La semana pasada tuve mucho trabajo y el viernes me pasé un poco con el alcohol.

—¿Acaso crees que soy idiota y que no sé qué día fue el viernes? —Paseó por delante del televisor—. Ya te dije que te vinieras conmigo a Madrid, así no habrías tenido que estar solo.

Marc entrecerró los ojos y recordó que el miércoles de la semana anterior Álex lo había invitado a acompañarlo en su viaje. Él tenía que ir a Madrid por trabajo, le contó, pero podían quedarse allí a pasar el fin de semana y salir por la ciudad. Al formular la invitación, su hermano no hizo ninguna mención de la fecha que era el viernes y Marc tampoco, pero ambos lo sabían.

—Y yo te contesté que no me hacía falta niñera, Álex. Sé cuidarme solo.

—Pues no lo parece.

Él se puso en pie para poder mirarlo a la cara. Era comprensible que su hermano se hubiese preocupado si había estado tres días sin cogerle el teléfono, pero la resaca no era

buena consejera y discutir con Álex le iría bien para relajarse.

—No todos somos perfectos como tú —le espetó, buscando la confrontación, y lo vio apretar la mandíbula.

—Tendrías que hablar con alguien —sugirió Álex.

—No digas estupideces. Estoy bien, no me pasa nada —afirmó, a pesar de que todavía tenía el regusto del alcohol que se había bebido para convencerse de esa mentira.

Los dos se midieron con la mirada y, por fortuna para Marc, Álex fue el primero en darse por vencido.

—Está bien, lo que tú digas. —Levantó las manos en señal de rendición y se apartó de él para sentarse de nuevo en el sofá. Cogió la taza de café y se quedó mirándola sin acercársela a los labios. La volvió a dejar asintiendo como si hubiese llegado a alguna conclusión y entonces volvió a hablar—: No te pedí que me acompañases a Madrid sólo para que no... —Vio que Marc lo fulminaba con la mirada y no terminó la frase. Carraspeó—. Quería pedirte un favor.

¿Un favor? ¿Álex el invencible iba a pedirle un favor a él y no a Guillermo el increíble o a alguna de sus hermanas, las tres fantásticas? Marc quería mucho a sus hermanos, pero a veces no podía soportar lo perfectos que eran. Y entonces se sentía una persona horrible.

«La ginebra te pone melodramático, Marc», se dijo.

—¿Qué favor?

—Siéntate, ¿quieres? No pretendo salir de aquí con tortícolis. —Se frotó la nuca y esperó.

—¿Qué favor? —repitió Marc al sentarse.

Después cogió la taza y él sí bebió y agradeció la amargura del café tibio deslizándose por su garganta.

—La última vez que nos vimos, me dijiste que te estabas planteando cambiar de trabajo. ¿En qué estabas pensando?

—Todavía no he escuchado los mensajes del móvil —contestó—, pero estoy seguro de que mañana me invitarán a marcharme.

—Genial.

—Vaya, me alegra saber que mis desgracias te animan tanto.

—Llevas años diciendo que quieres abrir tu propia consulta. Todavía me acuerdo de cuando en tercero de Económicas te matriculaste en Veterinaria. No terminaste dos carreras para aguantar los abusos de un déspota maleducado en el zoo de Barcelona.

—Ya, bueno. —Marc se removió, incómodo, y bebió un poco más de café. Se le daba mejor aguantar los insultos de Álex que sus halagos—. Todavía estoy muy lejos de tener el dinero necesario para abrir una consulta.

—Sabes que papá y mamá o cualquiera de nosotros te ayudaríamos —le recordó su hermano.

—Lo sé. —Marc nunca había dudado de la generosidad de su familia, pero aquello tenía que hacerlo él solo—. Pero ¿qué tiene eso que ver con el favor que dices que querías pedirme?

—¿Te acuerdas de cuando en la facultad nos hacíamos pasar el uno por el otro?

—Claro que me acuerdo. —Sonrió al recordar esa época.

—Tuvimos suerte de que nadie se diese cuenta de que nos matriculábamos en asignaturas distintas cada semestre.

—Y que lo digas, pero hubo una vez... ¿Cómo se llamaba la profesora de Micro?

—¿La Rotenmeyer? ¿Pilar Cuesta? —dijo Álex también sonriendo.

—La misma. Después de terminar el examen, me miró con lupa durante un mes, como si estuviese buscando el modo de demostrar que yo había ocupado tu lugar.

—¡Y un día te siguió hasta la cafetería para acorralarte y afirmó que el día del examen te vio beber café con azúcar y que yo lo tomaba sin!

—Sí, menos mal que nadie le hizo caso, porque nos habrían echado a los dos.

—Sí, nos fue de un pelo —recordó Álex.

—¿No me dirás que quieres que vaya a hacer algún examen en tu lugar? ¿No se fían de ti en tu empresa? Creía que eras el fichaje estrella de la temporada —se burló Marc, pero esta vez con cariño.

—No exactamente —contestó Álex enigmático—. He conocido a una chica.

—Mierda —soltó Marc, apoyando la cabeza en el sofá—. Ninguna conversación que empiece con esa frase puede terminar bien.

1

—HAS conocido a una chica. —Marc repitió las palabras de su hermano.

—Sí —dijo Álex sin poder reprimir una sonrisa—. Se llama Sara.

—Me alegro por ti —lo felicitó sincero—, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo y mi trabajo?

—Hace cosa de un año, fui a visitar un hotel en la Costa Brava; la cadena estaba interesada en comprarlo y me pidieron que hiciese una valoración y una oferta a su propietario.

—Me acuerdo, se llamaba Hotel Las Vegas, ¿no?

Los dos hablaban a menudo de sus respectivos trabajos. Normalmente, las anécdotas de Álex eran más entretenidas e interesantes, pues trabajaba en una multinacional hotelera que se estaba expandiendo por España, mientras que Marc era un veterinario más del zoo de Barcelona. O lo había sido hasta esa semana.

—Hotel California —lo corrigió su hermano—, pero te has acercado bastante. El señor Millán, el propietario, rechazó la oferta y yo me fui de allí convencido de que nunca más volvería a saber de él. Sin embargo, tres semanas más tarde, me llamó y me pidió que fuese a verlo. La verdad es que resultó una conversación muy interesante.

—¿Y fuiste?

—No, no pude. Esa semana tenía que ir a Sevilla y a Málaga —se justificó—, pero Millán me contó que quería contratarme como asesor o algo por el estilo. Quedamos en que me llamaría al cabo de unas semanas; insistió mucho en que yo no me pusiese en contacto con él —puntualizó—, creo que no quería que nadie se enterase de que me había llamado. En fin, pasaron los días y no recibí noticias suyas, de modo que supuse que había cambiado de opinión y que ya no estaba interesado.

—Sigo sin entender qué tiene eso que ver conmigo o con que hayas conocido a una chica.

—Millán ha muerto —dijo Álex de sopetón.

—Vaya. —Eso sí que no lo había visto venir.

—Y la semana pasada recibí una carta de su nieta, que por cierto carece de la simpatía del abuelo, exigiéndome que fuese al hotel en una fecha concreta, porque, si no, no podían leer el testamento —continuó Álex.

—¿Estás incluido en el testamento de ese hombre? —le preguntó Marc atónito.

—No lo sé, pero la carta de la nieta iba acompañada de otra de un bufete de abogados y el tema parecía serio. La lectura del testamento está prevista para el lunes de la semana que viene a las diez de la mañana.

—Pues entonces no tendrás más remedio que ir —señaló Marc, que seguía sin entender adónde quería ir a parar su gemelo.

—No puedo. El domingo tomo un vuelo para San Francisco y no volveré hasta dentro de dos o tres semanas.

—¿A San Francisco? —Empezaba a adivinar qué favor iba a pedirle, pero no se lo iba a poner fácil.

—En la central me han pedido que vaya a ayudar al equipo que se encarga de la compra de uno de los hoteles más antiguos de la ciudad.

—¿Y no puedes decirles que llegarás el martes o el miércoles? Son hoteles, Álex,

no se irán a ninguna parte.

—Al parecer, hay otra cadena interesada en comprar ese hotel en particular y cada día que pasa es de vital importancia. De no ser por tu desaparición —añadió, mirándolo a los ojos—, me habría ido hoy mismo.

—Oh, vamos, Álex. No eres imprescindible y además ya no somos unos niños. No pienso hacerlo.

—Todavía no te he pedido nada —se defendió su hermano algo sonrojado y a él lo tranquilizó ver que Álex no tenía la situación tan controlada como creía.

—Ya, claro, y yo soy idiota. Tengo resaca, pero todavía me quedan unas cuantas neuronas capaces de sumar dos y dos. Quieres que el lunes vaya a la lectura del testamento de ese hombre y me haga pasar por ti.

—¿Lo harás? —Lo miró esperanzado.

—Ni hablar. La gente no es tonta, Álex. Todavía no sé cómo lo conseguimos en la universidad, pero no pienso volver a fingir que soy tú. Y no deberías pedírmelo.

—¡Oh, vamos, no te pongas ahora en plan santurrón! No te estoy pidiendo nada del otro mundo. Sólo serán un par de horas, cuatro como mucho. Y lo único que debes hacer es presentarte allí, escuchar lo que te digan esos abogados y marcharte. No tendrás ningún problema.

—Tú mismo has dicho que la nieta del señor...

—Millán —le recordó Álex el apellido.

—... como se llame, te mandó una carta muy antipática. Seguro que se acuerda perfectamente de ti y que cuando me vea —se señaló la cicatriz que le cruzaba la mejilla— sabrá que no soy tú.

—Te equivocas —respondió su hermano, seguro de que terminaría por convencerlo—. A la señorita Millán sólo la vi una mañana y no estuvimos más de diez minutos juntos. Y en el caso de que tuviese memoria fotográfica y se acordase, ha pasado un año. La cicatriz es fácil de explicar.

—¿Y cómo justifico que no tengo ni idea del sector hotelero, o que nunca he estado en su hotel?

—No te hagas el tonto. Quizá la señorita Millán no tenga memoria fotográfica, pero tú sí. Seguro que recuerdas todo lo que te he contado del hotel y puedo pasarte las notas que tomé. Si quieres verlo, sólo tienes que meterte en Internet. Además, nadie te preguntará nada de nada. La lectura del testamento se hará en una notaría y, cuando termine, te puedes volver aquí sin darle ninguna explicación a nadie.

—No he aceptado ayudarte.

—Oh, vamos, Marc, por favor. Has de hacerlo.

—¿Por qué? Y ahora dime el verdadero motivo, por qué es tan importante tu viaje a San Francisco.

Su hermano se pasó las manos por el pelo y tomó aire.

—Sara —confesó.

—¿Sara?

—La conocí hace tres meses —empezó Álex—. Pasamos juntos el fin de semana.

Por el modo en que escogía las palabras, Marc supo que tras esas dos frases se escondía una historia mucho más interesante de lo que su hermano dejaba entrever.

—No me lo contaste —dijo.

—No. No quería hablar de ello —explicó Álex—. La noche del domingo fuimos al cine. Yo pagué las entradas y las palomitas y le pedí que me sujetase la cartera un segundo.

—¿Y? —Marc supuso que aquello iba a llegar a alguna parte.

—Se me cayó una tarjeta de visita. Sara la recogió y vio el nombre de la empresa y mi apellido. Hasta entonces no se lo había dicho.

—¿Y qué tiene de raro nuestro apellido? Que yo sepa, no tenemos ninguna prima llamada Sara —bromeó él.

—Sara trabajaba en la sede de Nueva York de los Hoteles Vanity. —Era el nombre de la cadena para la que Álex trabajaba—. La despidieron por mi culpa.

Marc intentó no reírse.

—¿Por tu culpa?

—Su equipo perdió una operación importante y en la central me pidieron que elaborase un informe sobre si tenía sentido que la cadena mantuviese la sede de Nueva York. Al parecer, me hicieron caso a medias y decidieron despedir a Sara y comentarle lo del informe.

—Joder, Álex, eso sí que es tener mala suerte.

—Ella es de Barcelona y, al perder el trabajo, vino a pasar unos días con su familia.

—Y entonces fue cuando la conociste.

—Sí. Ni te imaginas lo que pasó en el cine —dijo su hermano al recordar los insultos y las acusaciones de Sara—. Yo intenté explicarme, pero ella no me escuchó y se montó en un taxi que tuvo el detalle de pararse justo delante de la puerta del cine Verdi.

—Y ahora ella está en San Francisco; por eso quieres ir, ¿no? —supuso él.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—¿Qué quieres decir?

—Sara es la representante de la otra empresa que desea quedarse con el hotel de San Francisco.

—Vaya —dijo Marc, levantando ambas cejas.

—Sí, vaya. Después de que me dejase plantado en el cine, intenté buscarla como un poseso. Pero los datos que teníamos en la oficina no me servían, pues, evidentemente, su teléfono ya no era el de la empresa. Tampoco encontré el número de casa de sus padres.

—Y supongo que ella no te lo dio.

—Supones bien —contestó Álex escueto—. Si hablo con mi jefe y le digo que no puedo ir a San Francisco, probablemente no se lo tomará nada bien. Si le cuento lo del testamento no tendrá más remedio que aceptarlo, al tratarse de un tema legal y todo eso, pero te aseguro que mandará a otro. Y tengo que ver a Sara, Marc. Tengo que verla. Allí, ella no tendrá más remedio que escucharme, aunque sólo sea para negociar la compra del hotel que quiere arrebatarse a la cadena Vanity.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que Marc le preguntó, mirándolo a los ojos:

—¿De verdad te importa tanto?

—Más que nada —respondió Álex sin dudarlo y luego esbozó una triste sonrisa—. Sé que parezco un loco. Sólo estuvimos juntos dos días, pero tengo que hablar con ella. Al menos una última vez.

—Ya sabía yo que esta conversación iba a terminar fatal. Está bien, Álex, iré a la notaría y me haré pasar por ti. Pero más vale que...

No pudo terminar la frase, pues su perfecto y normalmente poco efusivo hermano gemelo lo abrazó.

OLIVIA echaba de menos a su abuelo, aunque seguía enfadada con él por no haberle dicho lo enfermo que estaba. Quizá hubiesen podido hacer algo, consultar a algún médico a tiempo. Pero el muy terco decidió no contárselo para no preocuparla; ésa fue su excusa dos días antes de morir, cuando Olivia lo encontró tosiendo en el despacho del hotel.

Su abuelo lo había sido todo para ella y ahora le resultaba imposible imaginarse la vida sin él. Estaba en su dormitorio, en la última planta del hotel, y todavía tenía la sensación de que iba a verlo entrar de un momento a otro, quejándose de que, en la cocina, Manuel y Lucrecia habían vuelto a discutir o diciéndole que el ordenador de recepción se había vuelto loco con las reservas.

—¿Qué voy a hacer sin ti, abuelo? —expresó en voz alta, secándose una lágrima.

Al apartar la mano, cogió la fotografía que tenía en la mesilla de noche. Se la había sacado Tomás el primer verano que Olivia pasó en el hotel después del divorcio de sus padres. Deslizó el dedo por la imagen. Ella tenía entonces quince años y su abuelo casi setenta y estaban sentados en la recepción, sonriendo de oreja a oreja.

Su abuelo había sido un temerario, pensó Olivia; habían pasado catorce años y seguía sin entender cómo había accedido a quedarse con ella cuando sus propios padres se la habían quitado de encima.

Alguien llamó a la puerta, que se abrió antes de que ella pudiese decir nada.

—¿Estás lista? —le preguntó Tomás sin acabar de entrar—. Tenemos que estar en la notaría a las once y ya pasan de las nueve —le recordó.

—Sí, estoy lista —contestó, poniéndose en pie—. Te has puesto traje —señaló, mirando al que había sido el mejor amigo de su abuelo, compañero de pesca de éste y encargado de mantenimiento del hotel. O, como decía él, médico de urgencias.

—Sí. —Extendió los brazos y se tiró incómodo de las mangas y después del cuello—. Sé que Eusebio se reiría, pero los notarios me ponen nervioso y prefiero ir como la fauna local.

—El abuelo no se reiría —le dijo Olivia, a pesar de que sabía que probablemente sí lo haría—. Él también se ponía traje para ir al notario y al banco. Y al médico.

—Sí, cosas de viejos, supongo —apuntó Tomás, que acababa de cumplir los setenta y no tenía ninguna intención de jubilarse—. Pareces cansada.

—Esta noche no he podido dormir —le aclaró ella, poniéndose los pendientes que siempre dejaba en el escritorio—. ¿Por qué crees que el abuelo incluyó a ese tiburón de Barcelona en su testamento?

Por más vueltas que le había dado al tema, no se le había ocurrido ninguna razón para ello.

—No lo sé, pero pronto lo averiguaremos. Tu abuelo pasó muchas horas con él cuando el señor Martí vino a ver el hotel, y Eusebio no era ningún tonto, así que seguro que todo esto tiene una explicación. Le escribiste una carta, ¿no? Mira que eres retorcida, podrías simplemente haberlo llamado para confirmar que venía.

—No soy retorcida. Le mandé una carta porque me parecía más profesional. Oh, de acuerdo —suspiró— y también lo más intimidante, y además le adjunté la notificación de los abogados, pero el señor Importante no ha confirmado su asistencia.

—¿Por qué te cae tan mal? Sólo lo viste diez minutos y tú nunca has tenido prejuicios. Y siempre has sido una firme defensora de las segundas oportunidades —le recordó Tomás.

—No siempre —lo corrigió ella, pensando rápidamente en una excepción—, y no me cae mal. No lo conozco —se defendió—. Pero vino a comprar el hotel, y el abuelo se negó. ¿Y ahora resulta que tiene que estar presente en la lectura del testamento? No me lo trago.

—Oli, tu abuelo era el hombre más listo y astuto que he conocido nunca. Es imposible que ese chico lo manipulase o lo engañase, si es eso lo que estás insinuando. Vamos, lo mejor será que vayamos ya hacia la notaría. Cuanto antes terminemos con esto, antes dejarás de hacer conjeturas y antes podremos centrarnos en las reparaciones de la quinta planta.

—Claro, tienes razón. —Olivia cogió el bolso y se acercó al hombre. Se paró delante de él y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. Gracias, Tomás.

—De nada, pequeña —contestó.

Recorrieron el pasillo hasta el ascensor y bajaron al vestíbulo. Se detuvieron un segundo en recepción, donde Roberto, el encargado, dejándose llevar por su sangre italiana, les estaba tirando los tejos a un par de clientas que acababan de llegar.

—Roberto —le dijo Olivia—, Tomás y yo nos vamos. Te quedas al mando del barco. Llámame si sucede algo.

—Por supuesto, capitana —la saludó él, colocándose dos dedos en la frente y sin apartar la vista de la huésped número uno, la de escote más generoso.

—Ese hombre algún día terminará en urgencias —dijo Tomás cuando se iban—. Es un milagro que ningún marido celoso haya intentado matarlo.

—Un día me contó que nunca sale con mujeres casadas —señaló Olivia, entrando en el coche.

—¿Ah, sí, cómo las distingue? Y no me digas que se fía de lo que ellas le dicen. —Tomás ocupó el asiento del acompañante.

—No tengo ni idea —reconoció Olivia con una sonrisa— y tampoco me atrevo a preguntárselo. Creo que ha hecho un pacto con el diablo, pues lleva trabajando aquí diez años y sigue teniendo el mismo aspecto que el día que empezó, además del mismo acento. Y no le ha salido ni una sola cana.

—Sí le han salido, pero se las disimula. Ese hombre es como un pavo real. Un día entré en su dormitorio, no me acuerdo por qué, y te juro que jamás he visto tantos botes de potingues juntos.

—Es italiano —lo justificó Olivia—. No lo puede evitar. Pero algún día conocerá a una mujer que podrá resistírsele y entonces perderá la cabeza.

—¿Y tú? —Tomás, que hasta entonces había estado mirando el paisaje, se volvió hacia ella.

—Yo, ¿qué? —preguntó Olivia sin apartar la vista de la carretera.

—¿Algún día perderás la cabeza por alguien?

—Hace años pensé que me gustaba Roberto —contestó con una pícaro sonrisa para provocar a Tomás.

Todo el mundo sabía que, para ella, Roberto era como de la familia, una extraña mezcla entre hermano mayor y asesor sentimental nada de fiar.

—Eso no es a lo que me refiero y lo sabes. Además, incluso a mí me gusta Roberto. —Sonrió al ver su mirada escandalizada—. No en ese sentido, boba. Pero es encantador y

habría que ser de piedra para no caer rendido a sus pies.

—Sí, es verdad.

—Tu abuelo lo amenazó con castrarlo si se acercaba a ti, ¿lo sabías?

—¡No! —se rió Olivia—. Pobre Roberto.

—Sí, pobre. —Tomás también rió y, tras carraspear, volvió a ponerse serio—. Tu abuelo estaba preocupado por ti, Olivia. Tienes treinta años...

—Veintinueve.

—Veintinueve y te pasas el día trabajando en el hotel. Nunca te diviertes.

—Eso no es verdad. Hace un par de semanas hicimos una barbacoa y lo pasamos muy bien, ¿recuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero estábamos tú, yo, que tengo setenta recién cumplidos, Manuel y Lucrecia, que están casados y pasan de los cincuenta, y Roberto. No había ningún amigo tuyo.

—Vosotros sois mis amigos. —Llegó a la calle en la que se encontraba la notaría y giró.

Él suspiró y luego volvió a intentarlo:

—Tienes que pensar en ti, Olivia. La vida es muy corta para pasarla solo.

—No estoy sola —afirmó ella, mirándolo a los ojos mientras esperaba en un semáforo.

—Está bien. —Tomás se rindió—. Vamos a ver en qué lío nos ha metido esta vez tu abuelo. Pero no pienses que voy a olvidarme del tema, ¿de acuerdo?

—Conforme —asintió Olivia y aprovechó un sitio libre en la calle para aparcar.

Mientras maniobraba, intentó no pensar en lo que le había dicho Tomás. Las siguientes palabras del hombre consiguieron que su mente se desviase hacia otros temas más desagradables.

—¿Sabes algo de tus padres?

—No he vuelto a verlos desde el funeral y la verdad es que todavía estoy sorprendida de que se presentasen. A mi padre hacía años que no lo veía y a mi madre, si no cuentas las revistas, la vi cuando actuó en Perelada y de eso hace ya diez meses. Y me temo que la gran La Belle Millán sólo vino para poder vestirse de negro y llorar ante las cámaras. Menos mal que Manuel y tú echasteis a los periodistas de la iglesia. El abuelo se habría puesto furioso.

—Tu padre también nos ayudó —le recordó Tomás—. Y parecía preocupado por ti.

—¿Ah, sí? —dijo ella como si no le importase—. Nadie lo diría.

—Ya sé que no deseas hablar del tema, y que tu abuelo tampoco quería, pero ¿no crees que deberías darle una oportunidad?

—No, no creo. —Levantó el freno de mano y apagó el motor—. Agradezco lo que estás intentando hacer, Tomás, pero no hace falta.

Él la miró a los ojos y no ocultó lo emocionado que estaba.

—No quiero que te quedes sola —sentenció—. Después de que muriese tu abuela, tu abuelo estuvo a punto de rendirse y, si no hubieses aparecido tú, estoy convencido de que no habría tardado demasiado en seguirla. Yo he tenido una vida muy llena, y mi hijo, aunque es un impresentable —añadió con una sonrisa—, ha tenido el acierto de casarse con una santa y darme un par de nietos.

—Unos niños guapos como su abuelo —contestó ella—. Deberías ir a verlos más a menudo.

—¿A Madrid? ¿Estás loca? Yo soy de pueblo, Olivia. Y a ellos les encanta venir

aquí a pasar el verano. Además, así puedo malcriarlos sin que sus padres me riñan.

Ella le sonrió, decidida a repetirle lo que le había dicho antes. Asistir a la lectura del testamento de su mejor amigo estaba afectando a Tomás más de lo que Olivia había creído en un principio.

—No me quedaré sola, Tomás. Te lo prometo —dijo, sin saber muy bien por qué, y lo abrazó.

Él le devolvió el abrazo y luego se apartó y echó los hombros hacia atrás para colocarse bien la americana.

—Vamos a ver a ese notario. Me muero de ganas de quitarme este dichoso traje.

Los dos se sonrieron y se dirigieron hacia la notaría cogidos de la mano.

Marc no recordaba la última vez que había estado tan nervioso. Había llegado a la notaría una hora antes de la reunión y ya no sabía cómo sentarse en la sala de espera. Se había bebido dos botellines de agua y había ido al baño dos veces, una por botella; no podía comprender a qué se debían esos nervios.

Álex, que a esas horas ya debía de estar aterrizando en San Francisco, le había pasado toda la información sobre el Hotel California y él se la había leído unas mil veces. Además, tal como le había dicho su hermano, probablemente sólo estaría allí un par de horas y luego podría volver a Barcelona y empezar a pensar qué haría con el resto de su vida.

Estaba nervioso porque no le gustaba hacerse pasar por su hermano y porque había tenido una semana horrible, aunque sin sorpresas. Por desgracia, todo había salido tal como él temía.

El martes, después de que Álex se fuese de su apartamento, escuchó los mensajes del móvil y confirmó que, efectivamente, lo habían echado del trabajo. Esa misma tarde fue al zoo para recoger sus cosas y despedirse de un par de compañeros y de los animales, que en el fondo eran los únicos con los que se había encariñado. Luego fue a administración a firmar los documentos de rigor y, tras concluir con los trámites burocráticos, se pasó más de una hora sentado bajo el árbol que había al lado del cerco de los leones; su lugar preferido para pensar.

Tenía que hacer algo con su vida. Llevaba seis años en una especie de limbo y, si no salía de ahí, terminaría atrapado en él para siempre.

Quizá había llegado el momento de abrir su propia consulta veterinaria; Álex había insistido otra vez en ayudarlo y Marc sabía que lo único que le impedía aceptar esa ayuda era su propio orgullo.

También podía irse a Alemania. Carlos, un amigo de veterinaria, trabajaba en el zoo de Berlín y lo había llamado un par de veces para ofrecerle un puesto en su equipo. Era una gran oportunidad, pues el zoo berlinés estaba considerado uno de los mejores del mundo. Allí podría empezar de cero, como si nada hubiese sucedido.

Pero aunque la idea era sin duda tentadora, Marc sabía que marcharse no era la solución, e irse a Alemania equivaldría a huir.

Notó la espalda empapada en un sudor helado sólo con pensarlo y abrió y cerró los puños para contener la rabia que lo recorrió. Respiró hondo varias veces y recuperó un semblante calmado.

Además de leerse los documentos que Álex le había pasado, Marc también

investigó un poco por Internet y encontró distintas noticias sobre el Hotel California y su propietario. Gracias a eso, reconoció a la mujer y al hombre que estaban hablando con el oficial de la notaría unos metros más allá de la recepción. Él volvía a la sala de espera después de haber ido al baño por segunda vez, pero se detuvo en medio del pasillo, porque era obvio que el empleado de la notaría estaba dando el pésame a la señorita Millán y a su acompañante y no quería interrumpir.

Si la información que había encontrado era correcta, Olivia Millán tenía veintinueve años y se había criado con su abuelo desde los quince, tras el sonado divorcio de sus padres: Isabel Millán, la famosa cantante de ópera, y Santiago del Toro. Olivia llevaba el apellido materno porque sólo era hija de Isabel: ésta se había casado con Santiago cuando la niña tenía tres años y, aunque el empresario madrileño había manifestado varias veces su deseo de adoptarla, nunca había llegado a hacerlo.

Marc no era aficionado a la prensa rosa, pero había que ser marciano para no saber que La Belle Millán aparecía cada semana en alguna revista. Era sorprendente, incluso milagroso, que su hija hubiese conseguido pasar inadvertida. A excepción de una foto que le sacaron cuando sus padres se divorciaron y de la más reciente, tomada minutos antes del funeral de Eusebio Millán, la joven no existía para las revistas del corazón.

Marc esperó y observó la escena. La señorita Millán le daba la espalda, igual que su acompañante, el señor Tomás Palomares, amigo íntimo del fallecido y encargado de mantenimiento y de mil cosas más del hotel.

La señorita Millán debía de medir metro sesenta o un poquito más y llevaba el pelo muy corto. Su nuca parecía la de un chico, pero la capa superior del cabello le llegaba hasta las orejas y el resultado final era sorprendentemente femenino. Iba vestida con un pantalón gris, una chaqueta corta de color rojo y una camisa blanca con un ligero estampado a base de... ¿manzanas?, cuyo cuello sobresalía por encima de la chaqueta.

El señor Palomares llevaba traje y era evidente que a su edad se mantenía en excelente forma física.

El oficial de la notaría, el mismo que una hora antes había acompañado a Marc a la sala de espera, levantó la vista, lo vio y debió de comunicar su presencia a sus interlocutores, porque la señorita Millán y el señor Palomares se volvieron para mirarlo.

No se movieron de donde estaban, sino que mantuvieron su postura mientras Marc se acercaba a ellos adoptando, casi sin ser consciente, los andares de su hermano Álex. Éste siempre caminaba firme y decidido, como si no tuviese ninguna duda acerca de adónde se dirigía y quisiese llegar allí con los mínimos pasos posibles. Marc, sin embargo, era más sigiloso y menos expresivo en cuanto a sus intenciones.

—Mi más sincero pésame, señorita Millán —le dijo a Olivia, deteniéndose delante de ella.

No hizo el gesto de darle dos besos, sino que le tendió la mano y, a juzgar por su mirada, acertó. La joven miró durante unos segundos la mano que le ofrecía y luego levantó la vista hacia su rostro. Habría jurado que se detenía más de la cuenta en la cicatriz de su mejilla y luego también en sus ojos, pero aguantó el escrutinio y esperó el veredicto estoicamente.

—Gracias, señor Martí. —Le estrechó la mano durante un breve segundo y él supuso que había superado la primera prueba.

Marc se dirigió entonces al amigo del fallecido y también le expresó sus condolencias con un apretón de manos.

—Señor Palomares, siento lo del señor Millán.

En esta ocasión, el hombre le cogió la mano en seguida y su reacción fue mucho más sincera.

—Gracias, señor Martí. Todos le echamos mucho de menos —dijo, sin soltarlo—. Gracias por haber venido.

—No tiene por qué dárme las, señor Palomares —contestó respetuoso—. Lo único que lamento es el motivo de mi regreso.

Marc habría sido educado en cualquier circunstancia, pero cada minuto que pasaba se sentía más incómodo y culpable por estar engañando a aquella gente haciéndose pasar por su hermano. Y que la señorita Millán lo fulminase con la mirada no lo estaba ayudando demasiado.

—Si son ustedes tan amables —les indicó el oficial de la notaría—, pueden pasar al despacho.

El hombre abrió una puerta y les cedió el paso. Olivia y Tomás fueron los primeros en entrar y Marc, el último. No sólo por educación, sino porque así tuvo un instante para respirar tranquilo.

El notario, un hombre con cara de sacerdote de película italiana, los esperaba sentado tras una mesa de nogal frente a la cual había cuatro sillas. A su espalda se levantaba una estantería que llegaba hasta el techo y que parecía a punto de estallar por la cantidad de libros que albergaba. Encima de la mesa había papeles desordenados, un bote sin ningún lápiz, varios bolígrafos desperdigados entre los folios y dos marcos con fotografías de tres niñas con cara de volver locos a sus padres; a una le faltaban dos dientes y las otras dos estaban manchadas de barro.

—Lamento la espera —se disculpó el hombre poniéndose en pie—. Olivia, Tomás —les estrechó la mano a ambos—, señor Martí —hizo lo mismo con él.

—No te preocupes, Enrique —le dijo Olivia—, Tomás y yo acabamos de llegar.

—Tomad asiento, por favor. —El notario señaló las sillas y él también se sentó.

Olivia ocupó la silla que estaba en el extremo izquierdo de la mesa, el más alejado de la puerta, y Tomás la de al lado. Marc optó por dejar una libre y se sentó en la que estaba más a la derecha.

—Como sabéis, os he hecho venir aquí para proceder a la lectura del testamento del señor Eusebio Millán —empezó el notario.

—Disculpa un momento, Enrique, ¿no falta nadie más? —preguntó Tomás con discreción, aludiendo a la hija de Eusebio y madre de Olivia.

—No, no falta nadie. Me temo que Eusebio hizo las cosas a su manera hasta el final —comentó el hombre, mirando a Olivia— y resolvió ciertos temas antes de morir.

—Sé cómo era mi abuelo, Enrique, sigue, por favor —le dijo Olivia.

Ella ya sabía que su madre no iba a aparecer. Si no había ningún periodista cerca, para qué molestarse.

—De acuerdo. Eusebio, el señor Millán —se corrigió el notario para adoptar un tono más formal—, dejó una carta adjunta al testamento y me pidió que se la entregase a Olivia. —Le pasó un sobre blanco cerrado—. Y también me pidió que te indicase que no podías leerla hasta salir de la notaría.

—Está bien. —Ella aceptó la carta y la condición.

—Empecemos pues. —El notario leyó en voz alta las últimas voluntades de Eusebio Millán.

La barca y todo su equipo de pesca se los dejaba a Tomás y lo retaba a que pescase algo decente por una vez en la vida. Después seguía con una lista de peticiones que debían

llevar a cabo Tomás u Olivia, como por ejemplo hacerle entrega de su colección de discos a Roberto.

Marc empezaba a preguntarse qué pintaba él, o mejor dicho, su hermano, allí, cuando vio que el notario lo miraba y dejaba de leer.

Olivia también debió de notarlo, porque preguntó:

—¿Qué sucede, Enrique?

—Tu abuelo te quería con locura —dijo el hombre, saltándose el protocolo.

—Lo sé —reconoció ella, emocionada.

—Y estaba muy preocupado por ti —añadió. Ese segundo comentario la preocupó mucho más que el primero y movió las manos nerviosa—. Quería lo mejor para ti.

—Termina de leer el testamento, Enrique. Por favor —le pidió Olivia. Lo que más quería en ese momento era irse de allí y fingir que su abuelo seguía vivo.

—«La casa del pueblo y todo lo que hay en ella, así como mi viejo escarabajo son para mi nieta Olivia —leyó el notario textualmente—. Creo que en la casa habré dormido un par de veces como mucho, pues siempre me quedaba en el hotel —el hombre siguió leyendo las últimas voluntades de Eusebio Millán— y, cuando llegaste tú, ya no nos movimos de ahí. El hotel fue mi vida, pero quiero que tú, Olivia, tengas mucho más.»

Tomás entrelazó los dedos con los de ella y le dio un apretón.

—«El Hotel California está pasando por un mal momento —continuó el notario—, sé que tú lucharás para sacarlo adelante, pero no estoy dispuesto a permitir que sacrifiques tu vida entera por él. —El hombre carraspeó y esperó unos segundos antes de continuar—: Dejo el noventa y cinco por ciento de acciones del Hotel California a mi nieta, Olivia Millán, y el cinco por ciento restante a Álex Martí.» —Leyó toda la frase sin respirar y sin apartar la vista del papel.

—¿¡Qué!?! —exclamaron Olivia y Marc al unísono.

—Comprendo vuestra reacción —dijo el notario—, pero permitidme que termine de leer el testamento y luego intentaré responder a vuestras preguntas.

Olivia asintió sólo porque Tomás volvió a estrecharle la mano y Marc convino también con un gesto.

—«Este reparto de acciones sólo será vigente durante un año. Transcurrido este tiempo, si el hotel demuestra ser rentable y viable, Olivia le recomprará al señor Martí sus acciones por el precio establecido, según el valor del hotel, y él tendrá la obligación de vendérselas.»

«¿Y si no es rentable?», pensó Marc.

—«En caso de que el hotel no sea rentable y su futuro esté, por tanto, en entredicho, el cien por cien de las acciones pasará a manos de mi hija, Isabel Millán, quien venderá el hotel y entregará a su hija, mi nieta, la cantidad calculada según el anexo adjunto y al señor Martí sus honorarios laborales por haber estado un año haciendo de gestor.»

«Voy a matar a Álex.»

Ni Olivia ni Marc prestaron atención al resto del testamento. Ninguno de los dos podía creerse lo que estaba oyendo.

EL notario terminó de leer las estipulaciones del testamento y después prosiguió con los anexos, en los que se detallaba cómo debía calcularse el importe que recibirían Olivia y Álex en caso de que el hotel se vendiese y también los requisitos que tenía que cumplir dicha compraventa. Cuando llegó a la última línea, levantó la vista y miró a Olivia, obviamente porque, a diferencia de con Marc, los unía cierta amistad.

—¿Mi madre está al corriente de esto? —preguntó ella.

Seguía aferrando la mano de Tomás y tenía los ojos vidriosos, pero su voz apenas vaciló.

—Sí, ella está al corriente —afirmó el hombre—. Cuando tu abuelo supo que estaba enfermo —le explicó—, su única preocupación eras tú, Olivia. Espero no traicionar su confianza si te digo que todas las veces que vino a verme para preguntarme acerca de este testamento —levantó el papel—, su única preocupación eras tú. Lee la carta que te he dado antes, por favor, estoy convencido de que así entenderás mejor el porqué de todo esto.

—Mi abuelo no confiaba en mí —dijo dolida y apretando los dientes para no llorar.

No le habría importado que Enrique o Tomás la viesan con lágrimas en los ojos, pero se negaba a que ese Álex Martí supiese lo traicionada y abandonada que se sentía.

—Eso no es verdad —afirmó Tomás, adivinando sus sentimientos e interrumpiendo al notario, que probablemente también habría dicho algo en ese mismo sentido.

—Seguro que mamá ya está pensando en cómo sacar provecho de la venta del hotel. Ella siempre lo ha odiado.

—Tu abuelo lo pensó muy bien antes de hacer testamento, Olivia. Te aseguro que, en el improbable caso de que no consigas sacar adelante el negocio, tu madre no se llevará ni un euro más de lo establecido por Eusebio —explicó rotundo el notario.

—Gracias, Enrique, pero permíteme que lo dude. Tú no conoces a mi madre.

—Apretó la mandíbula y desvió la vista hacia Marc—. Todo esto es culpa suya, señor Martí —pronunció su nombre entre dientes—. Antes de que usted apareciese, mi abuelo nunca se había planteado términos como rentabilidad y viabilidad. —Marc lo dudaba, pero no dijo nada. A juzgar por lo que había leído en el expediente de Álex, Eusebio Millán se tomaba su hotel muy en serio—. Y seguro que usted sólo le dijo esas cosas para confundirlo y para convencerlo de que vendiese el hotel a su cadena.

—Le aseguro que eso no es verdad, señorita Millán —contestó Marc, serio.

Evidentemente, él no le había dicho nada al difunto señor Millán, pero estaba convencido de que su hermano tampoco. Álex era muy íntegro y, aunque sin duda habría defendido los intereses de su empresa, jamás se habría aprovechado de la situación.

—Olivia, tu abuelo me habló muy bien del señor Martí —apuntó Tomás, aunque, por su tono de voz, a Marc le quedó claro que no acababa de confiar en él—, y Eusebio tenía muy buen ojo para la gente. Yo tampoco termino de entender a qué viene todo esto, pero será mejor que no nos precipitemos, ¿de acuerdo?

No quería que Olivia hiciese o dijese algo que más tarde pudiese perjudicarla. Álex Martí parecía tan sorprendido como ella por la lectura del testamento, pero todavía no podía descartar que estuviese tramando algo.

Ella apartó la mirada de Marc y la fijó en el amigo de su abuelo y, al cabo de unos segundos, asintió.

—Tomás tiene razón, Olivia. ¿Por qué no os vais a casa y pensáis en todo esto? Lee la carta de tu abuelo y mañana, o cuando tú quieras, volvéis y seguimos hablando del tema.

Ella se quedó pensando. Marc mantuvo la misma postura educada y distante que había guardado hasta entonces, pero observó con discreción a la joven e intentó ponerse en su lugar. Era obvio que adoraba a su abuelo y que le dolía profundamente que él no le hubiese confiado el hotel sin ninguna condición. Quizá a Marc no se le diera muy bien lidiar con sus propios sentimientos, pero reconocía a simple vista a una persona dolida y dispuesta a luchar, y la señorita Millán estaba buscando sus armas.

—Está bien, de acuerdo —dijo Olivia poniéndose en pie—. Gracias por todo, Enrique.

Éste miró a Tomás, sorprendido por el cambio de actitud de ella. Luego se puso en pie para salir de detrás de su mesa.

—De nada, Olivia. —Se le acercó y le dio dos besos—. Estoy aquí para lo que necesitéis. Venid a verme si tenéis cualquier duda o pregunta.

Tomás se levantó y estrechó la mano del hombre mientras, con la mirada, le decía que no tardaría en llamarlo o en volver a visitarlo, y luego colocó una mano en la espalda de Olivia para guiarla hacia la puerta del despacho.

Marc también se había puesto en pie y esperó a que el notario se acercase a él.

—Mi ofrecimiento también lo incluye a usted, señor Martí —le dijo—. Venga a verme o llámeme si le surge alguna duda. El testamento del señor Millán es... inesperado y complejo, igual que el hombre que lo dictó.

—Gracias, señor Castro. —Marc le estrechó la mano mirándolo a los ojos—. Me temo que aceptaré su ofrecimiento.

—Cuando usted quiera —afirmó el hombre cuando le soltó la mano.

Marc se había pasado los últimos minutos tomando nota mentalmente de todas las preguntas que necesitaba hacerle, pero antes quería hablar con la señorita Millán y con Tomás.

«Y matar a Álex.»

Por el momento, parecía tener más probabilidades de conseguir lo segundo que de hablar con la nieta del difunto señor Millán, porque, a juzgar por su mirada, Olivia Millán no tenía ni la más mínima intención de dirigirle la palabra a corto plazo. O en toda la eternidad.

Observó que la señorita Millán y el señor Palomares salían de la notaría con paso decidido; en realidad, Tomás Palomares parecía tener que acelerar el paso para poder seguir las zancadas de su protegida.

Marc aminoró la marcha para ganar algo de distancia e incluso fue al baño para asegurarse de que ellos abandonaban antes el edificio. En el servicio, se lavó las manos y se echó agua en la cara para serenarse y aclararse las ideas. Las diversas situaciones que se sucedían en su mente eran catastróficas, cada una peor que la anterior. Cerró el grifo y se secó las manos con una de las diminutas toallas blancas de cortesía que había encima del mármol, junto a una maceta con una orquídea.

Salió del servicio y se despidió de la persona que ocupaba ahora la recepción de la notaría, una chica sonriente que, como era obvio, ignoraba lo que había sucedido en el despacho del notario.

Ya en la calle, miró a ambos lados para ver si veía a la señorita Millán o al señor Palomares y, al no detectar ni rastro de ninguno de ellos, sacó el móvil del bolsillo y echó a andar hacia la plaza donde había aparcado el coche.

Sonó una vez. Otra.

—Cógelo, Álex —masculló, tirándose del nudo de la corbata—. Cógelo.

—¿Sabes qué hora es? —La soñolienta voz de su hermano gemelo protestó al otro lado de la línea.

—Me importa una mierda, Álex. Te voy a matar —añadió, para que le quedase claro cuál era su objetivo.

—Marc, ¿estás borracho?

—Qué más quisiera —contestó él, cruzando un paso de peatones casi sin mirar.

Estaba tan furioso que el concepto de seguridad vial habían desaparecido de su mente.

—Joder, Marc, todavía tengo *jet lag*, llevo no sé cuántas noches sin dormir y aún no he conseguido hablar con Sara —se quejó Álex, pero a juzgar por el ruido, estaba colocando unas sábanas y unas almohadas, así que no se sintió en absoluto culpable por haberlo despertado.

—Haz las maletas y vuelve a España cagando leches, acabas de heredar un hotel.

—Que he heredado ¿qué? —Álex prestó atención de inmediato.

—Un hotel, bueno, todo no, el cinco por ciento —especificó.

—Joder.

—Eso mismo he dicho yo. Me mentiste, me aseguraste que sólo iba a estar en la notaría un par de horas y que luego podría seguir con mi vida. No me contaste que el señor Millán te había cogido tanto afecto.

—No te mentí —contestó su hermano—. Y no tenía ni idea de que le hubiese causado tan buena impresión al señor Millán. Cuéntame exactamente qué ha sucedido. ¿De verdad me ha dejado el cinco por ciento del Hotel California?

—Métete en un avión rumbo a España y, cuando llegues aquí, te lo explico todo —dijo él, que no quería darle ninguna vía de escape.

—Ni hablar, Marc. Todavía no he hablado con Sara y te aseguro que no me iré de San Francisco sin verla. —«O suplicarle»—. Además, si ya han leído el testamento, ¿qué importancia tiene que vuelva ahora o dentro de unos meses?

—¡Unos meses! —Marc apretó el móvil con tanta fuerza que temió romperlo.

—Es un modo de hablar.

«Un modo de hablar, y qué más.»

—Álex, tienes que volver. No has heredado el cinco por ciento sin más; al parecer, al difunto señor Millán le gustaba complicar las cosas y su testamento está lleno de condiciones.

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones?

Él se dio por vencido y suspiró. Sabía que, si no le contaba la verdad, no conseguiría que volviese.

«Y si se la cuento, probablemente tampoco regresará.»

—Tú has heredado el cinco por ciento y la señorita Millán, el resto.

—¿Qué te ha parecido la nieta? —preguntó su hermano, relajado; siempre le había gustado provocarlo y nada ponía más furioso a Marc que negarle una discusión.

—Céntrate, Álex —lo riñó, sin picar el anzuelo—. Se supone que Olivia Millán y tú tenéis un año para hacer que el hotel sea rentable y viable, cito textualmente.

—¿Un año? ¿Y qué pasará si al concluir el año el hotel sigue teniendo los mismos problemas que ahora?

—¿El hotel tiene problemas? —Ya sabía él que aquello iría de mal en peor.

—Céntrate, Marc —se burló Álex—. Continúa.

—Si transcurrido el año el hotel sigue teniendo problemas, la hija del señor Millán heredará la propiedad con la obligación de venderla cuanto antes y darle el dinero a su hija Olivia. Tú te llevarías una parte en concepto de honorarios.

—Vaya. —Álex parecía asombrado—. ¿Y si es rentable?

—Entonces la señorita Millán te recomprará las acciones por un precio aceptado por ambas partes y tú deberás vendérselas.

—Vaya —repitió.

—Sí, vaya —dijo Marc, sarcástico—. Ya puedes sacar el culo de la cama y empezar a hacer las maletas. —La línea se quedó en silencio unos largos segundos—. Álex, ¿estás ahí?

—Sí. Estoy pensando.

—Pues no pienses. Haz las maletas y ve al aeropuerto —insistió él.

—¿Cuánto rato has estado en la notaría? ¿Un par de horas?

—Sí, más o menos. ¿Por qué? —quiso saber Marc, suspicaz.

—¿Y has hablado con la nieta del señor Millán y con Tomás Palomares?

—Sí, he hablado con los dos. ¿Qué pretendías que hiciera, que los ignorase?

—No, por supuesto que no —contestó Álex—. Entonces, los dos te han visto de cerca.

—Sí, es lo que suele hacer la gente cuando está encerrada en un despacho durante más de una hora.

—Y te han visto la cicatriz —sentenció su hermano.

—¡Ah, no, eso sí que no! No te atrevas ni a sugerirlo, Álex —lo amenazó.

—Tú mismo dijiste que era imposible que no se fijasen en la cicatriz y tanto Olivia Millán como Tomás Palomares te han visto durante horas. Si ahora vuelvo y me ven a mí, seguro que se darán cuenta de que los hemos engañado.

—De que los *has* engañado, yo sólo cometí la estupidez de dejarme convencer.

—De acuerdo, los he engañado —aceptó Álex—. Sea como sea, ahora no pueden verme. Si no, los dos nos meteríamos en un lío.

—Seguro que con tu encanto sabrás sacarnos de él —replicó Marc, furioso con su hermano—. Vuelve aquí en seguida si no quieres que vaya a buscarte.

—Escúchame un segundo, por favor. Ahora no puedo regresar, tengo que quedarme aquí. Y no lo digo sólo por Sara, sino también por mi trabajo.

—Álex —masculló él, adivinando cómo iba a seguir la conversación.

—A ti te despidieron la semana pasada y el otro día me dijiste que todavía no sabías qué ibas a hacer.

—¡Álex!

—¿Qué tiene de malo que te quedes ahí? El Hotel California está frente a una playa preciosa y puedes aprovechar para pensar.

—¡Álex! Se supone que tú y la señorita Millán tenéis que resolver los problemas del dichoso hotel y sacarlo adelante. Debes ayudarla; el notario ha dicho que, si quieres cobrar tu parte, tanto en caso de que el hotel se salve como si no, tienes que implicarte en su gestión diaria y ayudar a la señorita Millán a tomar decisiones.

—Tú también puedes hacerlo.

—¿Yo? Te has vuelto loco. Haz las maletas y vuelve en seguida. Estados Unidos empieza a afectarte el cerebro.

—¡Es una idea fantástica! —continuó su hermano como si él no hubiese dicho

nada—. A ti siempre se te ha dado mejor que a mí la estrategia y tienes todas mis notas. Vamos, Marc, te sacaste la carrera con honores.

—Y no he ejercido nunca, ¿recuerdas? Soy veterinario, no economista.

—Eres las dos cosas —insistió Álex.

—No, no, sólo soy veterinario. —Marc también se mantuvo firme.

—Entonces, hazlo porque así conseguirás el dinero para tu clínica. Si de verdad estás tan decidido a ser veterinario, atrévete a abrir tu propia consulta.

—Eres una rata rastrera.

—No lo soy. Mira, Marc, no te negaré que ahora mismo no puedo volver, ni que necesito quedarme aquí para ver a Sara, pero sé que tú puedes ayudar a la señorita Millán como lo haría yo. De hecho, sospecho que incluso mucho mejor que yo. Entre esa chica y yo no hubo buena sintonía, me pareció demasiado cuadrículada, demasiado obsesiva.

—Mira quién habla —se rió él por lo bajo.

—Por eso mismo sé que contigo estará mucho mejor.

—No pienso quedarme aquí un año haciéndome pasar por ti, Álex. Ni lo sueñes.

Los dos se quedaron en silencio. Marc ya había llegado a la plaza y se había sentado en un banco de piedra para seguir hablando.

—Está bien —dijo Álex—. Dame un par de meses, tres como mucho.

—No.

—Por favor.

—No.

—¡Tampoco tienes nada que hacer con tu vida! —Álex se arrepintió de haber dicho esa frase casi al instante, pero no había forma de retirarla.

Él respiró hondo y se tragó su orgullo y todas las respuestas que le vinieron a la cabeza.

—Lo siento, Marc. No quería decir eso —se disculpó su hermano—. No es verdad. Perdona.

—Iré al Hotel California y hablaré con la señorita Millán y con el señor Palomares. Intentaré encontrar el modo de salir de ésta. Te llamaré.

Colgó sin despedirse y sin darle la oportunidad de que él lo hiciese. Se quitó la corbata, se la guardó en el bolsillo de la americana y se metió en el coche para ir al Hotel California.

Y durante todo el trayecto intentó negarse a sí mismo que lo que había dicho su hermano Álex era verdad.

MARC salió del pueblo y condujo por la carretera de curvas que llevaba a la cala en la que se encontraba el hotel. Las vistas eran espectaculares, pero él estaba tan enfadado con su hermano y tan ansioso por resolver aquello que no se fijó. En circunstancias normales, probablemente estaría encantado de estar allí, pues la Costa Brava era uno de sus lugares predilectos donde perderse, pero en aquel preciso instante habría preferido estar en cualquier otra parte.

Vio una señal que indicaba el Hotel California y la siguió. En menos de cinco minutos llegó al aparcamiento del establecimiento, apagó el motor y se quedó pensando unos minutos. No volvió a ponerse la corbata, lo agobiaba y lo ponía nervioso y ya tenía bastante con lo del testamento como para llevar además una soga alrededor del cuello.

Respiró hondo y ensayó mentalmente lo que le iba a decir a la nieta del señor Millán. Convencido de que su razonamiento no tenía ningún fallo y de que sin duda era lo mejor para todas las partes interesadas, salió del vehículo y se dirigió hacia la recepción.

Olivia se pasó todo el trayecto de regreso al hotel en silencio, conduciendo con la mirada fija en la carretera y apretando el volante con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. Tomás, que la conocía desde los quince años, no intentó hablar con ella y tampoco le sugirió que se relajase; sabía perfectamente que no serviría de nada.

Llegaron al hotel, Olivia aparcó el coche en la parte de atrás, junto a los del resto de los empleados, y fue directa al despacho que hasta hacía pocos días había compartido con su abuelo. Una vez allí, se quitó la chaqueta, se sentó encima de la mesa y esperó a que Tomás cerrase la puerta para empezar a hablar.

—¿Por qué me ha hecho esto el abuelo, Tomás, por qué? —le preguntó furiosa, con lágrimas en los ojos. Lágrimas que se negó a derramar.

—Quizá deberías leer la carta —le sugirió él, señalando la misiva que ella sujetaba en la mano.

—La leeré después —dijo.

Ya se imaginaba qué decía esa carta y precisamente por eso tenía miedo de leerla. Igual que sabía por qué su abuelo había redactado ese estúpido testamento.

—Tu abuelo estaba preocupado por ti, Olivia. Él opinaba, como yo, que te estás obsesionando con el hotel.

—No es verdad —afirmó ella apretando los dientes—. Lo único que pasa es que hay muchas cosas por hacer y alguien debe hacerlas.

—Tienes razón, pero no puedes hacerlas todas tú sola. Confía en nosotros —abrió los brazos para darle a entender que con eso incluía al resto del personal—, contrata a alguien más si es necesario. Quizá incluso podrías darle una oportunidad al señor Martí.

—¿Un año? ¿Acaso cree que con un año tendré tiempo de arreglarlo todo? —preguntó ella, ignorando el último comentario de Tomás.

Éste suspiró y se quitó la americana. La lanzó a la butaca que había junto a otra mesa, llena de papeles, y luego se sentó encima, sin importarle si la arrugaba.

—¿Cuánto tiempo te habría parecido bien? No —levantó la mano en cuanto vio que

abría la boca—, no me contestes, te lo diré yo. ¿Dos años? No. ¿Cinco? Tampoco. ¿Diez? Ni hablar. Ninguna cantidad de tiempo te habría parecido bien. Sabes perfectamente que siempre habrías encontrado alguna excusa para seguir enterrándote aquí. Lo sabes tú y lo sé yo. Y Eusebio también lo sabía.

—Yo no me estoy enterrando, lo único que estoy haciendo es luchar para sacar esto adelante —se defendió ella.

—Hay una diferencia entre luchar por sacar adelante un negocio y sólo vivir para él, Olivia. Tu abuelo lo sabía. Cuando llegaste a su vida, aunque supongo que sin querer, te contagió su pasión, y su obsesión —enfaticó— por el hotel.

—Tú lo sabías —dijo ella, abriendo los ojos como platos.

—No, la verdad es que no. No tenía ni idea de que Eusebio fuese a establecer esas cláusulas en su testamento. Pero me alegro de que lo hiciera.

Estaba convencido de que su amigo no se lo había contado a nadie, excepto a Enrique y por necesidad, y no se sentía ofendido. Aunque era un hombre muy generoso con sus sentimientos, Eusebio también era muy reservado para sus decisiones y ésa sin duda había sido una de las más importantes de su vida.

—Tiene que haber un modo de impugnarlo. No pienso permitir que mi madre se quede con el hotel y lo malvenda.

—Yo no soy un experto, pero conociendo a tu abuelo y a Enrique, me juego mi mejor caña de pescar a que el testamento es totalmente legal e inimpugnable.

Olivia no dijo nada, pero en el fondo ella también opinaba lo mismo. Su abuelo siempre había sido muy concienzudo y Enrique Castro era un gran notario; seguro que antes de dar por bueno el documento lo habían revisado hasta la saciedad en busca de puntos débiles o irregularidades.

—Puedo entender que él se preocupase por mí —concedió Olivia— e incluso que no quisiera que me encargase del hotel yo sola. Pero ¿meter a ese tal Martí en casa? ¿Acaso se volvió loco? Ese tipo vino aquí para comprar el hotel, por el amor de Dios.

—Reconozco que es una elección arriesgada, pero tu abuelo tenía un don para conocer a la gente.

—Y quizá a Martí se le dé muy bien engatusar —sugirió ella, sarcástica.

—Mira, yo sólo hablé con Álex Martí un par de veces cuando estuvo aquí y me pareció muy profesional. Tu abuelo se pasó días con él repasando las cuentas y luego incluso lo llamó por teléfono cuando ya había rechazado la oferta de la cadena a la que Martí representaba. Eusebio no era ningún estúpido y tú misma me dijiste que sólo habías hablado con Martí diez minutos.

—Para una vez que cojo la gripe y tiene que ser precisamente durante la visita de ese tiburón. Seguro que le hizo la pelota al abuelo para metérselo en el bolsillo.

—Diciendo eso estás insultando a Eusebio, Olivia —le recordó Tomás.

—Martí no me gusta.

—Nunca te ha gustado compartir tus juguetes, pero ahora no tienes más remedio que hacerlo.

—Eso ya lo veremos.

Marc se plantó frente a la recepción y esperó a que el recepcionista dejase de tirarle los tejos a la huésped a la que estaba atendiendo. En cuanto la mujer se marchó, sonrojada y

con una sonrisa de oreja a oreja, él dio un paso hacia adelante y se presentó:

—Soy Álex Martí, me gustaría hablar con la señorita Millán, por favor.

El recepcionista lo recorrió con la mirada y le dejó claro que lo que había visto no lo había impresionado.

—¿Le importaría decirme de qué se trata? —le interpeló el hombre.

Era una pregunta educada, pero el tono distó mucho de serlo.

—Es personal.

—Un momento. —Descolgó el teléfono y marcó dos cifras. Esperó a que contestasen en el despacho—. ¿Olivia? Hay un señor que quiere hablar contigo. —Hizo una pausa y después respondió a la pregunta que le había hecho su interlocutora—. Álex Martí. Comprendo. Adiós.

Marc enarcó una ceja y esperó a que el estirado recepcionista le comunicase qué le había dicho la señorita Millán.

—Espere aquí —le indicó y Marc habría jurado que lo vio sonreír por lo bajo.

—Gracias —respondió con cortesía y retrocedió hasta una mesilla que estaba llena de folletos sobre la Costa Brava. Cogió uno y empezó a leerlo.

Seguro que la señorita Millán lo iba a hacer esperar.

—Era Roberto —le anunció Olivia a Tomás, después de colgar el teléfono—. Álex Martí está en recepción.

—Deberías salir a hablar con él, o invitarle a entrar.

Ella levantó ambas cejas.

—Vamos, Olivia. Tu abuelo se puso en contacto con ese hombre por algún motivo. No me dirás que no quieres averiguarlo.

—Lo único que quiero es echarlo de aquí —dijo ella.

Era consciente de que se estaba comportando como una malcriada, pero en aquel instante no le importaba. La decisión de su abuelo le había hecho daño y tenía derecho a la patata.

—Entonces habla con él —le sugirió Tomás—. Habla con él y averigua el modo de echarlo. Si no lo conoces, nunca sabrás si abusó de la confianza de Eusebio o si tiene algún trazo sucio.

—¡Tienes razón! —exclamó y saltó de la mesa—. ¡Tienes toda la razón! —Se acercó a Tomás y le dio un beso—. Creo que iré a hablar con él.

El hombre sonrió, aunque intentó disimularlo. Olivia siempre había tenido debilidad por los misterios, empezando por las novelas de Agatha Christie y terminando por su leve adicción a todas las series de detectives que daban en la tele. Adicción que ella negaría incluso bajo tortura.

—Iré a hablar con él y encontraré el modo de echarlo —le dijo de nuevo, frente a la puerta.

—Mantén la mente abierta, Olivia. Recuerda que tienes un año para conservar el hotel y quizá Álex Martí, aunque no te guste, pueda ayudarte.

—Está bien, te prometo que lo escucharé.

«Hoy, porque, si mañana sigue aquí, lo echo a patadas.»

Tomás no la creyó, reconocería una mentira suya a la legua, pero fingió que no se daba cuenta y la dejó marchar. Y le deseó toda la suerte del mundo a Martí, pues iba a

necesitarla.

Marc tenía la mirada fija en un folleto que hablaba de las excelencias de las escuelas de submarinismo de la zona, pero en su cabeza empezaba a cuestionarse si había hecho bien en ir al hotel. Quizá debería haber esperado un par de días.

—Veo que está impaciente por meter *sus* manos en *mi* hotel, señor Martí.

«Sí, debería haber esperado.»

Él dejó el folleto y se dio media vuelta para enfrentarse a la que probablemente sería una mirada fulminante de la nieta del señor Millán.

—He pensado que a los dos nos iría bien hablar un poco, señorita Millán, ¿usted no?

A pesar de lo que le había dicho a Tomás, Olivia había salido allí dispuesta a arrancarle los ojos al tal Martí, pero cuando éste se dio la vuelta y lo vio de cerca, algo la hizo titubear. Aquel hombre estaba muy cansado. Y preocupado. Y...

—Tiene una cicatriz —dijo ella, antes de poder evitarlo.

—Si se va a meter con mi aspecto físico, creo que puede tutearme. Sí, tengo una cicatriz —afirmó Marc y se esforzó para que no le temblase el músculo de la mandíbula.

La cicatriz obviamente ya no le dolía, habían pasado muchos años, pero seguía avergonzándolo.

—Lo siento, ha sido muy maleducado por mi parte —reconoció Olivia, arrepentida por haber perdido los modales, pero durante unos segundos, los ojos de él la habían descolocado. Ahora su mirada volvía a ser la fría y distante de la notaría y ella había recuperado la compostura—. Discúlpeme.

—No tiene importancia —contestó Marc, fingiendo una indiferencia que jamás había sentido en relación con aquel tema.

—¿De qué quieres hablar? —le preguntó Olivia, de nuevo a la defensiva pero aceptando tutearlo.

Marc arqueó una ceja, y le respondió:

—Del testamento, de cómo vamos a librarnos de él.

Ella lo miró confusa e intrigada.

—¿Quieres librarte de él? —Lo vio asentir y continuó—: ¿Por qué? Tú sales ganando pase lo que pase. Si el hotel va bien, tendré que comprarte las acciones y, si no, cobrarás un sueldo. ¿Por qué ibas a pretender librarte de él? —le repitió, suspicaz y desconfiada.

—Porque es obvio que tú no me quieres aquí y porque a mí nadie me ha preguntado si deseo tener algo que ver con esto.

—Dejando a un lado lo que yo quiera —dijo Olivia—, es evidente que mi abuelo deseaba involucrarte en el hotel, y que tú debiste de decirle que estabas interesado.

Marc levantó un poco la vista y vio que el recepcionista no les quitaba ojo. Además, Tomás también había aparecido en recepción y un par de camareros del bar pasaban continuamente cerca de ellos.

—¿Podemos ir a hablar a otra parte? —preguntó.

Olivia iba a negarse, pero entonces se fijó en lo que él ya había visto y accedió. Era mejor que esa conversación la mantuviesen en privado.

—Claro, sígueme, Martí —le contestó, dirigiéndose hacia una sala que había junto a

la cafetería.

Era la sala de juegos para los niños que se alojaban en el hotel, pero esa semana no había ninguno, así que estaría libre.

—¿Martí?

—Mi abuelo tenía el hábito de llamar a la gente por su apellido y supongo que es una costumbre que he heredado. ¿Te importa?

Marc se quedó pensándolo un segundo. A él lo incomodaba mucho que lo llamase Álex, pero era consciente de que no podía pedirle que lo llamase por su verdadero nombre y ya se había resignado a ello. Que lo llamase Martí era un buen punto medio; al fin y al cabo, era su apellido y la primera sílaba era prácticamente idéntica a su nombre.

—No, para nada, Millán —añadió.

Apenas conocía a aquella chica, pero a juzgar por lo poco que había visto, era todo un carácter, así que más le valía dejarle claro que no era ningún pelele. Si ella lo llamaba por su apellido, él también.

Olivia no dijo nada, pero Marc la vio contener una sonrisa y supuso que había acertado con la jugada.

Olivia lo guió hasta la sala de juegos y abrió la puerta. Aunque no era lo correcto, entró primera para encender las luces.

Él se detuvo al ver las paredes de colores y las sillas con respaldos en forma de cabezas de animales. Había también un par de sofás para los sufridos padres que estuviesen allí acompañando a sus hijos, tapizados con un estampado que recordaba la jungla. En una esquina vio un montón de juegos, desde el parchís hasta el Lince, pasando por el Trivial y el Pictionary. En otra se amontaban *hula hoops*, balones, raquetas de playa y cometas.

—Siéntate —lo invitó ella, señalando uno de los dos sofás para adultos.

—Durante un segundo he pensado que me harías sentar en una de esas sillas —dijo él con una sonrisa.

Aquella sala le había recordado la sala de juegos que su madre había montado en casa cuando sus cinco hermanos y él eran pequeños. Ahora albergaba una máquina de coser y una tabla de planchar, pero Marc estaba convencido de que, al ritmo que sus hermanos estaban teniendo hijos, su madre tendría que volver a habilitar la leonera.

Olivia no le devolvió la sonrisa y fue directa al grano.

—¿Le dijiste a mi abuelo que estabas interesado en trabajar para él?

—No.

—¿Pretendes que me crea que te ha dejado el cinco por ciento de la niña de sus ojos así por las buenas, porque le caíste bien?

Marc iba a decirle que era evidente que ella y no el hotel era la niña de los ojos de Eusebio Millán, pero se calló y optó por adoptar su misma postura directa y distante.

—No. Después de que tu abuelo rechazase la oferta de Hoteles Vanity, le di las gracias por su atención y su hospitalidad y pensé que no volvería a verlo nunca más, a pesar de que durante mi breve estancia aquí tuvimos un par de conversaciones muy agradables.

—Sigue. —Acompañó la petición investida de orden con un gesto de la mano.

—Tres semanas más tarde, el señor Millán me llamó y estuvimos hablando de ciertos temas que le preocupaban del hotel —explicó con profesionalidad.

—¿Cómo cuáles? —lo interrumpió ella.

—Como renovar las habitaciones sin cerrar el hotel, mejorar la oferta de ocio para los clientes, introducir el Hotel California en las páginas de reservas *online*, colocarlo en los primeros puestos y cosas por el estilo. —Marc recitó lo que Álex le había contado.

—¿Por qué te lo preguntó a ti?

«Y no a mí.»

—Porque, durante mi estancia aquí, le dije que me estaba planteando cambiar de trabajo y él me preguntó si estaría interesado en asesorarlo —contestó Marc, sincero.

No quería correr el riesgo de que el señor Millán se lo hubiese contado a su nieta. Quizá toda aquella conversación fuera tan sólo una trampa para averiguar si estaba mintiendo.

—¿Qué le dijiste? —Olivia clavó los ojos en los suyos.

—Le expliqué que me iba de viaje a Sevilla y a Málaga y que las cosas habían mejorado en el trabajo, que en principio no tenía intenciones de dejar la cadena. De todos modos, quedamos en hablar a mi regreso. De eso hace ya seis meses. No volví a saber de él hasta que recibí la carta de los abogados, y la tuya, citándome formalmente en la notaría. Hasta entonces, ni siquiera sabía que el señor Millán había muerto.

Olivia se quedó pensando unos segundos; la explicación de Martí encajaba a la perfección con las fechas en que su abuelo había empeorado. Probablemente, se puso en contacto con Álex Martí cuando vio que empeoraba y luego su salud dio un giro tan radical que ya no pudo volver a hablar con él y optó por escribir aquel descabellado testamento. ¿Qué habría pasado si Álex Martí y su abuelo hubiesen tenido aquella segunda conversación?

—¿No sabías nada del testamento?

—Nada en absoluto.

—¿Qué le contestaste a esas preguntas que te hizo acerca de las mejoras del hotel?

—Nada, le dije que ya hablaríamos a mi regreso.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de cómo llevar el hotel y sacarlo adelante?

—Yo no he dicho eso. En realidad, tengo muchas ideas.

«Pero ¿qué estás diciendo, Marc?»

—¿Ah, sí? Sigo sin entender qué interés puedes tener tú en salvar mi negocio. Tú cobrarás de todos modos.

—¿Siempre eres tan desconfiada?

—Esto no es ser desconfiada, es ser inteligente. Quizá, a ti, todo esto te haga gracia. Al fin y al cabo, ahora subirás en tu coche y volverás a Barcelona, donde seguramente te reunirás con tus amigos en un bar de lo más pijo y te reirás de lo que te ha pasado hoy.

—Espera un momento...

Olivia no lo dejó continuar.

—Pero para mí es muy serio. El hotel es mi vida y tengo que sacarlo adelante. Y, al parecer, a no ser que seas un asesino en serie, o pueda demostrar que manipulaste a mi abuelo, no me queda más remedio que aguantarme y tenerte como socio durante un año.

—No soy ningún asesino en serie. Lo siento —declaró, sin sentirlo lo más mínimo—. Y tampoco manipulé a tu abuelo.

—No, él no lo habría permitido.

No dijo que él no lo hubiese intentado y, sin saber muy bien por qué, a Marc le dolió la insinuación. Se había pasado los últimos seis años levantando un muro a su alrededor y Olivia Millán había encontrado una grieta en cuestión de horas.

—Entonces tenemos que impugnar el testamento —sentenció decidido.

No iba a quedarse allí ni un segundo más de lo necesario.

—No. Antes de hablar contigo he llamado a Enrique, el notario. Si lo impugnamos, no podré dirigir el hotel y tendrá que hacerlo alguien externo. No pienso permitir que unos

desconocidos metan sus narices en mis cosas. Seguro que mi madre encontraría el modo de convencerlos para que lo vendieran durante ese tiempo.

Marc no se atrevió a preguntar, pero era evidente que entre madre e hija no había demasiado afecto.

—En ese caso, ¿qué sugieres?

—No me fío de ti. Por lo que yo sé, podrías aprovechar este año para bajar el valor del hotel y vendérselo luego a tu empresa. Así cobrarías tu sueldo y probablemente tus jefes te ascenderían y te darían una comisión. Matarías dos pájaros de un tiro.

—Yo no trabajo para Hoteles Vanity —soltó Marc de repente. Por un lado la desconfianza y los insultos velados de aquella chica le estaban afectando y, por otro, necesitaba decirle alguna verdad—. Y te aseguro que no tengo ninguna intención de aprovecharme de la situación.

Por fin había dicho un par de frases que podía atribuirse como propias.

—¿Y qué es lo quieres?

La pregunta lo desconcertó. Álex le había dicho que no tenía nada que hacer con su vida y, aunque la frase le había dolido, debía reconocer que en parte era verdad, al menos en sentido profesional. En lo personal no quería pensarlo.

Por otra parte, Álex creía estar enamorado y sin duda esa chica llamada Sara le había afectado mucho. Marc sabía que no volvería de San Francisco sin recuperarla o, como mínimo, sin hablar con ella. Su hermano le había pedido dos o tres meses y Álex siempre lo había ayudado. Era de los pocos que nunca lo había condenado.

—Quiero quedarme aquí.

—¿¡Qué!?! —Olivia se puso en pie y se plantó delante de él—. ¿No decías que no estabas interesado en el hotel?

—Y no lo estoy. Escúchame un segundo, por favor. —Le señaló el sofá con la mano y ella volvió a sentarse.

—Empieza a hablar.

—Me quedaré tres meses, quizá en dos podamos lograrlo, pero creo que tres es un plazo más realista.

—¿Para qué?

—Haremos reformas, pondremos el hotel al día y conseguiremos vender la ocupación de toda esta temporada y la siguiente. Estableceremos un plan, una hoja de ruta —añadió, al ver que ella le prestaba atención—. Y la llevaremos al notario para que vea que el hotel tiene el año y, lo más importante, el futuro aseguradas. Estoy convencido de que, entonces, Enrique Castro encontrará el modo de que podamos saltarnos la cláusula de esperar todo el año. Tú podrás quedarte de nuevo con el cien por cien de las acciones, y yo podré seguir con mi vida.

—Después de haber cobrado tu dinero —apuntó Olivia.

No quería reconocerlo todavía, pero era una gran idea. Tres meses pasaban en un abrir y cerrar de ojos y el tal Martí parecía estar convencido de que podía lograrlo.

—Sólo la parte proporcional a tres meses.

—¿Y si en tres meses no lo consigues? —le preguntó, entrelazando los dedos.

—Quizá para entonces el notario haya averiguado cómo impugnar el testamento y puedes deshacerte de mí.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

«Si tú supieras...»

—Mira, tal como te he dicho, en la actualidad no trabajo para Hoteles Vanity.

—Suspiró y se pasó las manos por el pelo, que, a esas alturas, tenía más que despeinado—. Digamos que me estoy replanteando qué hacer con mi carrera profesional. Tres meses no son nada y, si tu abuelo pensó que yo podía ayudar, no pierdes nada por intentarlo, ¿no crees?

«Y así yo le hago un favor a mi hermano y reúno el dinero para mi clínica veterinaria. Y de paso quizá me olvide de quién soy.»

Olivia se quedó observándolo de nuevo. Igual que cuando lo había visto en recepción, no podía quitarse de encima la sensación de que su mirada ocultaba mucho más de lo que mostraba. La primera vez que Álex Martí visitó el hotel, sólo lo vio diez minutos, cierto, pero su presencia le resultó completamente indiferente, incluso olvidable. En cambio, ahora, no podía dejar de mirarle los ojos y el modo en que apretaba la mandíbula cada vez que creía que ella le examinaba la cicatriz. Y no porque le pareciese atractivo, que lo era, sino por algo más.

Olivia había crecido en un hotel de la Costa Brava, había vivido toda su adolescencia en una de las playas más hermosas de España, un lugar que visitaban anualmente los hombres más guapos del mundo entero: rusos, alemanes, italianos, británicos, noruegos, por no mencionar el producto nacional. No, Olivia era inmune a los tíos buenos. Los miraba, claro, habría que estar muerta para no fijarse en ciertos hombres, pero luego los olvidaba. Igual que había hecho con Álex Martí la primera vez que lo vio.

Por qué esa vez era distinto, no lo sabía, pero no iba a darle más vueltas. Probablemente se debiera a la falta de sueño, o a que echaba mucho de menos a su abuelo. O a aquella cicatriz. Fuera lo que fuese, seguro que se le pasaba en un par de días. Además, él le estaba haciendo una oferta que no podía rechazar.

—¿Lo quieres por escrito, Martí? —le preguntó, tendiéndole la mano.

—No hace falta, Millán —afirmó Marc, aceptando el apretón—. Estoy seguro de que eres de fiar —añadió en broma, en un intento algo desesperado por negar el cosquilleo que había sentido en la mano y que luego se había extendido por el brazo y el resto del cuerpo al tocarla.

—Yo que tú no lo estaría tanto —le advirtió ella.

«No coquetees, Olivia. Recuerda que tiene el cinco por ciento de tu hotel.»

—De acuerdo, pues —dijo Marc soltándole la mano—. Si no tienes inconveniente, iré a Barcelona a buscar mis cosas y volveré mañana.

—Perfecto. Te prepararemos una habitación para entonces. Es lo normal para los empleados —añadió, al ver que él iba a decir algo—. Y así podremos aprovechar más el tiempo. En el pueblo no hay demasiados pisos libres y sería una estupidez que te alojases en otro hotel.

—Sí, claro. Siempre y cuando no sea ninguna molestia.

—No lo es. Mañana te presentaré a todo el mundo, aunque probablemente ya los conozcas de tu anterior visita.

—Conforme. —Marc asintió y se dirigió hacia la puerta de la sala de juegos. Se detuvo con la mano en el picaporte—. Me gusta esta sala.

—Y a mí —reconoció Olivia.

Marc abrió y caminaron el uno al lado del otro hasta la recepción. Podía notar cómo ella seguía observándolo y supuso que seguía sin confiar en su propuesta. En un acto reflejo, sacó un papel de uno de los bolsillos de la americana y aceleró el paso hasta la recepción, donde pidió que le prestasen un bolígrafo.

—Éste es mi número. —Le entregó el papel a Olivia—. Si lo piensas mejor,

llámame. Yo saldré de mi casa a las ocho de la mañana. Si para entonces no he sabido nada de ti, daré por hecho que quieres seguir adelante con lo que hemos hablado.

Ella cogió el papel y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —le preguntó.

—No lo sabes —contestó sincero.

«Y la verdad es que no puedes.»

—Si hubieses hablado con mi abuelo, ¿qué le habrías dicho?

Marc meditó la pregunta y decidió responder en su nombre y no como lo haría Álex.

—Le habría sugerido que hablase contigo.

Olivia contuvo la respiración y lo miró a los ojos.

—Nos vemos mañana —le dijo y desapareció por una puerta que había junto a recepción sin esperar a que él respondiese.

SAN Francisco

Álex Martí nunca se había sentido así, con el estómago revuelto, la espalda empapada de sudor y las manos temblorosas. Si eso era estar enamorado, era una mierda. Quizá tuviese la gripe.

Llevaba unos días en San Francisco, pero en cuanto a Sara, bien podría haber estado en la otra punta del mundo, porque ella se negaba a verlo y la única vez que había conseguido que le contestase el teléfono había sido para colgarle de inmediato y decirle que no quería saber nada de él.

Y la compra del hotel Fairmont no estaba yendo mucho mejor. Sara y su equipo tenían completamente conquistados a los actuales propietarios. De hecho, Álex había oído rumores de que Edward Fairmont IV —sí, el muy imbécil tenía número incluido— estaba más interesado en seducir a Sara y en llevársela a la cama (cuando se enteró del chisme se derramó encima un café y se dijo que le había temblado el pulso de lo cansado que estaba del viaje) que en vender su hotel.

Para empeorar las cosas, habían visto a la pareja salir juntos de un partido de los Giants y también en un velero rumbo a Sausalito.

Álex tuvo náuseas sólo de pensarlo. Sí, definitivamente, tenía la gripe.

«O un ataque de celos como la copa de un pino.»

Él podía negociar muchas cosas, pero el problema era que empezaba a sospechar que el hotel Fairmont en realidad no estaba en venta, y que todo había sido un montaje del señorito Edward para seducir a Sara.

Como le funcionase...

Álex respiró hondo e intentó tranquilizarse. No le serviría de nada precipitarse. Se había pasado toda la mañana en las oficinas que Hoteles Vanity tenía en la ciudad, repasando los informes sobre el hotel Fairmont y analizando una y otra vez el contenido de las reuniones que habían mantenido los representantes de allí con el señor Fairmont (el tercero, el padre del imbécil), sin conseguir llegar a ninguna conclusión definitiva.

Sí, Fairmont padre se había mostrado interesado, pero ¿quién no mostraría interés ante una oferta de cincuenta millones de dólares?

Álex volvió al hotel donde se hospedaba —propiedad de una filial de Hoteles Vanity— más confuso que cuando había salido esa mañana. Y más furioso, porque uno de sus compañeros de trabajo había tenido el detalle de decirle que había oído que Edward Fairmont IV se llevaba a Sara a pasar unos días a su casa de la bahía. Su compañero no tenía ni idea de qué significaba ella para él, así que no podía recriminarle nada y además se lo había contado al comentar las pocas posibilidades que creía que tenían de quedarse ellos con el Fairmont.

Dejó el portátil en la mesa y se acercó al minibar. Él no solía beber, pero ese día bien se merecía hacer una excepción. Vació el botellín de whisky, una tarea nada ardua, pues tenía un tamaño ridículo, y se tumbó en la cama.

Álex siempre se había enorgullecido de ser un hombre ordenado, metódico, exigente y, sí, incluso predecible. A lo largo de toda su vida, y ya llevaba treinta y dos años en ella, sólo había tenido dos novias: una en la universidad, que le duró dos años y con la

que decidieron dejarlo porque ella optó por irse a vivir a Londres un tiempo para aprender inglés; y otra un año más tarde, a la que conoció un verano, cuando ella se apuntó al mismo gimnasio que él. Rompieron ocho meses después, cuando ella se reconcilió con su ex marido.

En ninguna de esas dos ocasiones había sentido aquella angustia que ahora se negaba a abandonarlo. Y tampoco le importó lo más mínimo que esas mujeres, aunque eran bellas y excelentes personas, dejasen de estar interesadas en él.

Pero que Sara lo ignorase, lo ponía de los nervios. Era como si no cupiera en su propia piel y tenía ganas de arrancársela y de subirse por las paredes. Nunca antes había hecho nada parecido a lo que hizo cuando conoció a Sara: pasar todo el fin de semana con ella sin preguntarle siquiera su apellido o dónde vivía o trabajaba. Si fuese como su hermano Marc, seguro que a esas horas ya se estaría acostando con alguna americana de cuerpo despampanante y cerebro inexistente para intentar olvidarla, o negarla. Álex podía contar sus rollos de una noche con las dos manos y de la segunda le sobraban varios dedos, mientras que Marc probablemente necesitaría una agenda para poder recordarlas a todas, eso si lo lograba. Él no juzgaba a su hermano, igual que Marc no lo juzgaba a él. Tan sólo, le sorprendía que, siendo gemelos, fuesen radicalmente opuestos. Aunque quizá Marc sería distinto si no...

Suspiró abatido; su hermano se negaba a hablar del tema y en su familia todos habían llegado a la conclusión de que era mejor evitarlo, pero Álex empezaba a plantearse si quizá se habrían equivocado.

Aunque le doliese, Marc necesitaba sacar de dentro lo que sentía, como evidenciaban aquellos episodios autodestructivos en los que bebía hasta quedarse inconsciente y durante los cuales se acostaba con todas las mujeres que encontraba a su paso.

Álex también se sentía culpable por el papel que había desempeñado en lo sucedido seis años atrás. Sí, sin duda había sido insignificante comparado con el de Marc, pero no podía evitarlo. Él necesitaba controlar todo lo que sucedía a su alrededor y se negaba a dejar algo en manos del destino. Y, por mucho que Marc se empeñase en creer lo contrario, lo que le había sucedido a su hermano era sólo culpa del destino.

—¿Y qué estás haciendo ahora? —se preguntó en voz alta, sentándose en la cama.

Si lo que le habían dicho en la oficina era verdad, Edward Fairmont IV, alias *el Imbécil*, no estaría en el hotel.

Se levantó en el acto, cogió la americana y salió corriendo de la habitación. Si de verdad quería tomar las riendas de su vida y hacer algo productivo, aquél era el momento idóneo para hablar a solas con el único Fairmont que importaba.

Detuvo un taxi en la calle y le dijo que lo llevase al Fairmont; no necesitó darle ninguna indicación, pues era uno de los hoteles más emblemáticos de la ciudad. Por eso mismo, si de verdad querían venderlo, no iba a permitir que se lo quedase la competencia. Y si no pretendían traspasarlo, entonces cogería al imbécil por el pescuezo y lo obligaría a tragarse todos los informes que había tenido que elaborar por su culpa.

—Ya hemos llegado, señor. —La voz de barítono del taxista lo sacó de su ensimismamiento.

Una lástima, porque se estaba imaginando vapuleando a Edward Fairmont IV.

—Gracias. —Le dio un par de billetes—. Quédese con el cambio.

El taxista se lo agradeció, pero él ya se había ido y estaba a medio camino de uno de los ascensores del vestíbulo.

El despacho de Fairmont estaba en la planta diecisiete y, con la aprobación del director del hotel, que salió a recibirlo en cuanto lo vio, Álex se dirigió hacia allí sin dilación. Apretó el botón y esperó pacientemente mientras escuchaba la suave melodía de jazz que salía de los altavoces del ascensor.

—Qué sorpresa, señor Martí —lo saludó el eficiente secretario de Fairmont padre—, no esperábamos verlo hoy.

—Lo sé, Mathew, y le pido disculpas, pero estaba repasando unos documentos y me han surgido unas dudas que me gustaría comentar con el señor Fairmont lo antes posible. Si no tiene inconveniente, por supuesto.

El secretario abrió una agenda de cuero y luego levantó la vista hacia la pantalla del ordenador.

—El señor Fairmont siempre está muy ocupado —dijo, sin dejar de mirar el monitor—, pero veré qué puedo hacer. Me consta que él también quería hablar con usted.

—Gracias, Mathew.

El hombre se puso en pie y salió de detrás de su escritorio para dirigirse a la impresionante puerta de nogal del despacho de su jefe. Por lo que Álex había podido comprobar, a los americanos ricos les encantaba demostrar que tenían dinero.

—El señor Fairmont estará encantado de recibirlo ahora, señor Martí —le anunció el secretario al salir.

Él se lo agradeció y entró en el ostentoso despacho. Sólo le faltaba la cabeza disecada de un ciervo o un par de colmillos de elefante para convertirse en un cliché.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Martí? —le dijo el señor Fairmont en cuanto Mathew cerró la puerta tras él. Con un gesto, le indicó que se sentase en una de las sillas de piel que había frente a su escritorio.

—¿De verdad está interesado en vender el Fairmont? —le preguntó Álex sin titubear.

En sus anteriores encuentros, había llegado a la conclusión de que Edward Fairmont padre era un hombre rudo y directo y confió en que le gustase que su interlocutor también lo fuese.

—Vaya, veo que no se va usted por las ramas —dijo el americano mirándolo a los ojos—. Me gusta.

Álex suspiró aliviado. No habría sabido cómo explicarles a sus jefes que lo habían echado del despacho de Fairmont.

—¿Está interesado en venderlo? —repitió la pregunta.

—Sí, estoy interesado —afirmó el otro cruzándose de brazos.

—¿Por qué? El hotel es rentable, está en perfecto estado y es uno de los mejores de la ciudad —enumeró Álex sin apartar la mirada del otro hombre.

—Lo sé.

—Prácticamente funciona solo. Ha pertenecido a su familia durante tres generaciones y, tanto si lo compra Hoteles Vanity como la cadena Sleep & Stars, le quitarán el nombre y lo convertirán en un hotel más de sus respectivas cadenas.

—¿Está intentando convencerme de que no venda, señor Martí? Ése sí que es un enfoque original y que no había visto hasta ahora —dijo Fairmont con una sonrisa.

—No, señor Fairmont, sencillamente no lo entiendo. Y, como no lo entiendo, tengo miedo de que todo esto sea sólo un montaje para engañar a Hacienda o a su esposa.

—¿A mi esposa?

—Es un decir. Con todo el respeto, señor, usted no sería el primero que intenta

diluir parte de su fortuna para no afrontar un divorcio multimillonario. No quiero pasarme meses atrapado en una negociación absurda y agotadora, por no mencionar cara, y que luego todo se quede en nada.

—Podría venderle el Fairmont a la cadena Sleep & Stars —apuntó el otro— y todos los meses de negociación se quedarían igualmente en nada. Y soy muy feliz con mi esposa, gracias por preguntar.

—Usted no es estúpido —dijo Álex. Llegados a ese punto, iba a ser completamente directo—. No se lo venderá a Sleep & Stars. Sabe tan bien como yo que no pueden pagarle la cantidad que solicita y que Hoteles Vanity, sí. Además, mi empresa puede asegurarle que el hotel seguirá teniendo una reputación excelente.

—Si sabe todo eso, señor Martí, ¿por qué ha venido? —le interpelló el hombre enarcando una ceja.

—Porque sigo sin entender por qué quiere venderlo, y, como le he dicho, no me gusta perder el tiempo.

—Ni a mí tampoco.

—Entonces, señor Fairmont, dígame, ¿de verdad quiere vender el hotel?

—De verdad.

—¿Por qué? Sé que no tiene problemas financieros, ni de cualquier otro tipo...

—Usted ha conocido a mi hijo, ¿no es así? —lo interrumpió el americano poniéndose en pie.

—Sí, lo conocí en la primera reunión. Usted nos presentó —le recordó Álex sin entender a qué venía la pregunta.

—Dios sabe que lo quiero —Fairmont soltó el aliento—, pero Eddie es un inútil.

—¿Disculpe? —No se podía creer lo que estaba oyendo.

—Oh, no me malinterprete, mi hijo no es completamente idiota y tal vez sea culpa mía y de su madre que sea tan... tan poco disciplinado. Yo no viviré eternamente y, si Eddie se queda con el Fairmont —se acercó a la ventana y acarició el marco de madera—, lo perderá en cuestión de un año. O, peor aún, lo arruinará. Por eso quiero venderlo. Usted ha dado en el clavo cuando ha insinuado que me importa la reputación del hotel. Me importa mucho. Muchísimo. Este establecimiento ha sido siempre el símbolo de mi familia y no voy a permitir que Eddie eche a perder lo que nos ha llevado tres generaciones conseguir. Antes prefiero venderlo y que todo el mundo crea que hemos decidido retirarnos del sector hotelero para dedicarnos a otras cosas. Yo todavía soy joven —afirmó aquel hombre robusto que debía de rondar los setenta años— y creo que compraré unos viñedos. Quién sabe. Eddie tendrá la vida solucionada, y también mis nietos, si es que algún día se digna darnos alguno a su madre y a mí. Así que, sí, respondiendo a su pregunta, estoy interesado en vender. O, mejor dicho, estoy interesado en vender el Fairmont a Hoteles Vanity.

—¿Y Sleep & Stars? —preguntó Álex, todavía algo aturdido por la gran noticia.

—Eso ha sido cosa de Eddie. No se preocupe, mi hijo ha ido a pasar unos días fuera, pero cuando vuelva me aseguraré de decirle que ponga punto final a las negociaciones con los representantes de Sleep & Stars. Delo por hecho.

—Gracias, señor Fairmont.

—Oh, no me las dé. A pesar de todo lo que le he dicho, no tengo intenciones de firmar su primera oferta —afirmó el hombre.

—No esperaba menos de usted. —Álex se puso en pie—. Muchas gracias por atenderme, señor.

—Debo confesarle, señor Martí, que las otras veces que lo vi no me pareció tan directo ni tan impulsivo.

—Digamos que estoy pasando por una época algo extraña —contestó él sin saber muy bien por qué.

—Bueno, no sé si es extraña o no, pero me gusta. Es refrescante negociar con alguien que no se aferra a unas tablas de Excel o a una presentación llena de gráficos de colores.

Álex sonrió, eso era precisamente lo que él solía hacer.

—Gracias de nuevo, señor Fairmont. —Le tendió la mano y el otro se la estrechó—. Le veré el lunes y le traeré una segunda oferta.

—De acuerdo, señor Martí. Le estaré esperando.

Álex abandonó el piso diecisiete tras despedirse de Mathew. Hasta que llegó al tercer piso no se dio cuenta de que Fairmont le había dicho que el incompetente de su hijo se había ido a pasar unos días fuera.

—Mierda, mierda, mierda —dijo en voz alta y dio gracias mentalmente por estar solo en el ascensor.

Aquel cretino se había ido con Sara a alguna parte. La euforia que había sentido por saber que casi con toda seguridad conseguiría cerrar la venta se evaporó en un segundo. El ascensor llegó al vestíbulo y el tintineo de una campanilla le indicó que se habían abierto las puertas. Salió antes de que volviesen a cerrarse y llegó a la calle casi sin ser consciente de que estaba caminando.

Los ruidos del tráfico lo sacudieron y zarandeó la cabeza para centrarse. Entonces, en la otra acera vio que se detenía un taxi y que de él bajaba una chica... Imposible.

—¡Sara! ¡Sara!

MARC condujo de vuelta a Barcelona mucho más tranquilo de lo que lo había estado en el viaje de ida. Conectó el MP3 al coche y escuchó tres de sus álbumes preferidos; el último de Matchbox Twenty; uno de Travis, y *Tosca* de Puccini. Sus hermanos siempre se burlaban de su afición a la ópera, porque decían que, de todos ellos, al que menos le pegaba era a él. Pero a Marc no le importaba, ningún otro género musical tenía la fuerza de la ópera. Ésta podía reflejar la intensidad de las reacciones humanas sin recurrir a las estridencias de los efectos sonoros modernos. Por no hablar de las historias que se contaban en sus canciones.

Aunque tenía que reconocer que sus hermanos tenían razón en una cosa: de todos ellos, al que menos le pegaba era a él.

La explicación era lógica, pero Marc nunca se lo había contado a nadie. De pequeño, al igual que el resto de sus hermanos, odiaba la ópera; le parecía aburrida, lenta e incomprensible. Un montón de tipos que gritaban en alemán o en italiano, raras veces en español, y que siempre terminaban muriéndose de tifus o de malaria, o de alguna enfermedad del siglo xviii. Pero a su madre le encantaba. Le apasionaba, y por eso Marc empezó a fingir que a él también, para poder estar ratos a solas con su madre y tener alguna conexión con ella.

Las notas de *E lucevam la stelle* sonaron por los altavoces y recordó la primera vez que la escuchó con su madre en la cocina de su casa. No pudo evitar sonreír; ella estaba cocinando algo, macarrones probablemente —en esa época siempre le pedían que los preparase los sábados—, y lo dejó todo para contarle a Marc qué decía la canción.

Y, al final, lo que había empezado como una farsa se hizo realidad y Marc se convirtió en un enamorado del género.

Si sus padres hubiesen vuelto del viaje, se habría detenido en su casa y los habría saludado, pero todavía seguían en Egipto, así que se fue directo a Barcelona y, en cuanto llegó a su piso, empezó a hacer las maletas. No se llevó demasiadas cosas, básicamente ropa, un neceser con lo indispensable, su viejo portátil y el MP3.

Dado que iba a estar dos o tres meses ausente, vació la nevera y fue a ver a su vecino, un jubilado muy amable, para decirle que no iba a estar y para pedirle, por favor, que le vaciase el buzón. Con todo eso resuelto, se duchó y se preparó algo de comer, pero estaba tan cansado que se acostó tras dar sólo un par de bocados.

Hacía mucho tiempo que no se quedaba dormido sin dar mil vueltas en la cama, pero esa noche lo consiguió.

Olivia no podía dormir. Todavía no había abierto la carta de su abuelo; la había guardado en el cajón de la mesilla de noche, justo debajo de las fotos de la última Navidad que había encontrado unos días antes, mientras ordenaba el despacho. Le dolía mirarlas, pero al mismo tiempo la reconfortaban y la hacían sonreír.

El día había sido muy intenso, el testamento de su abuelo la había pillado totalmente por sorpresa y la posterior visita del señor Martí no lo había sido menos. ¿Cómo se habría hecho esa cicatriz? Evidentemente no se lo había preguntado, pero eso no significaba que

no sintiese curiosidad.

Álex Martí estaba resultando ser mucho más enigmático de lo que ella había creído en un principio. La última frase que le había dicho antes de irse era el motivo por el que no lo había llamado para anular su acuerdo.

«Le habría sugerido que hablase contigo.» Álex entendía que ella se sentía marginada por la decisión de su abuelo, traicionada incluso. Y creía que su abuelo debería haber hablado con ella antes de ofrecerle nada a él.

«O eso es lo que quiere que creas.»

Olivia se secó una lágrima. Daría todo lo que tenía para volver a hablar con su abuelo, aunque fuese sólo un segundo. Ése era el tiempo que necesitaba para decirle «Lo siento». Se secó otra lágrima, y otra, y otra y, por más que lo intentó, no consiguió quitarse de la cabeza que la última vez que hablaron discutió con él.

Era viernes y en el hotel pasaron una semana caótica y llena de problemas. Todos estaban exhaustos y muy nerviosos y ella llevaba prácticamente dos días sin dormir y sobreviviendo a base de cafés, manzanas y algún que otro pastelito. Cada día parecía el fin del mundo, pero la verdad era que el mundo no se terminaba nunca y que al final la gran mayoría de las crisis se solucionaban por sí solas.

Pero Olivia entonces no lo veía así; de hecho, estaba convencida de que, si ella desaparecía un segundo, el hotel se vendría abajo y se derrumbaría sobre sus cimientos.

Eusebio, preocupado por su nieta y harto de su comportamiento obsesivo, entró en el despacho y le colgó el teléfono sin preguntarle con quién estaba hablando.

—Pero ¿¡qué haces!?! —le gritó Olivia con los ojos abiertos como una posesa, al borde de un ataque de nervios.

—Tienes que salir de este despacho —le dijo su abuelo—. Llevas cinco días aquí encerrada.

—No puedo. Tengo que llamar al de la agencia rusa —añadió sarcástica descolgando el teléfono de nuevo.

—No, ya lo llamaré yo —insistió su abuelo.

—No, da igual, ya lo hago yo —se resistió ella.

—Olivia, he dirigido este hotel durante años sin tu ayuda. Creo que soy perfectamente capaz de llamar a una agencia.

Ella enarcó una ceja y marcó el número.

Él volvió a colgar el auricular.

—Te he dicho que ya llamaré yo —repitió, hablándole como si fuera una niña pequeña que se niega a terminarse la sopa—. Tú ve a ducharte y sal a dar una vuelta.

—Llama tú a la agencia, si tantas ganas tienes, pero yo no me iré a dar ninguna vuelta. En la cocina...

—Manuel y Lucrecia lo tienen todo controlado.

—No es verdad, hay un horno que no funciona y hoy han llamado dos camareras para decir que cogían la baja.

—Nos las apañaremos sin ti. Ve a ducharte y sal a pasear. Llama a tus amigas.

—Abuelo, no tengo quince años. Tengo responsabilidades.

—Oli, si no sales del hotel un rato, terminarás volviéndote loca.

—¿Acaso crees que no soy capaz de ocuparme de todo?

La falta de sueño y el exceso de agotamiento le estaban pasando factura.

—Yo no he dicho eso.

—¿Ah, no? Pues a mí me ha parecido que sí. Soy capaz de ocuparme de todo,

abuelo. Llevo meses haciéndolo.

—Porque no permites que nadie te ayude —la provocó entonces Eusebio.

—Porque nadie parece estar dispuesto a arrimar el hombro.

—Eso no es verdad. Lo único que sucede es que tenemos miedo de acercarnos.

Estás tan obsesionada con controlarlo todo que cuando alguien tiene una duda prefiere no hacer nada y dejar que te ocupes tú de solucionarlo. Así no funcionan las cosas.

—Tú ya no sabes cómo funcionan las cosas, abuelo —lo atacó ella.

—Olivia —replicó él—, no sé cómo funcionan los ordenadores, pero a ti aún te falta mucho que aprender acerca de cómo llevar un hotel.

—¡Oh! Yo me desvivo por el hotel y no puede decirse lo mismo de ti.

—¡Olivia!

—¿Sabes qué, abuelo? Si tan mal lo hago, será mejor que me vaya. —Cogió la chaqueta que tenía en el respaldo y se puso en pie—. Ya nos veremos. Espero que vaya bien tu conversación con la agencia rusa.

A Olivia le cayó otra lágrima y se la secó furiosa. Después de esa discusión, fue a su dormitorio y se duchó, pero no salió. Se quedó dormida en la cama hasta primera hora de la tarde del día siguiente. A lo largo del sábado, se cruzó con su abuelo tres o cuatro veces y en todas las ocasiones él le tocó el brazo o le acarició la mejilla o la espalda, pero ella lo ignoró y no se dignó hablarle.

El domingo, sufrió un infarto del que ya no se recuperó. Se había comportado como una estúpida, como una niña malcriada. En todos los años que llevaba viviendo con su abuelo, habrían discutido, como mucho, diez veces, y le parecía muy cruel que el destino hubiese decidido llevárselo después de una de esas pocas discusiones. Y encima de una tan banal.

Su abuelo tenía toda la razón, llevaba demasiados días allí encerrada. Apenas había dormido y no podía decirse que hubiese comido demasiado bien. Estaba al borde de un ataque de nervios y lo único que él había querido había sido evitárselo. Pero ella lo había insultado y prácticamente le había dicho que no sabía ocuparse del hotel, cuando era él quien lo había levantado de la nada.

No era de extrañar que hubiese decidido no dejarle el negocio a ella; no se lo merecía.

Seguro que después de aquella horrible y estúpida discusión, Eusebio se dio cuenta de que no estaba preparada para hacerse cargo del Hotel California y por eso había establecido el período de un año; para que demostrase que sí podía sacarlo adelante. Y, si no, pasaría a Isabel, que lo vendería en cuestión de segundos.

No, Olivia no iba a permitirlo, iba a demostrarle a su abuelo que podía salvar el hotel y convertirlo en un lugar de referencia. Le demostraría que no era la niña malcriada de aquel día y que era perfectamente capaz de dirigir aquel negocio. Sí, lo haría sentirse orgulloso de ella, aunque ya fuese demasiado tarde para que pudiese verlo con sus propios ojos.

Y no leería aquella maldita carta hasta entonces.

Marc se removió nervioso entre las sábanas. Las apartó de una patada y, sin despertarse, tiró la almohada al suelo. Tenía la respiración entrecortada y la camiseta empapada de sudor. Cualquiera que lo hubiera visto en ese instante se habría dado cuenta de que no sólo estaba teniendo una pesadilla, sino que ésta era horrible y muy dolorosa.

Apretó los dientes y se le marcaron arrugas en las comisuras de los labios y de los ojos.

También tenía la frente arrugada y los puños completamente cerrados, como si así pudiese contener la agonía que estaba sintiendo. De repente, arqueó la espalda y se sentó gritando:

—¡No!

Abrió los ojos e intentó recuperar el aliento. Tardó varios minutos, durante los cuales dejó vagar la vista por el dormitorio. Despacio, se acercó al borde de la cama y apoyó los pies en el suelo.

El corazón estaba muy lejos de latirle con normalidad, pero ya no tenía la sensación de estar al borde de un infarto, aunque todavía notaba cómo gotas de sudor frío iban deslizándose por su espalda.

Había sido una pesadilla, tan sólo una pesadilla. Levantó una mano y se la pasó por la cara, pero al notar la cicatriz que le recorría el lado derecho, la apartó como si se hubiese quemado.

No había sido sólo una pesadilla.

—¡SARA, Sara! —gritó Álex y cruzó como un loco, sin preocuparse lo más mínimo por si lo atropellaban. Algo que estuvo a punto de suceder, a juzgar por los dos bocinazos que oyó y por los insultos que los siguieron.

Ella tardó unos segundos en oír su nombre por entre los ruidos de la ciudad, pero cuando lo hizo, levantó la vista. Y cuando vio a Álex, se dio la vuelta y aceleró el paso para entrar en el edificio que tenía delante.

—¡Sara! —volvió a gritar él, llegando ya a la acera donde se encontraba—. ¡Espera un momento!

Evidentemente, ella no le hizo caso y, sujetando el bolso y la bolsa en la que llevaba el portátil en una mano, abrió con la otra la puerta de cristal. El portero del edificio, un hombre de mediana edad y origen portorriqueño con un uniforme siempre impecable, corrió a ayudarla.

—Buenas tardes, señorita Márquez.

—Buenas tardes, Manuel —lo saludó Sara y en ese instante notó que alguien la cogía por el brazo.

No, alguien no, Álex. A pesar de lo furiosa que estaba con él, reconocería su tacto con los ojos cerrados.

—Sara —pronunció su nombre casi sin aliento.

Ella tiró del brazo y se apartó de él, pero se quedó allí, mirándolo. Esperando a que se recuperase para poder decirle a la cara todo lo que pensaba y, acto seguido, echarlo del edificio a patadas.

Manuel observó la situación y luego, con suma discreción, pero con voz firme, preguntó:

—¿Necesita que acompañe fuera al señor, señorita Márquez?

Álex, doblado en dos con las manos apoyadas en los muslos para recuperarse de la carrera, levantó la cabeza de golpe y miró al portero a los ojos.

—No será preciso, Manuel. El *señor* sólo se quedará un segundo.

Álex enarcó las cejas al oír el retintín con que lo había llamado «señor», pero no dijo nada. No quería tentar a la suerte y que ella decidiese darle permiso al portero para que lo *invitase* a marcharse.

—De acuerdo, señorita. Llámeme si me necesita —dijo el hombre alejándose de ellos para volver a su puesto.

—Claro, Manuel. Gracias.

Sara esperó a que estuviese sentado tras el mostrador de recepción del vestíbulo antes de volver a hablar.

—¿Qué estás haciendo aquí, Álex?

Él se incorporó y se pasó las manos por el pelo para serenarse un poco. Después de todo lo que había hecho para llegar hasta allí, ahora que la tenía delante estaba nervioso.

—Quiero hablar contigo.

—Pues yo no y creo recordar que el otro día te manifesté lo mismo por teléfono.

—Pero yo sí quiero. —Hizo una pausa y apretó los dientes un segundo—. Necesito hablar contigo, Sara. Por favor.

Una pareja salió del ascensor que él tenía a su espalda y por la puerta principal entró

un mensajero.

—No tenemos nada de que hablar —dijo ella, colocándose bien el bolso.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó Álex, dolido de verdad.

El ascensor volvió a abrirse y de él salió una madre con dos niñas que arrastraban dos patinetes. Aquel vestíbulo estaba de lo más transitado.

—Sé que me arrepentiré —masculló Sara en voz baja, como si se lo estuviese diciendo a sí misma—. Sube a mi piso —indicó luego con voz normal y la sorpresa de Álex fue tan evidente que ella añadió—: Aquí no podemos hablar. Sube, dime lo que tengas que decirme y luego te vas —concluyó, para dejarle claro que no pensaba claudicar.

—De acuerdo —accedió él, consciente de que estaba teniendo mucha suerte. Caminaron hasta el ascensor y Álex apretó el botón—. Creía que estabas pasando unos días fuera de la ciudad —dijo, incapaz de callarse el comentario.

No podía dejar de imaginarse a Sara con aquel imbécil, bebiendo champán ante una puesta de sol. Necesitaba exorcizar esa imagen.

—¿Por qué? —le preguntó ella sin mirarlo, pero algo más a la defensiva que segundos antes.

Álex se encogió de hombros y se maldijo por haber metido la pata. No debería haber sacado el tema de Edward Fairmont IV, pero ahora ya no podía dar marcha atrás.

—Porque me contaron que Edward había salido de la ciudad muy bien acompañado.

—¿Y creías que me había ido con él? —Ahora sí que lo miró y la verdad era que no parecía muy contenta—. Aunque no te lo creas, no acostumbro a irme de fin de semana con el primero que pasa. Tú fuiste una excepción —añadió.

A pesar de que era obvio que Sara no había pretendido halagarlo con esa última frase, sino todo lo contrario, Álex sintió una leve satisfacción al comprobar que lo que había sucedido entre los dos había sido igual de excepcional para ella, pero lamentó habérselo recordado, porque era evidente que, a diferencia de él, Sara no tenía tan buen recuerdo.

No importaba. Iba a hacer todo lo posible para demostrarle que estaba equivocada.

El ascensor se detuvo en el piso que ella había marcado y Álex la dejó que saliese primero. La siguió hasta la puerta de un apartamento y esperó. Cuando entraron, Sara dejó el bolso y el portátil encima de un mueble que había junto a la entrada y luego colgó el abrigo de un perchero que parecía antiguo.

Era un apartamento precioso, muy pequeño, pero decorado con muchísimo gusto, con objetos claramente elegidos con gran esmero y cariño por su propietaria.

—¿Hace mucho que vives aquí? —le preguntó él.

—No —contestó entre dientes—, sólo unos meses. Antes vivía en Nueva York, pero un cretino consiguió que me despidiesen.

Álex cerró los ojos un segundo y volvió a maldecirse por su estupidez.

—Lo siento —dijo.

—Después de que me despidieran —continuó ella como si él no hubiese hablado—, guardé todas mis cosas en cajas y las llevé a un almacén, porque, verás, no sé si te habrás enterado, pero el mundo no está pasando por un buen momento y no encontraba trabajo. Así que decidí volver a España unos días para ver a mis padres y hacer acopio de fuerzas. Mientras estaba allí, tuve la suerte de que me llamasen de Sleep & Stars para ofrecerme un puesto en su delegación del oeste, aquí, en San Francisco. Acepté encantada y cuando esa noche salí a celebrarlo con mis amigas conocí al mayor idiota del mundo.

«A mí.»

—Sara, déjame que te lo explique.

—¿El qué? ¿Qué es lo que quieres explicarme, Álex? ¿Que eres un cretino capaz de escribir diez folios acerca de las ventajas de cerrar una división entera y dejar a todo el equipo en la calle? No hace falta, ya lo sé.

—Yo no dije tal cosa. Y mi informe tenía como mínimo treinta folios.

—¿Y qué contabas en los otros veinte? ¿Que cerrasen también la delegación de Miami, o pedías, no sé, la paz en el mundo?

Estaba furiosa e iba a hacérselo pagar y él no haría nada para impedirselo. Lo único que quería era hablar con ella y, si antes tenía que soportar que lo insultase o se burlase, lo soportaría.

—No —contestó entre dientes—, decía que la delegación de Nueva York había cometido un grave error al dejar escapar esa operación de la Séptima Avenida y le echaba las culpas a la mala gestión del señor Anderson, no a ti. Decía que, bajo la supervisión adecuada, la tuya, esa delegación podía hacer grandes cosas, pero que antes tenían que reducir gastos y probablemente plantilla, a no ser que se firmase algún nuevo contrato a corto plazo.

—El señor Anderson está casado con una de las hijas del socio mayoritario de Hoteles Vanity.

—Mierda.

—Sí, mierda. Alguien tan profesional como tú, tan perfecto, debería haber conocido ese detalle sin importancia. Alguien tan infalible como tú debería haber sabido que al señor Anderson no lo despedirán nunca y que, si sugerías tal cosa, lo único que ibas a lograr era que las culpas recayesen sobre otra persona.

—Mierda —repitió Álex.

—No deberías haber escrito ese maldito informe sin hablar antes conmigo o con alguien de la división de Nueva York. Habríamos respondido a todas tus preguntas y te habríamos contado que esa condenada operación la perdimos por culpa de la ineficiencia de Anderson, pero que estábamos a punto de cerrar otro trato con un pequeño hotel que prometía mucho.

—Mierda. —Álex parecía incapaz de dejar de decirlo.

—Sí, un hombre tan recto, tan estricto, tan exigente como tú, debería haberse dignado comprobar cuáles eran los hechos antes de lanzar a todo un equipo de profesionales a los leones. Tú y yo no nos conocíamos, pero habíamos cruzado varios correos electrónicos y siempre me habías parecido cordial y muy eficiente. Creo que me merecía la cortesía de que me llamasen o me escribiesen para preguntarme qué había sucedido antes de entregar tu maldito informe a dirección.

—Lo siento, Sara. Yo no lo sabía...

—Ya, no lo sabías y tampoco te preocupaste de averiguarlo —lo interrumpió ella.

—Hablaré con dirección y...

—¿Y qué? A Anderson no lo despedirán y yo ya tengo otro trabajo. Las cosas están bien así. Tú sigue con lo tuyo, que yo seguiré con lo mío. Soy consciente de que Fairmont padre prefiere venderle el hotel a Hoteles Vanity, pero estoy en condiciones de hacerle una oferta muy tentadora y creo que podré convencerlo de que estudie la propuesta de Sleep & Stars.

—¿Y Fairmont hijo? Él cree que tú estás incluida en la oferta.

—Eddie sabe cómo están las cosas. Además, no creo que eso sea asunto tuyo.

«¿Eddie? Lo llama Eddie.»

—Sara, yo, en Barcelona...

—Los dos nos dejamos llevar. Yo estaba eufórica por haber encontrado trabajo y por poder volver a Estados Unidos y tú fuiste encantador.

¿Encantador? La noche más demoledora de toda su vida y ella le decía que había sido «encantador». Si ahora añadía que podían ser amigos, no podría soportarlo.

—Para mí fue mucho más —se atrevió a responder, incapaz de confesar lo que sentía de verdad.

—Reconozco que yo nunca había hecho nada parecido —dijo ella, sorprendiéndolos a ambos.

«Menos mal», pensó Álex.

—Pero cuando el domingo vi tu tarjeta y averigüé quién eras —prosiguió Sara recuperando la compostura—, me sentí estafada. Y, sí, dolida.

—Yo nunca pretendí ocultarte mi apellido ni nada por el estilo. Hasta que sucedió lo de la tarjeta, ni siquiera me había dado cuenta de que no te lo había dicho, ni de que no sabía el tuyo.

Se acercó a ella y levantó despacio una mano para acariciarle la mejilla. La había echado tanto de menos... Sara cerró los ojos y durante un segundo ladeó el rostro para sentir la palma de él, pero luego se apartó.

—No —dijo—, no puedo. Ese domingo, cuando llegué a casa de mis padres, comprendí que había cometido un error dejándome llevar. Sé que hay muchas mujeres que lo hacen constantemente, y me parece genial, pero yo nunca me había acostado con un hombre al cabo de seis horas de conocerlo.

Habían sido tres, pero Álex no tenía intención de corregirla.

—Sé que no me ocultaste tu nombre adrede y que no intentaste engañarme premeditadamente. Y lamento haberte acusado de ello en la puerta del cine.

Él asintió, pero a pesar de que Sara le estaba pidiendo perdón por todo eso, tenía el horrible presentimiento de que aquella conversación no iba a terminar como esperaba.

—Pero también sé que tú y yo no tenemos nada en común.

—Eso no es verdad. —Defendió sus posibilidades con uñas y dientes.

—Álex, sólo nos hemos acostado.

—Lo que sucedió entre tú y yo no fue sólo eso. Y lo sabes.

—Ni siquiera me conoces. Y yo jamás podría estar con alguien capaz de hacer lo que hiciste tú con ese informe.

—Quiero conocerte y quiero que me conozcas, no soy sólo ese informe. Dame una oportunidad. Danos una oportunidad.

—Cuando termine la operación con el hotel Fairmont, tú volverás a España y uno de los dos saldrá perdiendo. Tú representas a la competencia, Álex. No creo que sea apropiado. —Recitó esos argumentos como si los hubiera pensado antes.

Pero él no iba a darse por vencido. Además, si Sara se estaba justificando tanto, señal de que había empezado a plantearse la posibilidad de darle una oportunidad. O así decidió interpretarlo. Y entonces recordó algo.

—En Barcelona, la noche del sábado, en mi casa —empezó y cuando vio que Sara se sonrojaba al recordarlo, continuó—, me dijiste que nunca habías dormido toda la noche con un hombre.

Ella asintió y tragó saliva.

—Yo me ofrecí a llevarte a tu casa, aunque en realidad quería suplicarte que te quedases y tú dijiste que no, que deseabas estar conmigo. ¿No crees que eso se merece una

oportunidad?

—No sé qué me sucedió ese fin de semana —dijo, frotándose la frente.

—Ni yo, pero quiero averiguarlo. Mira, tú misma has dicho que los dos representamos a empresas opuestas y que vamos a enfrentarnos para quedarnos con el Fairmont. Te propongo una cosa: durante el día, cada vez que coincidamos en las oficinas del hotel, o en cualquier otro sitio, te trataré como si fueses sólo la competencia. Seré profesional, pero también implacable. Te advierto que estoy decidido a conseguir que Fairmont firme con Hoteles Vanity.

—Lo mismo digo —le advirtió ella.

—Pero a partir de las seis de la tarde, sólo seré Álex, Álex Martí, un hombre que está desesperado por conocerte y que pretende llevarte a cenar, al teatro, al muelle, a donde tú quieras. Un hombre que desea saber qué te hace reír, qué te hace llorar y que aspira a volver a dormir contigo en sus brazos. ¿De acuerdo?

Iba a negarse. Debería negarse. Pero los ojos de Álex y su sonrisa repleta de inseguridad la convencieron.

—De acuerdo —accedió con un nudo en la garganta y en el corazón.

Él miró su reloj y vio que eran las siete y media.

—Pasan de las seis —dijo, acercándose de nuevo a ella—. Hola.

Sara lo miró como si se hubiese vuelto loco, pero no pudo evitar sonreír.

—Hola —respondió.

—Me llamo Álex Martí, ¿te apetece ir a cenar conmigo?

Dios, pensó ella, casi había olvidado el efecto que le causaban aquella sonrisa ladeada y aquellos ojos.

—Hoy no puedo, Álex —se obligó a decir y vio cómo el brillo de su mirada se apagaba un poco, igual que su sonrisa, y no pudo evitar añadir—: Pero si quieres, te doy mi número y quedamos otro día.

MARC llegó al Hotel California a las nueve y media de la mañana. Después de que la pesadilla lo despertase, no intentó volver a dormirse y se metió directamente en la ducha. Al terminar, se puso unos vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta azul marino y se fue del apartamento sin permitirse plantearse por qué precisamente esa noche había vuelto a soñar con el accidente.

Condujo hacia la Costa Brava y se dejó hipnotizar por los movimientos monótonos y mecánicos de la conducción.

No sabía cómo explicarlo, pero a pesar de que nunca lo había olvidado, y de que era algo en lo que pensaba a diario —y no sólo debido a la cicatriz—, casi nunca soñaba con lo que había sucedido esa noche.

Al principio sí, por supuesto, después de salir del hospital, apenas soñaba con otra cosa, hasta que entonces, un día, de repente, dejó de hacerlo. No tenía sentido, pero los sueños eran mucho más reales que los recuerdos que solían asaltarlo cuando estaba despierto. Y, por ello, mucho más dolorosos.

Dormido, Marc podía oír la radio del Ford Fiesta, las risas, los gritos. Podía sentir cómo crujía el metal de la carrocería, cómo rechinaban los frenos y se rompían los cristales. Los cristales y el asfalto eran siempre lo peor. Cuando estaba despierto, no recordaba especialmente la sensación de golpear el asfalto, o de clavarse un cristal de más de quince centímetros en la cara, pero, en el sueño, sí.

Y eso no era lo peor. Si no conseguía despertarse, la pesadilla continuaba hasta que llegaba la ambulancia y se lo llevaban al hospital. Antes de que el enfermero cerrase la puerta trasera de la ambulancia, Marc siempre veía dos cuerpos sin vida en el suelo y el coche en llamas.

Dejó el coche en el aparcamiento para huéspedes y salió sin coger el equipaje. Ya iría más tarde a buscarlo. Se encaminó hacia recepción, porque no había quedado en ningún lugar concreto ni a ninguna hora en especial con Olivia y supuso que allí encontraría a alguien que supiese decirle dónde estaba.

No hizo falta. En cuanto llegó, la señorita Millán en persona apareció tras el mostrador.

—Buenos días, Martí —lo saludó.

—Buenos días, Millán —respondió él con una sonrisa.

Qué extraño, bastó con que lo llamase por su apellido con aire burlón para que se relajase un poco.

Olivia miró el reloj de la pared y dijo:

—En seguida llegará Natalia, una de nuestras recepcionistas. ¿Has desayunado?

—No, la verdad es que no —contestó Marc.

—El café del bar es muy bueno y también las ensaimadas —le indicó ella, mientras anotaba algo en un bloc.

—Y, tú, ¿has desayunado?

Olivia no apartó la vista de lo que estaba haciendo, pero respondió:

—No, creo que me he tomado un café hace horas, pero no estoy segura.

—Entonces te espero y desayunamos juntos.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—No es necesario. No sé si Natalia...

—Buenos días, Olivia —dijo una joven rubia justo entonces.

Marc se apartó y la dejó pasar. Era una chica espectacular; altísima y con un cuerpo de infarto. Tenía curvas donde había que tenerlas y sabía moverse. Iba impecablemente maquillada y olía de maravilla. Y, sin embargo, Marc tan sólo apartó un segundo la mirada de Olivia.

Millán, como había empezado a llamarla también en su mente, tenía mala cara y sólo se había maquillado lo justo para ocultar lo que debían de ser unas ojeras más que considerables. Llevaba una camisa blanca con un estampado diminuto que, a esa distancia, Marc habría jurado que eran unos conejitos y encima una chaqueta de color amarillo que la hacía parecer sacada de una película de los años sesenta.

Millán desprendía clase. Sí, eso era. Era una extraña mezcla entre Audrey Hepburn y Lucy, la quisquillosa amiga de Snoopy y Charlie Brow. Y a Marc, aunque no tenía intenciones de hacer nada al respecto, le resultaba mucho más atractiva que la voluptuosa y escultural Natalia.

—Buenos días, Natalia —saludó Olivia a la recepcionista—. No sé si conoces al señor Álex Martí.

Al oír el nombre de su hermano, Marc salió de su ensimismamiento y recordó qué estaba haciendo allí.

—No, me temo que cuando el señor Martí vino aquí, yo estaba de vacaciones. Pero me han hablado de él —dijo Natalia con voz sensual—. Es un placer. —Le tendió la mano y le sonrió de oreja a oreja.

—Lo mismo digo —contestó Marc, estrechando la mano de Natalia.

Sí, aquél era el tipo exacto de mujer con el que él solía estar: libre y sin complicaciones. Entonces, ¿por qué diablos no le estaba haciendo caso? Era más que evidente que ella estaba receptiva.

—El señor Martí se quedará con nosotros unos meses —explicó Olivia, seria. ¿Eran imaginaciones de Marc o había arrugado el cejo?—. Las habitaciones veinte y veintidós quieren ir de excursión a Francia, encárgate por favor de llamar a un taxi.

—En seguida —dijo Natalia.

—Yo acompañaré al señor Martí a desayunar. Si me necesitas, estaré en la cafetería —añadió, saliendo de la recepción.

—No te preocupes, Olivia. Hasta luego, Álex —se despidió la joven. A pesar de que su jefa levantó ambas cejas al escuchar que se dirigía a él por su nombre de pila, Natalia se limitó a sonreírle.

Marc obviamente presenció el intercambio y, al ver que Olivia también sonreía y ponía los ojos en blanco, concluyó que entre las dos mujeres existía una gran complicidad.

Una vez en la cafetería, se sentaron a una de las mesas. La estancia era pequeña, acorde con el resto del hotel, con muebles de madera noble y mesas cubiertas con manteles de lino blanco. Encima de todas ellas había un discreto jarrón de cristal con flores frescas propias de la zona y de fondo podía escucharse una música muy agradable. ¿Ópera?

—¿*Tristán e Isolda*? —preguntó, atónito—. ¿No te parece que Wagner es demasiado intenso para estas horas?

Olivia no disimuló lo sorprendida que la dejó que reconociese la pieza.

—¿Qué ópera pondrías tú por la mañana? —Quizá había tenido suerte y lo había adivinado por casualidad. O tal vez sólo conociera esa ópera.

Marc fingió pensarlo un segundo.

—Probablemente *Rigoletto* y creo que me decantaría más por Verdi o por Mozart, Wagner lo dejaría para la noche.

Olivia se dio por vencida y asumió que a aquel hombre a quien había decidido ignorar le gustaba la ópera tanto como a ella.

«Pero no voy a cambiar de opinión sobre él», se aseguró.

A diferencia de Marc, Olivia había intentado odiar el bel canto por todos los medios. De pequeña, asociaba la ópera con su madre, con esa mujer que decidió aparcarla en un hotel para irse a vivir la vida. Años más tarde, y gracias a su abuelo, comprendió que la música estaba muy por encima del egoísmo de La Belle Millán, y se enamoró por completo de ciertas óperas, en especial de las preferidas de su abuelo, como por ejemplo *Tristán e Isolda*. Por eso la había puesto esa mañana.

Olivia no creía ni en el cielo ni en el infierno, pero si existían, seguro que su abuelo estaba en el primero, donde sonarían óperas constantemente.

—Es probable que tengas razón —reconoció—, pero me apetecía escucharla.

Marc se encogió de hombros y le sonrió.

—Yo, ayer, cuando volvía a Barcelona, me puse *Tosca* en el coche.

Normalmente no se sentía cómodo hablando de sus gustos musicales, pero con Olivia creyó que podía hacerlo. Así que decidió arriesgarse.

—Puccini es uno de mis compositores preferidos —dijo ella, premiándolo con una sonrisa.

«Oh, no, Marc, ni se te ocurra. Tú sigue como siempre.»

Una sonrisa no iba a bastar para conquistarlo. ¿Conquistarlo? No, seducirlo.

—Y mío —dijo él, ignorando la voz de su conciencia—. Si hoy estuviese vivo, probablemente sería compositor en Hollywood y habría ganado varios Oscar.

—Es posible. ¿Qué te apetece desayunar? —le preguntó ella, zanjando el tema.

A juzgar por cómo se le había encogido el estómago, eso era lo más acertado.

—Un café con leche, por favor, y una de esas ensaimadas de las que me has hablado antes.

—En seguida vuelvo.

Olivia se acercó a la barra y le pidió a Pedro, uno de los camareros más antiguos del hotel, que les preparasen dos cafés con leche y dos ensaimadas. Después fingió ocuparse de algo en la caja registradora. No quería volver a la mesa todavía.

La noche anterior había decidido que se aprovecharía de la experiencia profesional y de los consejos de Álex Martí para sacar adelante el hotel y que al cabo de tres meses se despedirían y no volverían a verse más. Martí había trabajado durante años en una de las cadenas hoteleras más prestigiosa del mundo y seguro que sabía muchas cosas que le podían resultar útiles. Mantendrían una relación profesional. Nada más.

No podía distraerse. Y, lo más importante, no se fiaba de él. La vida le había enseñado que, exceptuando a su abuelo, sólo podía fiarse de sí misma.

Pedro apareció con la bandeja cargada y Olivia lo acompañó hasta la mesa. Lo ayudó a dejar las cosas y luego lo despidió dándole las gracias.

Marc cogió la taza y bebió un sorbo de café con leche.

—Tenías razón, es muy bueno —le dijo, con la nariz todavía pegada a la taza.

En ese instante sonó una de las piezas preferidas de su abuelo y Olivia notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Los cerró con fuerza para no derramarlas y rezó para que Martí estuviese tan concentrado en el café que no se diese cuenta.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó Marc al verla.

Al comprobar que no contestaba, deslizó despacio una mano por la mesa y la colocó encima de la de ella.

Olivia abrió los ojos despacio.

—A mi abuelo le encantaba esta ópera —comentó sin más.

Y Marc comprendió lo que le pasaba sin necesidad de que se lo explicase.

—Con el tiempo será más fácil —le dijo.

—Siempre le echaré de menos, el tiempo no cambiará eso —puntualizó ella, enfadada.

—Sí, siempre le echarás de menos. —No intentó consolarla con palabras que sabía que no servirían de nada—. Tu abuelo tenía buen gusto. Es una ópera preciosa, y muy triste.

—¿Acaso hay alguna ópera alegre? —preguntó Olivia, intentando cambiar el tono de la conversación y apartando la mano.

—No, supongo que no. Las tragedias dan mucho más juego y a las sopranos les encanta morir en escena —contestó Marc medio en broma para ver si conseguía que volviese a sonreír.

Y lo consiguió.

Tras esa breve sonrisa, los dos terminaron de desayunar hablando de las distintas representaciones que habían tenido oportunidad de ver en diversas óperas o festivales del mundo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Marc, que durante esa media hora se había olvidado de que estaba fingiendo ser su hermano gemelo.

—Tú hazla y yo decidiré si la contesto —respondió Olivia, cogiendo la taza para terminarse el café.

—Tu madre es La Belle Millán, una de las cantantes de ópera más famosas de España, ¿no?

—Sí. ¿Y?

—Y no has mencionado ninguna de las óperas que ella ha representado —terminó Marc.

—No me gusta cómo canta —dijo Olivia sin más y acto seguido se llevó la mano a los labios para tapárselos—. Oh, Dios mío, no puedo creer que haya dicho eso.

Él no pudo evitar reírse un poco al verla tan agobiada por haber sido tan sincera.

—A mí tampoco me gusta —confesó, para quitarle importancia—. Creo que está sobrevalorada.

—Oh, Dios mío —repitió ella—. Es culpa tuya, Martí.

—¿Mía? —dijo él con una sonrisa—. Está bien —añadió, al ver que lo fulminaba con la mirada—. Es culpa mía.

—Exacto. Yo nunca digo lo que pienso. ¡Oh, déjalo, no quería decir eso! —se defendió, al verlo abrir los ojos exageradamente y fingir escandalizarse.

—Está bien, de acuerdo. Es culpa mía y no querías decir eso. Pero que conste en acta que coincido totalmente contigo. Además, uno siempre debería decir lo que piensa, ¿no?

—No —contestó Olivia de inmediato—. Nuestra sociedad se basa en la mentira, o en las mentiras piadosas, si no quieres que parezca tan cínica.

—¿Eso crees? —le preguntó él.

—Creo que ésta es sin duda la conversación más rara que he tenido nunca.

—Y la mía y eso que he tenido unas cuantas.

Y se mordió la lengua para no empezar a hablarle de su hermano gemelo al que estaba suplantando. «Y te has atrevido a aconsejarle que dijese siempre la verdad. Serás hipócrita.»

—Gracias por el desayuno y por la compañía —dijo tras carraspear y reprimir los remordimientos que le habían subido por la garganta.

—De nada —contestó ella algo confusa. No sabía exactamente qué había sucedido, pero su mirada era ahora más distante y fría que antes—. Será mejor que nos pongamos a trabajar. No tenemos tiempo que perder, Martí.

—A tus órdenes, Millán.

DESPUÉS de aquella extraña y sincera conversación, Olivia le enseñó a Marc la que iba a ser su habitación durante aquellos tres meses. Se trataba de una habitación con baño y una pequeña sala de estar. Se encontraba en la séptima planta, la misma donde estaban las habitaciones de Olivia y de los otros miembros del personal.

Dado que había estado presente en la lectura del testamento, Marc sabía que ella había heredado también la casa de su abuelo, pero supuso que, igual que Eusebio, no quería vivir allí y que prefería quedarse en el hotel. Y tenía que reconocer que lo entendía. Sólo llevaba allí unas horas y ya empezaba a encariñarse con la atmósfera de aquel lugar.

Olivia y él volvieron a la recepción y ella intentó despedirse diciendo que tenía mucho trabajo. Marc se ofreció a acompañarla, pero ella insistió en que se instalase y fuese después a las oficinas que había justo detrás de la recepción (algo que supuestamente Marc ya sabía, porque ya había estado allí antes).

Fue al coche por sus cosas y después las dejó en su habitación, pero no perdió el tiempo en deshacer la maleta, sino que sencillamente cogió el portátil y bajó a recepción. Natalia lo saludó de nuevo con una sonrisa —sí, quizá pudiese invitarla a salir una noche—, pero ahora estaba acompañada por Roberto, el antipático italiano que había conocido el día anterior.

—Roberto, ¿conoces a Álex? —preguntó Natalia.

El italiano estaba tecleando algo en el ordenador y no apartó la vista de la pantalla.

—Sí, al parecer lo conocí hace unos meses, pero los dos nos habíamos olvidado —se limitó a decir.

Marc sintió un escalofrío. Álex no le había dicho nada de Roberto y el día anterior él se había comportado como si no lo conociese. Esa misma noche llamaría a su hermano para preguntarle si había tenido alguna conversación con el recepcionista; no quería volver a meter la pata.

¿Y Roberto por qué había fingido no conocerlo? ¿Lo había hecho para ser desagradable o de verdad se había olvidado de él y no lo había reconocido? Marc no podía preguntárselo y decidió que lo mejor sería quitarle importancia al asunto.

—Sí, me temo que se me da fatal recordar las caras —dijo—. Lo siento, Roberto, pero seguro que ahora no volveré a olvidarme.

—No te preocupes, yo sí —contestó sarcástico, pero al ver que Natalia lo fulminaba con la mirada, añadió—: Sólo me interesa recordar a las preciosidades que tengo a mi alrededor.

La chica sonrió y Marc también, aunque no terminó de creerse su broma.

—Olivia me está esperando en las oficinas, ¿puedo pasar?

—Por supuesto —afirmó Natalia—. Nos ha dicho que puedes entrar y salir cuando quieras y me ha pedido que te encargue una llave maestra. La tendrás esta tarde.

Él cruzó la puerta y llegó al otro lado de la recepción.

—Gracias, Natalia.

—Disculpa que no te acompañemos —dijo Roberto—, pero ya sabes el camino, ¿no?

—Por supuesto —afirmó Marc.

Sólo había un pasillo, así que no tendría ningún problema en encontrar las oficinas.

Y no lo tuvo, pero fue gracias a que oyó la voz de Olivia discutiendo a gritos con alguien por teléfono.

Entró en la habitación de la que provenían los gritos y la encontró paseándose de un lado al otro con un inalámbrico en la mano.

Esperó junto a la puerta y aprovechó para mirar lo que lo rodeaba. Había tres mesas, en dos de ellas había ordenadores y la tercera estaba completamente vacía.

Desvió la vista hacia la mesa que le quedaba más lejos y vio que encima, aparte de la pantalla y el teclado del ordenador, sólo había dos fotografías; en una aparecía una chica de unos quince o dieciséis años que indudablemente era Olivia y en la otra también aparecía ella, pero era más actual y estaba acompañada por su difunto abuelo. Aquélla era la mesa de Eusebio.

La segunda mesa estaba a rebosar de papeles, lápices, agendas y revistas del sector hotelero, y un par de novelas de Agatha Christie. Debía de ser la mesa de Olivia.

A pesar de la cantidad de objetos que la cubrían, todos estaban perfectamente ordenados. De hecho, Marc estaba convencido de que su propietaria sabía exactamente dónde estaba todo y también que no toleraría que otra persona tocara nada.

La mesa que estaba vacía no sabía cómo interpretarla. ¿La habían preparado para él, o la ocupaba alguien que sencillamente era un maniaco y se lo llevaba todo a casa?

—Esa mesa es tuya —dijo Olivia al colgar—. La compramos hace años para que Tomás pudiese organizar sus cosas, pero él prefiere anotar todo en un bloc que siempre lleva encima y después comentármelo. Hasta ahora, sólo ha servido para acumular polvo. —Se frotó la sien y devolvió el teléfono a su base.

—¿Sucede algo? —le preguntó Marc.

—Era el banco —le explicó ella—. Al parecer, se han enterado de lo que dice el testamento de mi abuelo y quieren cancelarnos el crédito.

—¿Te han dicho si existe algún otro motivo aparte de lo del testamento? —Marc se acercó a la mesa de ella, quien se había sentado en su silla. Él lo hizo en una que quedaba enfrente.

—Dicen que dudan de la continuidad del hotel —contestó entre dientes.

—Entonces tendremos que demostrarles que se equivocan, ¿no crees?

Olivia estaba muy cansada. Y muy preocupada, aunque no quisiera reconocerlo.

—Seguro que mi madre ya les ha llamado para comunicarles que tiene un comprador.

Aunque había oído la sugerencia de Martí, y tenía que reconocer que le había dado un vuelco el estómago al ver que él tenía intenciones de luchar por el hotel, aunque fuera por su interés personal, no podía quitarse de la cabeza lo que su madre podía estar haciendo.

—¿Tu madre no quiere que sigas con el hotel? —le preguntó confuso.

Una cosa era que Olivia creyese que su madre no era buena cantante —que no lo era—, pero otra muy distinta que diese por hecho que quería perjudicarla.

Allí había algo más, algo que hacía que la chica pareciera incluso asustada. Y por eso se lo había preguntado casi sin pensar, porque de verdad necesitaba saberlo.

«Para poder hacer algo al respecto. ¿Y desde cuándo haces tú esas cosas?»

Pero al ver que ella lo miraba de un modo extraño, se echó atrás.

—Perdona, no quería entrometerme.

—No, no pasa nada. Supongo que tarde o temprano terminarías por enterarte.

—Suspiró antes de continuar—: Mi madre odia el Hotel California y adora el dinero.

Durante años, intentó convencer al abuelo de que lo vendiese. Decía que así ganaríamos mucho dinero y que podríamos vivir sin preocupaciones. Mi abuelo se negó y al final terminaron discutiendo. Mi madre me dejó aquí cuando yo tenía quince años y se fue de viaje con su novio de turno. El abuelo y ella apenas se hablaron a partir de entonces... Y no sé por qué te he contado todo esto.

—No te preocupes —dijo Marc. «Yo no sé por qué me importa verte tan preocupada»—. A veces, es más fácil hablar con un desconocido, si no, pregúntaselo a un camarero.

—Tienes razón. —Olivia se pasó la mano por el pelo—. Tengo que ir a ver al director del banco y decirle que no puede hacernos esto.

—Yo todavía no me he puesto al día con los datos del hotel —dijo él—. La documentación que tengo es de hace meses.

Era la documentación que le había pasado Álex.

—En el ordenador está todo —contestó Olivia—. Las claves las encontrarás en el post-it que está pegado a la pantalla.

—Perfecto, gracias. —Se levantó y se acercó al aparato—. Si no te importa, creo que llevaré el ordenador a la mesa que está vacía. Me has dicho que podía utilizarla, ¿no?

—Sí, por supuesto. Yo... —tragó saliva— ... yo todavía no he quitado el ordenador del abuelo. Él no lo utilizaba, pero estaba acostumbrada a verlo sentado detrás y...

—Lo entiendo —la interrumpió Marc—. Ya lo cambio yo, no es nada complicado. O, si lo prefieres, puedo utilizar mi portátil —sugirió.

—No, no, coge el ordenador, o siéntate a la mesa del abuelo.

—No, gracias. Cambiar el ordenador de sitio será un momento y cuando me vaya, volveré a dejarlo en su lugar. Te parece bien?

—De acuerdo —convino ella tras tragar saliva otra vez, agradeciéndole a Martí la discreción.

Marc se acercó a la mesa de Eusebio y empezó a desenchufar cables.

—No creo que debas ir al banco hoy —comentó, sin dejar de trabajar.

—Tengo que ir —afirmó Olivia, a pesar de que todavía no se había levantado de la silla—. Si nos cortan el crédito, no podré...

—Lo entiendo, soy consciente de que no podemos permitir que eso ocurra, pero creo que tu visita sería mucho más provechosa si vas con un plan de viabilidad y con unos documentos que demuestren que el negocio tiene el futuro asegurado.

—¿Y de dónde voy a sacar esa maravilla, Martí?

—Tú déjame a mí, Millán.

Antes de que Olivia pudiese sonreír o darle las gracias, una mujer morena de unos cincuenta años entró en el despacho con cara de pocos amigos.

—¿Con ese hombre no se puede trabajar! ¡Yo dimito! Te digo una cosa, Olivia, si no echas a ese energúmeno, yo me voy.

Marc se quedó mirando a la mujer, que no paraba de insultar a un pobre tipo. Apenas respiraba entre palabra y palabra y parecía no importarle estar en presencia de un desconocido.

—Lucrecia, ¿te acuerdas de Álex Martí?

«Mierda, probablemente Álex la conoció.» Suerte que no había hecho ningún comentario y suerte también que Olivia la había llamado por su nombre.

—¿Qué? —Lucrecia se interrumpió un segundo y desvió la vista hacia él—. Ah, sí. Hola.

—Hola —contestó Marc, aunque ella no le hizo ningún caso y siguió quejándose.
—Lo digo en serio, Olivia, ese hombre va a acabar conmigo. ¿Sabes que me ha recriminado?
—¿Qué? —preguntó ella, aguantándose las ganas de reír.
—Que se me ha ido la mano con la sal. A mí. A Lucrecia dos Santos del Monte. Voy a matarlo, eso es. Lo mataré y haré caldo con él y ya verás cómo le encuentro el punto justo de sal.
—Lucrecia —dijo Olivia—, ese hombre es tu marido. No vas a matarlo. Siempre os peleáis y luego hacéis las paces. Vosotros sois así, de sangre caliente.
—Esta vez es distinto, Oli, una de las chicas de la cocina no ha venido hoy a trabajar y ese maldito horno se niega a marcar los grados que de verdad tiene en su interior. Y Manuel no para de refunfuñar y de salir a fumar. ¿Crees que no sé que mira a las turistas en biquini?
—Vamos, Lucrecia. —Olivia se acercó a la mujer y le pasó un brazo por los hombros—. Manuel está loco por ti.
—A mí sí que va a volverme loca —insistió ella.
—Entonces, ¿quieres que lo despida? —le preguntó con voz amable.
Marc la miró preocupado y Olivia le sonrió con la mirada para que comprendiese que la escena no era nueva.
—Eso estaría bien. Sí, despídelo y dile que no quiero volver a verlo más —afirmó Lucrecia.
—Está bien, pero tú tienes que venir conmigo a la cocina.
—De acuerdo. Deja que vaya antes un momento al baño —dijo la mujer, con una sonrisa de oreja a oreja.
Marc esperó a que desapareciese tras la puerta del servicio que había en las oficinas y luego preguntó en voz baja:
—¿Qué ha sido eso?
—Lucrecia y Manuel se pelean como mínimo una vez al mes. Creo que forma parte de su rutina sentimental. Por desgracia, no saldrá nada comestible de la cocina hasta que los calme. ¿Te importa comenzar sin mí?
—No te preocupes. Yo sigo con el ordenador y luego empiezo a ponerme al día.
—Te pediría que vinieses conmigo a la cocina para que saludases a Manuel, pero estará irascible.
—La verdad es que yo también prefiero esperar. Luego, cuando los Borgia estén más tranquilos, iré a saludarlo y a mirar ese horno.
—¿Los Borgia?
—Tengo tendencia a rebautizar las cosas, Millán —contestó con una sonrisa.
—Me gusta, pero no se lo digas a ellos, Martí.
—Ya estoy lista. —Lucrecia reapareció con los labios recién pintados, la melena negra bien atusada y con dos botones de la camisa desabrochados.
—Pues vamos, solucionemos esto cuanto antes. —Olivia la siguió hasta la puerta—. No sé cuánto tardaré. Si prefieres irte y volver más tarde, no pasa nada.
—Vete tranquila, me las apañaré sin ti. Sé conectar un ordenador.
—Ya, bueno...
—Vamos Olivia, estoy impaciente por ver la cara que pone Manuel cuando lo despidas —le dijo Lucrecia, tirándole del brazo.
Ella se encogió de hombros y se dejó arrastrar y cuando lo vio a él sonreír, se dio

media vuelta. Eso que había sentido en el estómago había sido hambre, nada más.

Con Olivia en la cocina solucionando la crisis matrimonial de los Borgia, Marc aprovechó para recolocar el antiguo ordenador de Eusebio en la que iba a ser su mesa durante aquellos meses. Tal como le había dicho ella, los códigos de acceso estaban en un post-it pegado en la pantalla. Se quedó unos segundos observando el cuadrado de papel amarillo. A pesar de su comprensible reticencia inicial, Olivia había decidido tomarse en serio lo de trabajar juntos para sacar el hotel adelante.

«Quizá le caes bien —le susurró una voz optimista en su mente—. Menuda tontería», le dijo el Marc de siempre.

—Buenos días, Martí. —La voz de Tomás lo sobresaltó—. Olivia me ha dicho que te encontraría aquí, me la he cruzado cuando iba con Lucrecia. ¿Esos dos se han vuelto a pelear?

—Sí, eso me temo —contestó él.

—¿Qué ha sido esta vez? —El hombre se acercó a la butaca de piel que había frente al escritorio que había ocupado Eusebio Millán y se sentó en ella.

—La sal.

—Ah, terrible —dijo Tomás con una sonrisa—. Esos dos tendrán a Olivia secuestrada un par de horas, luego se darán un beso y se pondrán a llorar e insistirán en que se quede a comer con ellos en la cocina para compensarla.

—¿De verdad lo hacen tan a menudo?

—Una vez al mes como mínimo. Eusebio decía que formaba parte de su encanto.

—¿Y por qué lo toleraba?

—Son como de la familia. Eusebio conoció a Manuel cuando éste tenía veinte años y llegó a la Costa Brava en busca de trabajo. No tenía ni un duro en el bolsillo y pidió una habitación en el hotel. Eusebio estaba esa noche en recepción y cuando se la dio le preguntó a qué había venido y se pusieron a hablar. Creo recordar que al cabo de veinte minutos Manuel ya estaba contratado. En esa época, todo era más fácil. —Suspiró—. Unos años más tarde, Manuel fue a Brasil de vacaciones y se enamoró y casó con Lucrecia y, evidentemente, Eusebio no dudó en ofrecerle trabajo en el hotel. Además, es cocinera profesional y había trabajado en no sé qué hotel de Río. Y la verdad es que cocina de maravilla y que nadie sabe manejarla como Manuel.

—Comprendo —dijo Marc, cuando en realidad no entendía casi nada de lo que pasaba a su alrededor.

—Esto es una casa de locos, Martín. —Tomás dijo lo que él estaba pensando—. Por eso mismo Eusebio no se preocupaba de cosas como la rentabilidad y esas historias. Para él, esto —abrió los brazos abarcando lo que lo rodeaba— era su familia. Su vida. Pero supongo que debería haber sido más cauteloso y precavido y preocuparse más por los beneficios.

—Por lo que a mí respecta, lo hizo bastante bien. Ciertamente hay que hacer reformas y el hotel necesita ganar más dinero para ser rentable, pero tiene muy buena reputación y está en un lugar inmejorable. Cualquier hotel del mundo mataría por esta playa.

Tomás se lo quedó mirando durante unos segundos y Marc aguantó el escrutinio.

—Olivia estaba decidida a echarle, ¿cómo la has convencido de que te deje entrar en el hotel? —le preguntó entonces el hombre, señalando la pantalla del ordenador.

Marc comprendió que no se refería al hotel físicamente, sino a sus entrañas. Ella le había dado permiso para husmear en sus libros, en su contabilidad, en todo lo que encontrase en el ordenador de su abuelo. De hecho, ahora que lo pensaba, quizá había sido demasiado confiada.

—Le propuse que uniéramos esfuerzos durante tres meses —le explicó—. Estimo que es el tiempo que necesitaré para demostrar que el hotel puede ser rentable y viable.

—¿Y qué pasará después?

—Yo le venderé mis acciones y ella me pagará la parte proporcional a esos tres meses.

—Espero que funcione —dijo Tomás mordiéndose el labio inferior y frunciendo las cejas—. Esa chica está convencida de que lo único que tiene en esta vida es este hotel.

—Funcionará —le aseguró Marc e, igual que antes, no se cuestionó por qué le parecía tan importante contribuir a la felicidad de Olivia Millán.

LO que vio Olivia al llegar a la cocina no la sorprendió en absoluto, pero dio gracias de que Álex no la acompañase. Habría creído que estaban todos locos y se habría ido de allí como alma que lleva el diablo.

«¿No habíamos quedado en que querías echarlo? No, no, sólo va a quedarse unos meses. Tres como máximo. Ni loca te plantees la posibilidad de que se quede más tiempo.»

Manuel estaba frente a los fogones, batallando con una sartén mientras no dejaba de gritar que su esposa le había arrancado el corazón y que se moriría sin ella. Los dos únicos camareros que se habían atrevido a entrar en la cocina estaban atrincherados tras unas ollas y aprovechaban cualquier despiste de Manuel para coger lo que necesitaban y salir corriendo. Pedro era uno de esos valientes y, cuando vio entrar a Olivia, suspiró aliviado.

—Manuel, deja esa sartén en paz —dijo ella—. Terminarás haciéndote daño.

—¡Me da igual, sin Lucrecia la vida no tiene sentido! —exclamó el hombre y echó un chorro de vino a otra sartén que debía de rondar los noventa grados. Salieron unas llamas más que considerables.

Aquellos dos iban a ganar un Oscar de Hollywood.

—¡Apártate, mi amor! —gritó Lucrecia cogiendo el extintor.

Manuel lo hizo y, cual actor salido de un culebrón, arrancó el extintor de las manos de su esposa y se enfrentó al fuego como si fuesen las fauces de un dragón.

Olivia terminó empapada en el proceso.

—¡Perdóname, amor!

—¡No, perdóname tú!

Los Borgia se fundieron en un beso y Pedro fue a decir al resto de los camareros que ya podían entrar en la cocina sin temer por su vida.

—Bueno —dijo Olivia pasándose una mano por la frente para retirarse la espuma—, como veo que ya no me necesitáis, iré a cambiarme.

El matrimonio ni siquiera se enteró de que se iba, pero a ella no la molestó. Sabía que cuando se les pasara la euforia irían a disculparse e insistirían en compensarla de alguna manera. Normalmente, solían sobornarla con una buena comida.

Ya en su habitación, se quitó la ropa empapada y se duchó para eliminar el olor de la espuma del extintor, que además era muy pegajosa. Habría podido quedarse allí un rato, descansando, a nadie le habría extrañado, pero tras tumbarse unos segundos en la cama, se puso en pie y se acercó al armario. Se quedó pensativa mirando la ropa.

Ella siempre se había sentido cómoda consigo misma. Después de criarse con una mujer obsesionada con el físico y con la moda, Olivia sabía valorar ambas cosas en su justa medida. Y, aunque ahora tuviese en el despacho el primer chico que le parecía interesante en mucho tiempo —«No te engañes, Olivia, nunca ninguno te había parecido tan interesante»—, no iba a cambiar. Así que, tras sacudir la cabeza para despejarse, metió la mano en el armario y sacó unos pantalones beige hasta los tobillos, una camisa blanca con un estampado de cerezas y unas bailarinas rojas.

Miró el reloj y se apresuró. Si se daba prisa, todavía podría comer algo del plato que probablemente había preparado Lucrecia para recuperar el cariño de sus compañeros.

¿Qué habría cocinado hoy?, ¿pasta, pescado? ¡Quizá aquella lasaña tan maravillosa que se derretía en la boca!

Abrió la puerta y comprobó que no había ni rastro de Manuel ni de Lucrecia y que la cocina estaba relativamente intacta. Y, sí, del horno salía aquel olor a lasaña. Cerró los ojos y respiró hondo para impregnarse del aroma. Se serviría un plato bien grande y una copa de vino. Se la había ganado.

—Hola.

Olivia dio un salto, volviéndose de golpe.

El hombre interesante estaba en medio de la cocina.

—Lo siento —dijo el propietario de aquella voz que tanto la había sobresaltado—. He estado hasta ahora en el despacho. He ido a la cafetería a buscar un bocata, pero Pedro me ha dicho que lo mejor de las peleas entre Manuel y Lucrecia es que después ella cocina unos platos buenísimos y prácticamente me ha obligado a venir a la cocina. Puedo irme, si prefieres estar sola.

—No, qué va. Es que estaba atontada pensando en la lasaña y no esperaba verte aquí. —Se acercó al horno y sacó la bandeja. Todavía quedaban tres o cuatro raciones—. Hay de sobra para los dos. —Se agachó y cogió dos platos blancos de los que utilizaban los empleados para comer—. Hay agua y zumos en la nevera y también vino blanco. El tinto está en la bodega. Y los vasos y las copas en aquel armario.

Le dio instrucciones mientras iba señalando los distintos lugares. Nevera. Bodega. Armario.

Marc reaccionó al instante.

—¿Tú qué quieres beber?

—Creo que hoy me merezco una copa de vino —dijo, mientras servía dos generosas raciones de lasaña.

—Ah, sí, Pedro me ha contado lo del fuego y lo del extintor —comentó, intentando no reírse. Le habría gustado verla cubierta de espuma.

—Sí, bueno, podría haber sido peor. No sabía que la espuma fuese tan pegajosa.

—Oh, vamos, no me dirás que nunca has ido a una fiesta de la espuma —dijo, cogiendo una copa para ella y un vaso para él.

—Nunca —afirmó Olivia.

—No me lo creo —insistió Marc—, vives en un pueblo de playa, en una zona que recibe millones de turistas. Es imposible que no hayas estado jamás en una fiesta de la espuma.

—Pues no lo he hecho. —Olivia cogió los cubiertos y dos servilletas y se acercó a la mesa de la cocina. Una mesa larga para veinte comensales con un banco a cada lado en vez de sillas.

—Vaya, ¿has sido camarera? —le preguntó Marc al ver la pericia con que lo colocaba todo.

—He sido camarera, he preparado habitaciones, he limpiado la piscina, he atendido la recepción y he sido animadora infantil. He sido de todo. Por eso probablemente no he ido nunca a una fiesta de la espuma.

—¿Tu abuelo te obligaba a trabajar todo el verano?

—En realidad, tenía que suplicárselo —confesó Olivia—. Siempre me ha encantado el hotel. Prefería estar aquí que en la playa. Además, así podía ayudarlo. Al principio, se negaba, pero al final lograba convencerlo.

—No me extraña —dijo Marc, quedándose de nuevo fascinado con el hoyuelo que aparecía en una de sus mejillas cuando sonreía.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó ella cogiendo la copa de vino.

—Por nada. —Él cogió su vaso y se sirvió agua—. Bueno, supongo que todavía estás a tiempo de asistir a una.

—¿Asistir a una fiesta de la espuma? ¿Yo? Estás loco.

—Es divertido.

—Tiene que ser asqueroso.

—Y divertido. —Marc probó la lasaña y abrió los ojos como platos—. ¡Está buenísima!

—Sí, es una lástima que Lucrecia sólo la haga cuando se pelea con Manuel.

—Ya, pero supongo que es una suerte que no se peleen a diario. Por lo que he oído mientras tú no estabas, ni la cocina ni los empleados sobrevivirían.

—Tienes razón —afirmó Olivia—. Supongo que siempre hay varias maneras de ver las cosas.

—En ocasiones sólo hay una —sentenció él—, pero ésta no es una de ellas.

Al oír esa frase tan extraña, Olivia apartó la vista del plato de lasaña y miró a Martí, pero al ver que él tenía la mirada perdida, no dijo nada. Ella siempre había sido bastante empática, por eso probablemente nunca se había llevado bien con su madre, pues ésta tenía la profundidad de un plato llano. En ese momento, tuvo la sensación de que Martí estaba recordando algo doloroso, o como mínimo desagradable, y que no quería contárselo. Algo lógico, pues acababan de conocerse. Así que respetó su silencio y permanecieron callados hasta que él quiso.

—Tomás se ha pasado por el despacho.

—Sí, me he cruzado con él —contestó ella, sin hacer ningún comentario acerca del silencio anterior.

—Se ha sorprendido al verme. —Vio que Olivia se sonrojaba y continuó—: Parecía muy convencido de que ibas a echarme y me ha preguntado cómo logré hacerte cambiar de opinión.

—Yo, el día de la lectura del testamento... —No quería contarle que había cambiado de opinión por la frase que él le había dicho antes de irse a Barcelona.

—No te preocupes, entiendo perfectamente tu reacción. Yo habría sido mucho más malpensado que tú. Sólo te cuento lo de Tomás porque quería que supieses que le he explicado lo que decidimos ayer, lo de los tres meses. Espero que no te importe. Luego he pensado que quizá debería habértelo preguntado antes.

—No, has hecho bien. Yo misma se lo habría contado, pero Tomás no duerme en el hotel y esta mañana cuando le he visto se me ha pasado. No hay ningún problema. Tomás es como de la familia.

—Él ha dicho lo mismo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Yo le he preguntado por qué tu abuelo y tú tolerabais que Manuel y Lucrecia montasen estos números, y que conste que todavía no había probado esta lasaña, si lo hubiese hecho, jamás me lo habría cuestionado. En fin, Tomás me ha respondido que los dos son como de la familia.

—Y lo son —afirmó ella, comiendo el último trozo de lasaña que le quedaba en el plato—. Estoy llena.

—Y yo. Tengo que volver al ordenador, todavía no he terminado de repasar todas las cuentas.

Le estaba costando. Marc había estudiado contabilidad y finanzas, pero de eso hacía muchos años y, aunque Álex no había mentido al decir que tenía una memoria casi

fotográfica, no era ningún genio.

—¿Crees que podremos hacer algo para mejorar la situación del hotel?

—Todavía no lo sé. Dame un par de días para terminar de ponerme al corriente, y luego vemos juntos qué se nos ocurre. ¿De acuerdo?

Olivia se quedó mirándolo. Ella siempre había creído que con su abuelo formaban un equipo perfecto, pero ahora, con Álex Martí hablándole de buscar soluciones juntos, pensó que quizá no lo habían sido tanto. Su abuelo siempre decidía las cosas y luego a ella le parecían bien o no. Si se daba el primer caso, la decisión de Eusebio se materializaba. Si se daba el segundo, discutían acaloradamente y, al final, la decisión de él era la que se adoptaba.

—De acuerdo, Martí.

—Fantástico, Millán.

Marc se puso en pie, recogió los platos y los cubiertos y se acercó al fregadero para lavarlos. Olivia se colocó a su lado y los secó. Desde allí podía ver perfectamente la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Tenía que haber sido muy doloroso, pensó, y apartó de nuevo la vista para que él no la pillase mirándolo. Estaba tan concentrada secando los platos y esforzándose por disimular que no oyó el ruido de la puerta trasera abriéndose ni los gritos de Tomás.

—¡*Tosca*, ven aquí en seguida! ¡*Tosca*! ¡He dicho que vengas aquí!

Un pastor alemán entró a toda velocidad en la cocina y, con las patas delanteras en alto, se lanzó encima de Olivia para lamerla. Si Marc no hubiese estado allí, Olivia y el perro habrían terminado en el suelo. Pero estaba, así que, cuando *Tosca* intentó saludar a su dueña con tanta efusividad, colocó las manos en la cintura de Olivia y absorbió el golpe. Ella quedó atrapada entre el torso de Marc y las patas y las babas de *Tosca*.

Con la espalda pegada al torso de él, Olivia podía notar cómo le latía el corazón. Y también podía olerlo. Debería estar prohibido que un hombre oliese tan bien, y que, además, tuviese unas manos tan bonitas que parecían encajar a la perfección en su cintura.

«Para, Olivia», se dijo a sí misma.

Por fortuna, las babas de *Tosca* se encargaron de hacerla volver a la realidad.

—Al suelo, *Tosca*. Al suelo —le dijo a su perra, que evidentemente la ignoró.

Marc apartó una mano de la cintura de Olivia y la fue subiendo despacio, pasó junto a sus costillas, le acarició el antebrazo y luego, ya cerca del cuello, le acarició la oreja levemente y como si fuese sin querer.

Ella contenía el aliento y a él se le había acelerado el corazón. Entonces, Marc cogió el collar de *Tosca* y tiró del animal hacia abajo sin hacerle ningún daño.

—Buena chica, *Tosca* —le dijo a la perra agachándose a su lado—. Buena chica.

—Le acarició las orejas y el cuello y vio que era un animal bien cuidado. Le pasó levemente la mano por el dorso y le tanteó las vértebras. Le echó también un vistazo a los dientes—. Es preciosa. ¿Hace mucho que la tienes?

Olivia tardó varios segundos en reaccionar. Eso sí que no, era imposible que Martí también hubiese seducido a *Tosca*, a su perra, que odiaba a los hombres. A todos, incluido a su abuelo.

«Y ahora, mírala, está en éxtasis. Tú también te has puesto a babear como una idiota cuando has creído que iba a besarte. No, qué va, yo no he creído nada de eso.»

—Millán, ¿estás bien? —La voz de él la sacó de su ensimismamiento y Olivia dejó de discutir consigo misma.

—Sí, estoy bien. Lo siento. Hace seis años.

—Es preciosa, tiene un pelaje increíble y unos ojos extraordinarios. ¿De dónde la sacaste? En esta zona los pastores alemanes suelen tener los ojos de otro color y son un poco más pequeños.

—¿Sabes cómo son los pastores alemanes de esta zona?

Marc se maldijo por la metedura de pata, pero cuantas más horas pasaba con Olivia, más le costaba recordar que estaba allí fingiendo ser quien no era.

—Me gustan mucho los animales —dijo sin especificar.

—A mí también.

—¿Has tenido muchas mascotas? —le preguntó muy interesado.

Era un placer poder preguntarle algo sin pensar en si Álex se lo habría preguntado.

—No, *Tosca* es la primera que tengo, aunque a veces creo que es ella la que me tiene a mí. No sé si me entiendes.

—Perfectamente. ¿Tu abuelo no te dejaba tener animales?

Marc siguió acariciando a *Tosca* y Olivia también se agachó y le pasó la mano por el lomo. Y a él le pareció que era algo extrañamente íntimo, hacerle mimos al mismo tiempo a un perro que los miraba como si fuesen el centro de su universo.

—Al contrario, llevaba años insistiendo en que tuviese alguna mascota, pero yo no me animaba. Un animal de compañía es una responsabilidad muy grande y siempre tengo tanto trabajo que pensé que no podía hacerle eso a nadie, ni siquiera a un pececito de colores. El pobre habría terminado muerto en una semana.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Mi abuelo me regaló a *Tosca* cuando...

—Lo siento, Olivia, se me ha escapado. —La llegada de Tomás, que apenas podía respirar tras la carrera, interrumpió la frase.

—No te preocupes, Tomás. Muchas gracias por cuidármela. *Tosca* tiene su propia casita en la parte trasera del hotel, pero el otro día cogió una indigestión por culpa de los hijos de unos huéspedes, que la atiborraron de dulces, y Tomás se la llevó a su casa —le explicó a Marc.

—¿Qué le recetaron?

Ella lo miró extrañada, pero respondió de todos modos.

—¿Y se lo ha tomado todos los días? ¿Has notado si está más acelerada de lo habitual? —le preguntó a Tomás.

—Sí, se lo ha tomado todos los días. Y ahora que lo dices, la verdad es que sí que me ha parecido que estaba más acelerada, pero he pensado que era porque echaba de menos a Olivia.

—Es un efecto secundario de esa medicación, yo la cambiaría por esta otra. —Casi sin pensar, se sacó un papel y un bolígrafo del bolsillo trasero de los vaqueros—. Mezclada con la comida, ni se enterará de que se la ha tomado y mejorará en seguida. ¿No es así, *Tosca*?

Le acarició el morro y la perra le lamió la mano.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Olivia atónita, tanto por el comportamiento de *Tosca* como por el de Martí.

—Tuve un perro al que le pasó lo mismo —contestó él con una verdad a medias.

Tuvo un perro al que le pasó exactamente eso, pero no era su mascota, sino su paciente.

—Iré a comprarlo ahora mismo —aseguró Tomás—. Vamos, *Tosca*, vamos.

La perra no se movió.

—¿Sabes, qué? Creo que iré a la playa a pasear un rato para digerir la lasaña —dijo Marc poniéndose en pie—. ¿Te vienes, *Tosca*?

La perra movió la cola y se pegó a sus muslos.

—No tardaré, Millán. ¿No te importa, verdad?

Olivia también se incorporó y pasó la vista de *Tosca* a Martí y viceversa.

—No, por supuesto que no —contestó cuando recuperó el habla.

—¿Te quieres venir? —la invitó Marc, más nervioso de lo que quería reconocer y de lo que dejó entrever.

—¡Olivia, Olivia! Te necesito en recepción —llamó Natalia, entrando acalorada en la cocina.

—¿Qué pasa?

—Roberto —se limitó a responder la chica.

—Id los dos a pasear —le dijo Olivia a Marc—. Yo tengo que ir a salvarle el pescuezo a Roberto. Otra vez.

«Y a analizar por qué tengo celos de mi perra.»

MARC jugó con *Tosca* en la playa; le lanzó palos que encontró en la orilla del agua y paseó con ella por la arena. Cuando volvieron al hotel, se cruzaron con Tomás, que regresaba del pueblo con el medicamento y Marc aprovechó para preguntarle dónde estaba la caseta del animal. Cuando se lo explicó, él se ofreció voluntario para llevarla.

Echaba de menos estar con animales y *Tosca* había sabido ganarse su cariño en esas pocas horas.

El hombre aceptó encantado y, tras entregarle la bolsa de la clínica veterinaria, se despidió de él y de la perra y entró en el hotel para revisar unos desagües del tejado que se atascaban con excesiva frecuencia.

El veterinario que había recetado el otro medicamento a *Tosca* no había cometido ningún error, pero no había pensado en que, a los pastores alemanes, uno de los componentes químicos de aquellas pastillas los alteraba considerablemente.

En cuanto oyó el nombre del medicamento, Marc tuvo el impulso de preguntar qué había comido *Tosca* exactamente para indigestarse y si había presentado otros síntomas. Casi metió la pata. Suerte que ni Olivia ni Tomás siguieron preguntándole cómo sabía tantas cosas sobre pastillas y perros.

Tras dejar a *Tosca* bien instalada, volvió al hotel. Por el camino, empezó a tomar nota mentalmente de todo lo que se tenía que reparar en el Hotel California: el horno de la cocina, los desagües del tejado, la pintura del bar (esa mañana se lo había comentado Pedro, con absoluta discreción, eso sí). Sin embargo, lo más urgente era convencer al banco de que no les cancelara el crédito y por eso mismo apresuró el paso hacia el despacho. Tenía que descifrar la contabilidad de Eusebio cuanto antes y encontrar algún modo de llenar el hotel durante casi todo el año. Oh, el verano no era problema, en esa época, las reservas les salían por las orejas, pero el resto de los meses era mucho más difícil.

Saludó a Natalia en recepción y se dirigió al despacho, donde descubrió que Olivia todavía no había regresado. Si todos los días eran como ése, era un milagro que Millán consiguiese hacer algo, aparte de ir apagando incendios, reales y metafóricos.

El personal del hotel recurría a ella para todo, desde conflictos matrimoniales hasta para consultarle qué flores ponían en los jarrones que decoraban los distintos rincones del establecimiento. Y no sólo eso, también le preguntaban mil y una cosas sobre sus vidas personales.

Mientras ella salvaba a Roberto de una amenaza desconocida, Marc se puso a trabajar y, durante las dos horas siguientes, seis personas entraron en el despacho en busca de Olivia; una era la representante de una agencia de viajes que quería plantearle una posible colaboración entre la agencia que representaba y el Hotel California.

Después de presentarse como el nuevo asesor de la señorita Olivia Millán, Marc la escuchó con atención, tomó nota de todo lo que necesitaba y le prometió que la llamaría lo antes posible para explicarle qué podía ofrecerle el Hotel California. Durante la entrevista, intentó no ponerse a dar saltos de alegría, pues ésa podía ser la ayuda que requerían para convencer al banco.

El resto de las personas que fueron en busca de Olivia eran empleados del hotel y todos deseaban preguntarle algo personal. Por suerte o por desgracia (Marc todavía no había tomado una decisión al respecto), los convenció de que se lo contarán a él.

La primera era una camarera de nombre Patricia que pretendía que Olivia la aconsejara sobre si volvía a cortarse el pelo como el año anterior o bien si se lo dejaba largo. Al parecer, el verano pasado dicho corte de pelo consiguió que un impresionante inglés se fijase en ella y la llevase a cenar tres noches seguidas, pero meses más tarde, y tras el fallido romance británico, un español le dijo que le gustaba más con el pelo largo.

Marc, que tenía tres hermanas y había aprendido que nunca había una respuesta acertada para esa clase de preguntas, declinó contestar y le dijo que estaba guapa de todas maneras, o algo por el estilo.

La segunda y la tercera visita fueron un par de hermanos que trabajaban en el hotel, pero en lugares distintos; uno era el salvavidas de la piscina y el otro se encargaba del club infantil. En ese caso, querían pedirle a Olivia que los acompañara a un concesionario a comprar un coche. Los chicos eran noruegos y no se fiaban de su español, así que estarían más tranquilos si Olivia iba con ellos.

Marc se ofreció en su lugar y quedaron que a la mañana siguiente irían los tres al concesionario.

El cuarto empleado que apareció fue Tavi, u Octavi, un chico de veinte años que parecía sacado de una serie del Disney Channel y que quería ver a Olivia para que lo ayudase a decidir a qué asignaturas se apuntaba en septiembre en la universidad.

Tavi estudiaba Hostelería y Turismo y estaba haciendo prácticas en el Hotel California, donde hacía de chico para todo. Marc vio la buena predisposición del muchacho y se ofreció a ayudarlo con lo de la matrícula. En respuesta, Tavi chocó los cinco con él (algo que Marc no hacía desde su adolescencia) y amenazó con volver más tarde con los papeles de la universidad.

El último empleado que cruzó la puerta del despacho, puerta que a esas alturas Marc se estaba planteando tapiar, fue Pedro, el camarero de la cafetería al que había conocido esa mañana. Era un hombre de rostro afable, que desprendía lealtad y honradez por todos los poros. Marc sintió cierto alivio al comprobar que era él y no otro postadolescente el que entraba en el despacho.

El hombre lo saludó y le preguntó cómo llevaba el día y, tras verlo levantar las cejas, sonrió.

—¿Estás buscando a Olivia? —le preguntó Marc.

—Sí, ¿dónde está?

—La verdad es que no lo sé. Hace un par de horas ha venido Natalia a buscarla para que ayudase a Roberto con algo.

—Ah, Roberto, Roberto. —Pedro sonrió—. Siempre dice que sabe distinguir una mujer casada a la legua, pero deduzco que su última conquista ha conseguido engañarlo y Olivia probablemente está evitando que el marido en cuestión monte un número.

—¿Roberto liga con las clientas?

Pedro lo miró como si fuese idiota.

—¿No debería tenerlo prohibido? —sugirió Marc entonces.

—Aunque se lo prohibieran, no podría evitarlo. Lo lleva en la sangre. Es italiano —añadió, como si fuese justificación suficiente—. Estoy convencido de que, si no fuese porque cuando está centrado es un gran recepcionista, Eusebio lo habría despedido hace años.

—En fin, ¿puedo ayudarte yo en algo? No sé cuándo volverá Olivia.

—No sé, quizá sí.

—Prueba —le sugirió él.

—Hace una hora, he recibido una llamada algo extraña —empezó Pedro.

—Extraña ¿en qué sentido?

—Era de la pastelería del pueblo, donde compramos las ensaimadas y la gran mayoría de los postres dulces.

—¿Qué querían?

—Al parecer, Flor, la pastelera, ha ido hoy al mercado y ha oído que el hotel está a punto de cerrar, que tenemos tantos problemas que no podemos seguir pagando a los proveedores.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no hiciera caso de los chismes y que no se preocupase, que todo estaba perfectamente.

—Bien hecho, Pedro.

—Sé que son rumores, pero quería contárselo a Olivia para que lo supiese. Hay alguien que está soltando mentiras sobre el Hotel California y no me gusta nada. Flor ha llamado porque entre ellas existe cierta amistad, pero seguro que hay mucha otra gente que anda cotilleando a nuestras espaldas. A mí no me gusta entrar al trapo en estas cosas y nunca digo nada, pero hoy no he podido contenerme.

—Has hecho muy bien, Pedro. Se lo diré a Olivia en cuanto la vea. Y no te preocupes, tal como tú has dicho, esos rumores son completamente infundados.

—Bueno —el hombre miró el reloj que llevaba en la muñeca—, me voy. Ahora empieza el turno de Juan. Ya le he hablado de ti, él no estaba la otra vez que viniste.

—Gracias, Pedro, por todo.

El camarero lo saludó y se fue y Marc volvió a sentarse frente al ordenador. Intentó concentrarse en los números que tenía delante, pero no podía quitarse de la cabeza lo que le había dicho Pedro. Primero el banco, luego la pastelería, todo eso no podía ser casualidad; había alguien decidido a destrozar la reputación del Hotel California y tenían que averiguar quién era y por qué lo estaba haciendo. Y hacerlo callar cuanto antes.

Después de evitar que Roberto terminase en el hospital por culpa de un furioso marido que tenía motivos de sobra para estar enfadado, Olivia volvió al despacho. La recepción ya estaba apagada; sobre el mostrador había un cartel deseando las buenas noches a sus huéspedes y al pie del mismo aparecía anotado el número del vigilante de noche, por si alguien necesitaba algo y no lo encontraba.

—¿Todavía sigues aquí? —preguntó, al ver que en el despacho la luz estaba encendida.

—Sí —contestó Marc—, estaba terminando de leer unas cosas. ¿Cómo ha ido con Roberto?

Echó la silla hacia atrás y se frotó los ojos.

—Bien. Más o menos. Me ha prometido que no volverá a hacerlo —dijo Olivia sentándose en su silla.

—Por lo que me han contado, no lo cumplirá —señaló él.

—No, ya lo sé, pero al menos tardará varios meses en volver a meter la pata.

—Bostezó—. Creo que iré a acostarme. Tenía intención de empezar a preparar lo del banco, pero me estoy muriendo de sueño.

Marc la miró y de repente pensó que le gustaría rodearla con los brazos y decirle

que no se preocupase. Lo primero no podía hacerlo, ni entonces ni nunca. Lo segundo, sí.

—No te preocupes, mañana será otro día.

—Que será igual que éste, o peor —contestó Olivia con una sonrisa—. Tú también deberías acostarte. —Se sonrojó—. Debes de estar cansado.

—Lo estoy. —Apagó el ordenador y se puso en pie.

Caminaron en silencio hasta los ascensores y subieron juntos hasta la séptima planta, donde se encontraban sus habitaciones. Recorrieron el pasillo el uno al lado del otro hasta que Marc se detuvo frente a la puerta de su dormitorio y Olivia en la siguiente.

—¿Tu habitación está al lado de la mía? —preguntó Marc con las cejas subidas casi hasta el nacimiento del pelo.

—Sí, ¿pasa algo? —preguntó ella al verle la cara.

—No, nada. Es que me ha sorprendido.

¿Por qué le parecía erótico que Olivia durmiese en la habitación de al lado? Antes, cuando lavaban los platos, también había reaccionado de ese modo y después, con *Tosca*, había sido incluso peor.

«Olvídalo, Marc. A ti no te toca sentir estas cosas. Tú estás muerto.»

—Buenas noches, Martí —dijo ella abriendo su puerta.

—Buenas noches, Millán.

TRAS aquel primer día tan completo y surrealista, Marc y Olivia establecieron una especie de rutina que les permitía funcionar a la perfección y que tenía a todo el personal del Hotel California anonadado y entusiasmado. Al parecer, ellos dos eran los únicos que no se daban cuenta de que formaban un equipo perfecto; sólo Marc conseguía evitar que ella se obsesionase con el más mínimo detalle del hotel y además la hacía sonreír. Una tarde, incluso la convenció para ir al pueblo a comer un helado con él y con *Tosca*.

Hasta entonces, Olivia nunca se tomaba un descanso en medio de la jornada, pero ese día lo hizo. Si no lo hubiese visto con sus propios ojos, Tomás no se lo habría creído.

Éste, junto con Manuel y Lucrecia, estaban convencidos de que entre Martí y Millán (ahora todo el hotel los llamaba así) había una fuerte atracción. Siempre que creía que no la miraba nadie, Olivia desviaba los ojos hacia él. Una mañana, Martí se metió en la piscina para ayudar al equipo de limpieza y Lucrecia pilló a Olivia casi babeando. Evidentemente, ella lo negó, pero no se fue de la piscina y dijo que tenía que quedarse allí por si alguien necesitaba algo.

—¿Como un boca a boca? —sugirió la cocinera, descarada.

—¡No! —exclamó Olivia, sonrojada de pies a cabeza.

Y a él no se le daba mejor disimular. Tomás había visto a muchos hombres concienzudos con el trabajo, pero Álex Martí se pasaba el día pensando en cómo solucionar los problemas del Hotel California, y un día, cuando le preguntó por qué estaba tan decidido a ayudarlos, le respondió que no quería ver preocupada a Millán.

Y todo el hotel se había dado cuenta de los pequeños detalles que tenían el uno con el otro casi sin querer. Siempre que él salía a buscar un café, traía otro para ella tal como le gustaba, largo, con dos terrones de azúcar y con un poco de leche fría y servido en vaso de cristal.

Eran muy pocos los camareros que conocían tan bien los gustos de Olivia, pero Martí lo sabía sin preguntárselo.

Cuando ella iba al pueblo a hacer algún recado, siempre volvía con una bolsa de regaliz para él y se la dejaba al lado del ordenador.

Al mediodía comían juntos en la terraza del hotel, a la vista de todos, y se reían y hablaban de ópera. Un día, Pedro casi se cayó a la piscina al escuchar la risa de Olivia de tan poco acostumbrado como estaba a oírla.

En otra ocasión, después de que Millán tuviese una horrible discusión con un proveedor, Martí fue a ver a Lucrecia y le pidió que preparase lasaña, para ver si así la animaba. La mujer asintió y sonrió embobada y cuando él le preguntó por qué, ella respondió que por nada.

Tomás no sabía si su difunto amigo Eusebio había incluido aquella cláusula en el testamento con el objetivo de que Olivia y Álex Martí terminasen juntos, pero tenía que reconocer que, si había sido así, había dado en el clavo. El único problema era que ni Millán ni Martí parecían dispuestos a dar un paso más en su relación.

Tomás conocía los motivos de Olivia para no atreverse a arriesgarse en el amor, pero desconocía los de Martí. Sin embargo, se negaba a creer que aquel joven no estuviese interesado en ella. Quizá lo único que necesitaba era un pequeño empujoncito y él estaba dispuesto a dárselo. Dios, estaba dispuesto a tirarle de las orejas si era preciso.

Con ese objetivo en mente, un viernes, tres semanas después de la llegada de Martí al hotel, Tomás fue en su busca.

Marc lo encontró antes.

—Tomás, te estaba buscando —le dijo al verlo entrar en la cafetería del hotel—. ¿Sabes a quién le compramos la antena? Estoy intentando averiguar si contratamos una garantía.

Él sonrió al oír el uso implícito del nosotros en la frase. Quizá Martí no fuese consciente, pero ya se consideraba parte del hotel.

—Ahora mismo no lo recuerdo, pero puedo averiguarlo. Seguro que lo tengo anotado en alguna parte. —Sus libretas podían ser caóticas, pero siempre lo sacaban de apuros.

—Genial, gracias.

—Yo también te estaba buscando, Martí.

—¿Sí? —preguntó Marc, dispuesto a prestarle su ayuda en lo que fuese necesario.

—Mañana organizo una cena en mi casa. Es una tradición que tenemos desde hace años. Olivia, Manuel, Lucrecia, Roberto y yo esperamos a que llegue el vigilante de la noche y luego nos vamos todos a mi casa a cenar. Estás invitado. Y no puedes negarte.

—No iba a negarme —replicó él con una sonrisa.

Ahora ya no le temblaba el músculo de la mandíbula cuando sonreía y se le marcaba la cicatriz. Ya había dejado de importarle. Incluso se había olvidado de su existencia en un par de ocasiones.

—Perfecto. Estaremos todos menos Pedro, que este año no puede venir porque su hija le ha pedido que la lleve a una fiesta en otro pueblo. Todavía me acuerdo de las veces que Eusebio y yo hicimos de taxista para Olivia cuando era una adolescente.

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo de la cena? ¿Qué celebráis?

—Mi cumpleaños, pero no se te ocurra traerme nada —añadió Tomás, serio—. No me gustan los regalos —sentenció.

—Claro, lo que tú digas.

Evidentemente, Marc iba a comprarle algo, aunque sólo fuera para hacerlo enfadar.

—Iré por mis notas a ver si encuentro lo de la antena —repuso entonces Tomás y se dio media vuelta para deshacer el camino de vuelta a su casa—. ¡Nada de regalos, Martí! —gritó, ya de espaldas.

—Adiós —dijo él sonriendo y, tras despedirse, se dispuso a volver al despacho para seguir trabajando—. Buenos días, Natalia.

—Buenos días, Álex —lo saludó la guapa recepcionista.

A Marc seguía incomodándolo que lo llamasen por el nombre de su hermano, pero por fortuna, Natalia era la única que seguía empeñada en hacerlo. El resto del mundo, al menos el resto de las personas a las que veía en el Hotel California, lo llamaban Martí. Y la verdad era que empezaba a acostumbrarse. Y le gustaba. Era como si Marc hubiese dejado de existir y su lugar lo hubiese ocupado Martí, un hombre que no tenía pasado, pero sí buenos amigos y que se estaba enamorando como un idiota de Millán. Algo que Marc no se atrevería a hacer jamás.

No era que se estuviese volviendo loco y tampoco sufría ningún desdoblamiento de personalidad ni nada por el estilo. Sencillamente, era un alivio poder tomarse unas vacaciones de sí mismo, aunque fuera muy consciente de que esas vacaciones tenían fecha de caducidad.

Por eso no se permitía ceder a lo que sentía por Olivia. Ella no se merecía una

mentira, o una verdad a medias, y eso era lo máximo que él podía ofrecerle. La atracción era prácticamente insoportable y cada día le costaba más contenerse. Pero sólo tenía que mirarse al espejo para recordar los motivos por los que no podía acercarse a ella.

—Menos mal que estás aquí, Martí —le dijo Olivia cuando lo vio entrar en el despacho—. Acaban de llamarme del banco para decirme que nos convocan a una reunión el miércoles de la semana que viene para negociar los términos del nuevo crédito. ¿Qué te parece?

—Me parece una muy buena noticia —contestó él con una sonrisa—. Si no estuviesen dispuestos a renovar el crédito ya te lo habrían dicho.

—Aún no sé si creérmelo —declaró ella—. Será mejor que no lo celebremos hasta el miércoles. Quizá quieran que vayamos para decirnos que lo cancelan todo.

—Eres la persona más pesimista y obsesiva que conozco. Pero supongo que tienes razón, todavía no podemos celebrarlo. En todo caso, te aseguro que iremos tan bien preparados a la reunión que no se les ocurrirá negarte nada.

—Eso espero.

—Cuando venía hacia aquí me he encontrado a Tomás —dijo Marc cambiando de tema con el objetivo de relajarla—. Me ha invitado a la cena de mañana.

—¿No te lo había dicho nadie? —preguntó Olivia, escandalizada y avergonzada—. Lo siento, Martí, daba por hecho que lo sabías y que irías. —Hizo una pausa—. Vas a ir, ¿no? ¿O tienes planes para el fin de semana? —le preguntó como si nada, a pesar de que apretó el lápiz que tenía en la mano con tanta fuerza que temió romperlo.

—Por supuesto que voy a ir. Y no, no tengo planes.

Desde su llegada al hotel, Marc sólo se había ausentado un fin de semana y fue para visitar a sus padres, que habían vuelto ya de su viaje, y contarles lo que estaba haciendo. Como era de esperar, a ninguno de los dos le gustó que se estuviese haciendo pasar por Álex, pero ambos decidieron dejar que resolviera el asunto como él creyese conveniente.

El lunes siguiente a esa visita, cuando volvió al hotel, notó que Olivia estaba rara, pero no le preguntó ni una sola vez dónde había ido ni qué había hecho. Y él no se lo contó.

—¿Sabes qué? —dijo Marc entonces—. Creo que nos merecemos un helado. Llevamos toda la semana trabajando y no hemos salido ni un día. —La semana anterior habían ido dos tardes a pasear con *Tosca* y habían sido las mejores horas de Marc en mucho tiempo—. Además, quiero comprarle un regalo a Tomás.

—Tomás odia los regalos —señaló ella con una sonrisa.

—Lo sé, me lo ha dicho, por eso voy a comprarle uno. Vamos, será divertido.

Se le acercó y la cogió de la mano. Ella se quedó mirando sus dedos y se puso en pie. Hasta entonces, dejando aparte algún que otro roce «casual» por el pasillo o por culpa de *Tosca*, «Gracias, *Tosca*», nunca se habían tocado.

—Está bien, pero cuando se enfade, diré que fue idea tuya.

—De acuerdo, Millán.

Tosca declinó la invitación de acompañarlos y se quedó tumbada frente a la salida del aire acondicionado; Tomás se la había llevado antes de paseo y, entre la caminata y el calor, la pobre perra estaba agotada. Fueron primero a la heladería del pueblo y se compraron dos helados, él de fresa y ella de chocolate.

Marc iba caminando con Olivia por la calle principal, una pendiente de adoquines muy pintoresca, en busca del regalo perfecto para Tomás, cuando él se dio cuenta de que alguien los estaba mirando.

El hombre en cuestión tendría unos treinta y cinco años, un pelo y un bronceado

perfectos, e iba vestido con un pantalón color crudo y una camiseta negra y lucía unas gafas de sol de aviador igual a las que llevaban los actores de cine últimamente. Era tan atractivo que incluso los hombres se fijaban en él.

Estaba sentado en una terraza, tomando un café acompañado por una mujer de unos setenta años y otra de la misma edad que él. La mujer mayor tenía su misma nariz y pómulos, por lo que Marc supuso que debían de ser madre e hijo; la joven podría ser su hermana o su prima, pero no era su pareja.

Olivia le estaba contando a Marc que su abuelo y Tomás solían competir sobre quién pescaba más y que quizá podían comprarle una caña nueva cuando desvió la vista hacia la terraza, vio al supermodelo, y su actitud cambió por completo. Dejó de sonreír y de estar relajada, y tensó tanto la espalda que Marc temió que fuera a rompersele. Instintivamente, él la rodeó por la cintura y la acercó a su lado.

El hombre de la terraza se puso en pie al notar que Olivia lo había visto y, tras decirles algo a las dos mujeres que lo acompañaban, se acercó a ellos.

Era como si el calor no lo afectase, pues ni siquiera estaba sudando.

—Hola, Olivia —dijo con una sonrisa perfecta y un rostro inmaculado.

—Hola, Nicolás —lo saludó ella.

—Me enteré de lo de tu abuelo. Iba a llamarte, pero ya sabes. —Se encogió de hombros.

—Sí, ya sé —dijo sarcástica.

—Supongo que ahora vas a vender el hotel, ¿no?

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella.

—No me dirás que pretendes quedarte aquí encerrada toda la vida, Olivia. Aunque, ahora que lo pienso, no sé de qué me sorprende. Para ti, lo primero siempre ha sido el hotel.

—Y para ti otras mujeres —contestó entre dientes.

Marc apretó un poco la mano que tenía en su cintura para recordarle que estaba a su lado.

—Veo que sigues empeñada en echármelo en cara. Si no hubieses estado tan obsesionada con ese ruinoso hotel, quizá no me habría acostado con otras —dijo el tal Nicolás, sin importarle humillar a Olivia delante de otro hombre.

—Creo que no nos han presentado —dijo Marc, que no pensaba tolerar aquel comportamiento—, Álex Martí. —Tuvo que concentrarse para no decir su verdadero nombre y para tenderle la mano a aquel maleducado.

—Nicolás Nájera —respondió el otro y, aunque quedó claro que no tenía ganas, le estrechó la mano. Luego, el muy cretino volvió a dirigirse a Olivia—: Además, te aseguré que no había tenido importancia. No iba a casarme con ninguna de esas mujeres y contigo, sí.

«¿Olivia estuvo a punto de casarse con esta sanguijuela? Dios, el lenguaje de Helena y Martina me está afectando y eso que hace semanas que no las veo.»

—Lástima que la fidelidad signifique algo para mí, ¿no?

—Oh, vamos, Olivia, no insistas con eso. Hoy en día, nadie es fiel. Tú y yo nos complementábamos muy bien.

«¿Millán y ese tipo?. ¿En qué universo?»

—Y, que yo recuerde —prosiguió Nicolás—, el sexo jamás te importó demasiado. Ésa fue la gota que colmó el vaso.

Marc pegó a Olivia a su costado y dijo:

—Tenemos que darnos prisa, Oli, o llegaremos tarde a la cena.

Se inclinó, le acercó los labios a la mejilla, le dio un beso y deslizó poco a poco la cara hasta la oreja de ella y allí respiró hondo y le acarició la parte superior del pómulo con la nariz. No se apartó hasta que a ella se le puso la piel de gallina y hasta asegurarse de que Nicolás veía lo increíblemente sexy que era. Entonces, y sólo entonces, Marc dio un leve paso hacia atrás y sonrió a Olivia.

—Sí —dijo ella tras tragar saliva—, tenemos que irnos.

«¿Adónde?»

Le temblaba el cerebro y se le habían fundido las rodillas. ¿O era al revés?

—Adiós, Nájera —dijo Marc—. Supongo que ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos —contestó Nicolás entre dientes—. Te llamaré uno de estos días, Olivia. Mi familia y yo estamos pasando aquí el verano.

—No te molestes, Nicolás —repuso ella—. Disfruta de tus vacaciones.

Marc le soltó la cintura y buscó su mano para entrelazar los dedos con los suyos. Habían avanzado unos metros, cuando Olivia dijo en voz baja:

—Gracias.

—De nada —contestó él—. ¿Cómo es posible que estuvieses con ese cretino? Lo siento —añadió de inmediato.

—Mi madre —soltó ella—. Ya te lo contaré. ¿Todavía nos está mirando?

Marc miró de reojo.

—Sí, todavía. ¿En serio te fue infiel?

—Oh, sí, repetidas veces —reconoció, muerta de vergüenza.

Era una tontería, pues ella nunca había estado enamorada de Nicolás, pero en su momento llegó a tenerle mucho cariño, y, sí, llegó a plantearse la posibilidad de casarse con él. Y su traición le dolió muchísimo. Había sido Nicolás quien le había pedido que se casasen y, aunque Olivia sabía que él tampoco estaba enamorado, había creído que como mínimo la respetaba.

—Sigue interesado en ti —dijo Marc.

El brillo que había visto en los ojos del joven no le dejaba ninguna duda al respecto.

—Pues yo no. ¿Todavía nos mira?

—Sí.

—Es insufrible. Menos mal que hoy está con su madre y su hermana. La última vez que lo vi fue en la boda de unos amigos. Yo iba sola y él estaba con una de sus novias. Se pasó horas besándola delante de mí. Y luego se acercaba por donde yo estaba y me miraba con lástima. Hacía dos meses que habíamos roto. No te imaginas lo que habría dado por ir acompañada.

Marc se imaginó la escena y tuvo ganas de volver y darle un puñetazo al tal Nicolás. Bueno, eso no podía hacerlo, pero sí otra cosa. Vio que el otro había regresado a la terraza, donde se había sentado en la misma silla de antes, sin apartar la vista de ellos. Marc se dijo que lo hacía para reparar el orgullo herido de Olivia, no porque llevase días desesperado por encontrar una excusa para ello. No. Si iba a dar ese paso, era porque quería, porque lo necesitaba.

«Quiero besar a Olivia porque tengo miedo de que ésta sea la única vez que mi corazón vuelve a latir de verdad.»

Se detuvo en medio de la acera e hizo que ella se detuviese frente a él. Cuando lo miró a los ojos, Marc avanzó el paso que los separaba y abrió un poco los pies para que los de Olivia quedasen en medio. Le cogió las manos y se las llevó a la cintura y cuando los dedos de ella se aferraron a la cinturilla de sus vaqueros, se las soltó y respiró hondo.

Dejó que notase que temblaba, dispuesto a demostrarle que lo que iba a hacer no era ni teatro ni por lástima y arriesgándose también a que lo rechazase, allí, delante de Nájera y de toda la gente de la calle.

Levantó las manos y sujetó el rostro de Olivia mientras agachaba despacio la cabeza y le besaba el pómulo igual que había hecho antes, pero esta vez, cuando se apartó, la miró a los ojos y le sonrió nervioso. Él no hacía esas cosas, llevaba años convencido de que no era capaz de hacerlas. Pero Millán le hacía cuestionarse quién era, quién quería seguir siendo.

Notó que la cicatriz de la mejilla se le tensaba y cerró los ojos un instante. ¿Qué diablos estaba haciendo? Tenía que soltarla y olvidarse de ella. Tenía que...

Olivia levantó una mano y se la colocó justo encima de la cicatriz. No la movió, sencillamente dejó que él notase que lo estaba tocando. Marc abrió los párpados y cuando sus ojos encontraron los de ella, el corazón le latió por primera vez. O así fue como lo sintió, porque nunca antes había notado aquella opresión en el pecho. Ladeó la cabeza y acercó los labios a los suyos. Los sintió temblar y pensó que nunca antes había tenido ese efecto en ninguna de las mujeres con las que había estado; entonces comprendió que sus labios también temblaban.

Olivia le deslizó los dedos de la mejilla a la nuca y le acarició el pelo.

Marc respiró hondo. Estaban tan cerca el uno del otro que su aliento le hacía cosquillas. Ella separó más los labios y Marc también. Y la besó. Dejó que su lengua se impregnase de su sabor y la movió despacio, buscando el modo de alargar aquel instante, a pesar de que al mismo tiempo seguía muy asustado.

Olivia apretó los dedos que tenía en la cintura de él y Marc se pegó más a ella. Ningún beso había sido nunca tan sincero. Ningún beso había significado nunca tanto. Ninguno lo había hecho creer que quizá merecía ser feliz.

Marc profundizó el beso, ansioso por comprender qué le estaba pasando y por hacer todo lo que fuese necesario para seguir sintiéndose así. Y entonces...

—Álex —suspiró Olivia.

Marc la soltó de inmediato.

«No, no soy Álex.» Quería gritar esas palabras a pleno pulmón.

«¿Y entonces qué? ¿Le contarás la verdad? ¿Le dirás quién eres y por qué estás en el hotel?»

No.

—Seguro que ahora Nicolás se arrepiente de haberte dejado escapar —carraspeó y dijo, odiándose por ello.

Olivia tardó varios segundos en comprender qué le estaba diciendo Álex, pero cuando lo consiguió, notó que se le paraba el corazón. ¿Aquel beso, el mejor beso que le habían dado nunca, había sido sólo para que Nicolás lo viera? Sintió arcadas. Ella había creído que Álex quería algo más. Estaba segura de que lo había visto en sus ojos. Pero evidentemente se había equivocado. Otra vez. ¿Cuándo aprendería?

—Creo que tu idea de comprarle a Tomás una caña de pescar es fantástica —dijo Marc al ver que ella seguía en silencio. Apretó los puños para no volver a abrazarla—. La tienda de deportes está detrás de la plaza, ¿no?

—Sí —dijo por fin Olivia—. ¿Te importaría ir solo? —Con el rabillo del ojo vio que Nicolás y su familia se iban de la cafetería, o sea que ya no había motivo para seguir con la farsa—. Hoy llegan varias familias rusas al hotel y me gustaría ir al quiosco por un par de periódicos de Moscú. Se los encargué hace días.

—No, claro, por supuesto que no —contestó él—. Iré por la caña y luego pasaré por el quiosco —se ofreció.

—No, no te preocupes, tú irás cargado y a mí no me cuesta nada. Además, así saludo a Nati, la encargada. Nos vemos en el hotel —concluyó, despidiéndose.

—De acuerdo —aceptó Marc, arrepentido por el cambio de actitud entre ellos, pero convencido al mismo tiempo de que era lo mejor para todos—. Nos vemos en el hotel. No volvió a ver a Olivia hasta la noche siguiente.

SAN Francisco

Las negociaciones con el señor Fairmont iban viento en popa. En cambio, las negociaciones con Sara estaban más atascadas que un tratado de paz en Oriente Medio.

Álex ya no sabía qué hacer. Sí, había aceptado salir con él en distintas ocasiones, pero, por más que lo intentara, ella seguía manteniendo las distancias. Era como si hubiese levantado un muro invisible entre los dos y Álex no conseguía encontrar el modo de derribarlo. Ni de saltarlo. Ni de cavar un túnel por debajo. Todo era inútil.

Empezaba a plantearse si quizá no sería mejor intentar olvidarla, porque, al parecer, jamás iba a reconquistarla.

«Eso si la conquistaste alguna vez.»

A lo largo de aquellas semanas, había llamado a Marc repetidas veces y estaba fascinado y feliz por el cambio que había notado en su hermano, que volvía a parecer el de siempre, el que era antes de aquel accidente. Álex sospechaba que el mérito recaía en Olivia Millán, aunque, evidentemente Marc se había negado a hablar del tema. Álex le había prometido que no se iría de Estados Unidos hasta haber recuperado a Sara, pero ahora esa meta parecía tan inalcanzable como llegar a la luna.

Sonó el teléfono. Álex miró la pantalla del móvil y vio el número personal del señor Fairmont. Descolgó al instante.

—Buenas noches, señor Fairmont —lo saludó.

—Buenas noches, Álex. Espero no interrumpir nada —dijo el educado caballero.

—No, señor. La verdad es que estoy sentado en el sofá de mi habitación repasando unos informes. —Y si eso no era patético, Álex no sabía qué otra cosa podía serlo.

—Seré breve. He decidido firmar el contrato.

—¿En serio? Quiero decir... —Álex casi se atragantó.

Fairmont se rió un poco al oírlo.

—Sí, en serio. A juzgar por su reacción, deduzco que le he pillado por sorpresa. Ya le dije que estaba interesado en vender el Fairmont a Hoteles Vanity —le recordó.

—Lo sé, señor. Pero creía que quería seguir negociando.

—Los términos de su última oferta me parecen más que aceptables y mi esposa insiste en que cerremos el tema. Está impaciente por ir en busca de esos viñedos de los que le hablé.

En aquel instante, Álex le habría dado un beso a la señora Fairmont.

—Es una gran decisión, señor. Le aseguro que no se arrepentirá. Su hotel estará en muy buenas manos.

—Lo sé. ¿Cuándo podemos firmar?

—Cuando usted quiera —contestó.

—¿Qué le parece dentro de dos días? Así usted tiene tiempo de prepararlo todo y yo puedo comunicárselo a Eddie con calma.

—Perfecto, señor Fairmont.

—Llame a Mathew, él le confirmará el día y la hora. ¿Le parece bien, Álex?

—Por supuesto, señor.

—Nos vemos entonces. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó y se quedó mirando el móvil durante unos minutos. Luego se pellizcó para asegurarse de que no estaba soñando. Acababa de cerrar el trato del año. Probablemente de su carrera. Y, sin embargo, pasados los segundos de euforia inicial, seguía sintiendo aquel vacío en el pecho.

Aquello no podía seguir así. Él no era así. Igual que el día en que decidió ir a las oficinas de Fairmont, Álex se puso en pie, cogió el móvil, la chaqueta y la cartera y salió del hotel decidido a luchar por lo que quería. O morir en el intento.

Fue caminando hasta el domicilio de Sara; estaba a bastante distancia de su hotel, pero le iría bien que le diese el aire y así podría plantearse si lo que iba a hacer era una locura o un intento desesperado por recuperar la cordura.

Llegó al edificio donde se habían despedido —sin besarla— las dos noches de la última semana en que habían salido y saludó al portero, quien, más o menos, le devolvió el saludo.

Se metió en el ascensor. Por suerte, no subió nadie más con él y Álex se balanceó nervioso sobre los pies. No sabía qué hacer con las manos, así que se las metió en los bolsillos de los vaqueros y empezó a repasar mentalmente todo lo que le diría a Sara. El ascensor llegó a su destino y el sonido de una campanilla anunció que se abrían las puertas.

Salió y se dirigió decidido al apartamento.

Llamó al timbre.

Quizá no estaba.

Volvió a llamar.

¿Dónde podía estar?

Llamó una tercera vez y por fin oyó el sonido de unas pisadas acercándose a la puerta. El cerrojo giró despacio y vio a Sara en pijama.

Todo lo que Álex se había planeado decirle se borró de su mente y la besó. Sencillamente, la besó, aunque aquel beso no tuvo nada de sencillo. Sin separar los labios de los de ella, la guió de nuevo hacia el interior del apartamento y cerró la puerta con un puntapié. Sara le estaba devolviendo el beso, así que, una de dos, o estaba muy dormida y no sabía lo que estaba haciendo, o también lo había echado de menos.

Álex deslizó la lengua por entre sus labios y cuando por fin volvió a notar su sabor, un escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió que podía volver a respirar. Le deslizó las manos por la espalda y la abrazó con todas sus fuerzas, cerciorándose de que era ella de verdad la que estaba entre sus brazos y no una imagen conjurada por su imaginación.

Sara lo sujetaba por la camisa como si quisiera impedir que se fuese a alguna parte, y Álex quiso asegurarle que, si se lo permitía, jamás se apartaría de su lado.

Pero entonces recordó la conversación con Fairmont y el dolor que sintió en Barcelona, cuando ella lo dejó en aquel cine, acusándolo de haberla mentado y haberla utilizado.

Se apartó despacio, aunque su cuerpo intentó impedirselo por todos los medios, y la miró. Sara tenía los ojos cerrados y, antes de abrirlos, se pasó la lengua por los labios. Álex pensó que aquél era sin duda el momento más sensual de toda su vida.

Después de deslizarse la lengua por los labios, Sara se los mordió, reteniendo la caricia y el sabor de Álex.

Cuando abrió la puerta y lo vio, pensó que estaba soñando. Y cuando él la besó sin decirle nada, llegó a la conclusión de que efectivamente se trataba sólo de un sueño. De un sueño maravilloso. Sara llevaba días resistiéndose a Álex, porque sabía que si cedía, aunque sólo fuese un poco, terminaría enamorándose de él como en Barcelona. Y no podía correr ese riesgo. No quería. Y no porque creyese aún que era un cretino, ahora ya sabía que no era culpable de su despido y que se arrepentía de no haber hablado con ella antes de elaborar el informe. Sara no quería enamorarse de Álex porque estaba convencida de que, si lo hacía, jamás lo olvidaría. Y aquel beso era prueba de ello.

De repente, él dejó de besarla y ella se mordió el labio inferior para... ¡Se mordió el labio inferior! ¡Aquello no era un sueño! Abrió los ojos y se encontró con Álex de carne y hueso.

—No, no te apartes —dijo él, al notar su reacción.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, sonrojada como nunca antes.

No podía creer que lo hubiese besado de aquel modo. Y que llevase puesto aquel pijama tan ridículo. Vaya día para ponerse el regalo de Navidad de la tía Rosa.

—Quería hablar contigo —dijo Álex, aflojando un poco los brazos pero no demasiado—. Necesito saber qué estás haciendo conmigo.

Entonces la soltó, caminó hasta el sofá que Sara tenía en el comedor y se sentó. Separó las rodillas, apoyó los antebrazos en los muslos y luego se cogió las manos.

—Yo no estoy haciendo nada contigo —dijo ella, todavía a la defensiva. Se sentó también en el sofá, a su lado, pero no lo bastante cerca como para que sus piernas se rozasen.

Álex respiró hondo antes de volver a hablar.

—Cuando nos conocimos en Barcelona, me dejaste entrar dentro de ti y no me refiero al sexo —añadió al instante—, sino a tu alma. Sí, no nos dijimos nuestros apellidos ni dónde trabajábamos, pero te abriste a mí. Y dejaste que yo me abriera a ti. Yo nunca había hecho eso con nadie, Sara. Nunca. Pero ahora, exceptuando el beso que acabamos de darnos, tengo la sensación de que jamás conseguiré volver a acercarme a ti. Es como si hubieses decidido mantener las distancias. Y no puedo soportarlo.

—El sábado que dormimos juntos —dijo ella en voz baja, dispuesta a ser tan sincera como él lo había sido—, me desperté un par de veces y me quedé mirándote. Y recuerdo que pensé que podía pasarme la vida entera despertándome contigo a mi lado. Y me asusté. Pensé que era imposible que hubiese conocido al amor de mi vida en una discoteca. Me dije que probablemente estaba tomándomelo demasiado en serio y que tú no sentías nada de todo aquello, que para ti yo sólo era un rollo de una noche, o de un fin de semana. Luego, el domingo, cuando vi tu nombre en aquella tarjeta, confirmé mis peores temores y aproveché la excusa para salir corriendo.

—¿Hice algo que te hiciese pensar que te consideraba un rollo de una noche? —le preguntó él con expresión dolida—. Dios, Sara, me pasé todo el sábado y todo el domingo diciéndote que nunca había estado con nadie como tú. Te hablé de mi familia, de mi hermano gemelo, te conté todo lo que de verdad importa sobre mí y, si no me falla la memoria, incluso te conté que sólo había tenido dos novias y que casi nunca salía a ligar. Tú misma viste cómo mis amigos se burlaban de mí en la discoteca. ¿Por qué no me creíste?

Ella se encogió de hombros.

—Porque era demasiado bonito para ser verdad y porque tenía miedo de que el domingo, o el lunes, o al cabo de una semana, me llamasen para decirme que ya no querías

verme más. O que empezases a evitarme y a no devolverme las llamadas.

—O sea que me dejaste antes de que yo pudiera dejarte a ti. Eso, Sara, es una estupidez. Yo no sé qué pasará en el futuro, pero sé que habrá momentos buenos y malos. ¿No te parece idiota eliminar de entrada los buenos? —le preguntó con una leve sonrisa.

—Probablemente. Pero ¿y si un momento bueno termina convirtiéndose en algo horrible? Sería devastador.

—Supongo que ése es un riesgo que todos tenemos que correr.— Álex miró al suelo y se armó de valor para terminar de contarle lo que había ido a decirle—. Hace un rato, me ha llamado el señor Fairmont. Ha aceptado la oferta de Hoteles Vanity y firmaremos la venta dentro de dos días. —Levantó la vista y la miró a los ojos—. Lo siento.

—¿Volverás a Barcelona?

«¿Acabas de perder tu primer gran contrato y me preguntas si volveré a Barcelona?»

—Seguramente. Lamento que no hayas conseguido convencer a Fairmont, pero me temo que él sólo ha utilizado la oferta de Sleep & Stars para que Hoteles Vanity subiese el precio.

—No te preocupes —contestó ella.

—¿Tendrás problemas en el trabajo?

—No creo. Mis jefes sabían que partíamos con desventaja. Fairmont dejó muy claro que prefería vuestra oferta.

—Me alegro —dijo él.

—Supongo que a ti te darán un aumento, ¿no?

—No lo sé. Y la verdad es que ahora no me importa. —Álex se puso en pie y miró nervioso a su alrededor. «Ahora o nunca.»— Estoy enamorado de ti, Sara. Completa y absolutamente enamorado y no me importa si nos conocimos en una discoteca, o si se supone que uno no se enamora del rollo de una noche. Yo siempre había creído que el amor era un invento publicitario, que lo máximo que existía era la atracción física y la compatibilidad de caracteres. —Se rió sin ganas y continuó—: Pero ahora sé que estaba equivocado. El amor existe y no es la sensación maravillosa de la que hablan los cuentos de hadas. Es desgarrador y se aferra al alma. Así que, si no sientes lo mismo por mí, dímelo ahora. Me iré de aquí y haré todo lo que esté en mi mano para arrancarte de mi corazón. Pero si tú también me amas, atrévete a arriesgarte. Yo estoy muerto de miedo, Sara, ahora mismo, tienes el poder de destrozarme y no me importa. —Se acercó a ella y le cogió las manos—. Ya no sé qué hacer para llegar a ti, para volver a tenerte en mis brazos. No tengo nada que perder y todo que ganar. Así que por eso he decidido cometer la mayor locura de mi vida.

Le colocó un dedo debajo de la barbilla y le levantó la cara para mirarla a los ojos.

Los tenía llenos de lágrimas y Álex optó —como siempre— por tomárselo como una buena señal.

—Te amo, Sara. El fin de semana que pasé contigo fue el mejor de mi vida y no puedo soportar la idea de que sea el único que tendré jamás. No sé qué me deparará el futuro, no sé si me quedaré en Barcelona o si algún día viviré en otra parte del mundo. No sé si tendré hijos o si serán niños o niñas y tampoco sé si seré un viejo cascarrabias o si moriré antes de llegar a la vejez. No lo sé, Sara. Pero sé que quiero averiguarlo contigo.

Ella no dijo nada. Nada en absoluto y Álex tuvo la sensación de que podía notar cómo se le rompía el corazón. Apartó la mano y dio un paso hacia atrás. Lo mejor sería que se fuese de allí cuanto antes.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Sara y la hizo reaccionar. Era una hipócrita, una cobarde. Había juzgado y sentenciado a Álex por algo que él nunca haría y, con ello, había estado a punto de perder para siempre la posibilidad de ser feliz. Había decidido que él la consideraba un rollo de una noche, cuando en realidad así era como ella lo había tratado a él. El domingo, en la puerta del cine, ni siquiera lo había escuchado. Y allí, en Estados Unidos, a pesar de que le había demostrado una y otra vez que era sincero, había insistido en mantener las distancias.

Era un milagro que siguiese amándola. Y no sólo eso, aquella confesión de amor era sin duda lo más hermoso y maravilloso que le habían dicho nunca, mientras que ella no le había dicho algo bonito ni siquiera una vez. Y ahora él estaba a punto de irse de su vida para siempre.

—No —balbuceó y le rodeó el cuello con los brazos para besarle con toda el alma.

Álex tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo le devolvió el beso con todas sus fuerzas. Pero de repente lo interrumpió y la miró a los ojos.

—¿Esto significa que estás dispuesta a darnos una oportunidad?

—Significa que te amo, Álex. El fin de semana que pasé contigo también fue el mejor de mi vida y siento haber tenido miedo y no haberme dado cuenta.

—No pasa nada —contestó emocionado, acariciándole el rostro.

—¿Sabes qué quiero hacer ahora, Álex? —le preguntó ella tras darle otro beso.

Él enarcó las cejas y Sara sonrió.

—Dormir contigo.

Álex le devolvió la sonrisa y contestó:

—Si de mí depende, nunca más volverás a dormir sola.

LA cena en casa de Tomás fue un éxito o un fracaso, según a quién se lo preguntasen. Tal como el hombre le había explicado a Marc, fueron todos allí después de que el vigilante llegase al hotel.

Roberto iba impecablemente vestido; dijo que se había arreglado porque después tenía una cita. Natalia y Olivia llegaron juntas, las dos guapísimas, aunque sin duda el atuendo de Natalia era mucho más revelador que el de Olivia. Lucrecia y Manuel aparecieron más tarde, también muy guapos, juntos y muy acaramelados. Después del incidente con el extintor, el matrimonio resultaba incluso empalagoso.

Marc llegó acompañado de *Tosca* y de la caña de pescar, que finalmente habían decidido regalarle a Tomás entre todos.

La comida fue excelente; Tomás había comprado pescado y marisco y lo cocinó todo a la brasa en el patio de su preciosa casa: una construcción blanca, casi pegada al agua, que le había comprado a un viejo pescador cuando éste se jubiló. En el mar podía verse reflejada la luna, el aire olía a noche y las estrellas llenaban el cielo. De fondo, como homenaje a Eusebio, Tomás había puesto una ópera.

Durante la cena, Olivia consiguió ignorar a Marc y esquivar las miradas de Lucrecia y de Manuel, que no entendían nada de lo que estaba pasando. Por su parte, él se pasó la noche hablando con Tomás y con Manuel, e incluso cruzó varias frases con Roberto, cualquier cosa con tal de seguir fingiendo que nunca había besado a Olivia y que luego había actuado como si eso no hubiese significado nada.

La noche del viernes, cuando volvió al hotel con la caña de pescar, descubrió que ella había decidido salir a cenar con Natalia. Y el sábado, Olivia apareció más tarde de lo habitual en el despacho, con signos evidentes de que casi no había dormido. Marc fingió no darse cuenta, pero apretó con tanta fuerza la línea «asdfklñ» del teclado que estuvo varios minutos borrando letras.

Olivia sólo estuvo en el despacho un instante y luego volvió a desaparecer durante el resto del día.

Marc se negó a preguntar a alguien si sabían adónde había ido o con quién. Era mejor así.

Salir de marcha con Natalia había sido una estupidez, pensó Olivia. Todavía tenía dolor de cabeza. Pero cuando llegó al hotel estaba tan furiosa por lo de Nicolás y por el beso que Martí le había dado y luego había fingido que no, que cuando se cruzó con Natalia en recepción no pudo contenerse y le contó todo lo que había sucedido. La chica se indignó y la convenció para que salieran juntas a cenar y bailar. Pero Olivia no estaba a su altura. Dios, aquella mujer era incansable. Llevaba unos tacones interminables y bailaba a un ritmo frenético, el mismo al que bebía. Y lo sabía todo acerca de los hombres. Todo.

Olivia escuchó absorta sus consejos, a pesar de que era consciente de que nunca sería capaz de llevarlos a la práctica.

Luego, cuando Natalia encontró al que dijo que era el hombre de sus sueños (al menos por esa noche), ella volvió al hotel y se encerró en su dormitorio. Intentó dormirse,

pero cada vez que cerraba los ojos, notaba los labios de Martí sobre los suyos, sus manos por la espalda. Y si los abría todavía era peor, pues entonces no podía dejar de mirar la pared de la habitación y de preguntarse qué estaría haciendo él al otro lado.

Si era sincera consigo misma, lo que más sentía no era que Martí hubiese fingido no haberla besado, aunque eso sin duda le dolía mucho, sino que se hubiese comportado como si no existiera nada entre los dos.

En los últimos días, ella había creído que entre ellos había algo especial, pero era evidente que no. Si no, él no se habría comportado así. Podría haberla besado de muchos modos, podría haberla besado sólo para darle una lección a Nicolás y ella probablemente le habría dado las gracias por ayudarla a vengarse, pero no. Martí no la había besado pensando en Nicolás. Era imposible que aquel beso hubiese sido sólo de cara a la galería. Había sido sólo para ellos dos.

Así que la cuestión era: ¿por qué luego había intentado negarlo? Probablemente muchas mujeres se darían por vencidas y dejarían las cosas tal como estaban, pero Olivia no iba a rendirse tan fácilmente. Ni hablar. En cuanto se le pasase la resaca, empezaría a investigar.

—¿Se puede saber qué os pasa a Olivia y a ti? —le preguntó Tomás a Marc cuando ambos quedaron solos frente a la barbacoa.

—Nada —respondió él en seguida y, para disimular, bebió un poco de limonada.

—Ya, nada. Por eso os evitáis y los dos tenéis cara de perritos abandonados.

—Estamos preocupados por el hotel, eso es todo.

—Mírame a la cara, Martí —le dijo el hombre—. ¿Acaso me tomas por idiota? Conozco a Olivia desde que ella tenía quince años y esa cara no es la que pone cuando está preocupada por el hotel.

—¿Y qué cara pone ahora? —no pudo evitar preguntar él.

—Ésa es precisamente la cuestión, Martí. Nunca antes se la había visto. ¿Qué le has hecho?

—Nada.

—Prueba otra vez —insistió Tomás.

—Ayer por la tarde salimos a pasear. Fuimos a comprarte el regalo —especificó.

—Continúa.

—Nos encontramos con Nicolás Nájera.

—Mierda. ¿Ese cretino está pasando aquí el verano?

—Sí. ¿Cómo es posible que Millán saliera con él?

—Termina de contarme lo que sucedió ayer. —Tomás no se dejó despistar.

—Nájera se acercó a nosotros e hizo un par de comentarios muy desagradables sobre Olivia. Le aguantamos durante medio minuto y luego nos fuimos de allí.

—¿Y?

Marc buscó a Olivia con la mirada y la vio agachada junto a *Tosca*, acariciándole la espalda.

—Y la besé —dijo casi sin darse cuenta y sin dejar de mirarla.

Incluso él notó que pronunciaba las palabras como si fuesen un tesoro. Entonces ella levantó la cabeza, se encontró con sus ojos y le sonrió. Y él desvió la vista.

—¿Ya estás satisfecho?

—Pues la verdad es que sí. —Tomás se le acercó más y le dio una palmada en la espalda—. Ya era hora.

Suspiró aliviado. Aunque no se lo había dicho a nadie, empezaba a sospechar que

las cosas nunca cambiarían entre Olivia y ese chico. Menos mal que se había equivocado.

—¿Cómo que ya era hora? ¿Qué eres, un adolescente? Ese beso fue una estupidez. Entre Millán y yo no puede haber nada.

—¿Por qué?

El giro que estaba tomando aquella conversación no le gustaba en absoluto. Él había creído que, cuando por fin aquellos dos se diesen cuenta de la buena pareja que hacían, todo sería un camino de rosas.

—Porque no.

—Y ahora, ¿quién es el adolescente?

—Mira, Tomás, puedo entender que hayas podido pensar que soy un buen tipo, pero créeme, te equivocas. Algún día verás cómo soy de verdad y entonces darás gracias a Dios de que Millán y yo no estemos juntos. Créeme.

En otras circunstancias, Tomás quizá habría creído que esa frase era tan sólo una excusa barata, pero el tono de voz del chico, el modo en que le tembló la mandíbula y sujetó el vaso de limonada, le indicaron que era algo mucho más serio. Y el vacío que vio en sus ojos se lo confirmó.

—No sé de qué estás hablando, Martí. Y no creo que sea a mí a quien tienes que contarle todos esos secretos que es obvio que te abruma, pero Olivia es una chica maravillosa a la que le han roto el corazón demasiadas veces. Ella se refugia en el hotel, porque, gracias a su madre y a los Nicolás que corren por el mundo, está convencida de que es lo único que no la defraudará. Lo único que le será fiel pase lo que pase. No debería contarte esto, pues Olivia no necesita que nadie la defienda, pero estoy harto de verla sufrir. Y de verla tan sola. —Desvió la mirada hacia la chica y sonrió con todo el cariño que le tenía—. Hay pocas mujeres como ella, es dulce, valiente, terca, cariñosa y tiene un punto de loca que los que la conocemos no cambiaríamos por nada del mundo. Si eso que dices es verdad, aléjate de ella.

—Es lo que estoy haciendo —contestó Marc y los celos que sintió al pensar que Tomás y el resto de las personas que había en aquella cena conocían a Olivia de un modo como él jamás llegaría a conocerla le retorcieron el estómago.

Tomás asintió y lo dejó solo frente a la barbacoa. Marc se quedó mirando las brasas y preguntándose si estaría cometiendo un error. Tal vez pudiese contarle la verdad. Quizá ella lo entendería. Pero en aquel preciso instante la oyó reír y supo que jamás podría decirle nada. Olivia Millán no se merecía a un hombre egoísta y sin alma como él. Seguro que, cuando el hotel estuviese en mejor situación, podría salir más y no tardaría en encontrar a alguien digno de ella. Un ejército incluso. Nicolás Nájera y él eran un punto de partida nada difícil de superar.

Convencido de eso, y de que de algún modo él lograría olvidar aquel beso, se volvió y miró la luna. Bebió un poco más de limonada, natural, hecha por el propio Tomás, que era un adicto a los zumos de fruta, y comprendió que, pasara lo que pasase, siempre le estaría agradecido a ese lugar. Su vida nunca sería maravillosa, pero quizá ahora, gracias a la gente que había conocido en el Hotel California, pudiese vivir consigo mismo.

Pasaron los minutos y Lucrecia fue a buscarlo para decirle que la cena estaba lista. Marc asintió y se acercó a la mesa en la que ya estaban esperándolo el resto de los invitados. Ocupó su lugar entre Roberto y Manuel e intentó olvidarse de la conversación que había mantenido con Tomás y del beso que se negaba a abandonar su cabeza, y disfrutar de la velada.

No olvidó nada, pero las conversaciones que fueron surgiendo le hicieron pasar un

buen rato. Manuel y Lucrecia estaban completamente locos y a los dos les encantaba burlarse de Roberto y de su supuesto mal gusto con las mujeres. Éste tenía un sentido del humor mucho más sarcástico e irónico de lo que Marc había creído en un principio. Tomás les contó un par de anécdotas sobre Eusebio y sobre la adolescencia de Olivia y ella se rió a carcajadas, aunque amenazó con hacérselo pagar más adelante.

Estaban tomando café y riéndose de una historia que estaba contando Natalia acerca de unos adolescentes que intentaron conquistarla, cuando sonó el timbre.

—No abras —exigió Manuel de inmediato.

—No puedo creer que tenga la desfachatez de hacer lo mismo que el año pasado.

¡Esa mujer está loca! —afirmó Lucrecia.

El timbre volvió a sonar con más insistencia.

—Si no abro, no nos dejará en paz —dijo Tomás poniéndose en pie. Pero antes de dar un paso, miró a Olivia—. Si quieres, la dejo fuera toda la noche.

—¿De quién están hablando? —le preguntó Marc a Roberto en voz baja.

—De la madre de Olivia —contestó el italiano en el mismo tono.

—Por mí no te preocupes, Tomás. Déjala entrar, o despertará a toda la calle.

El hombre suspiró resignado y se dirigió hacia la puerta. Marc oyó la voz de una mujer contestando a sus preguntas, pero no distinguió qué decían. Entonces, se oyó un portazo y la propietaria de la voz apareció en el patio donde estaban cenando.

—Vaya, vaya, si está aquí toda la familia —observó Isabel Millán, sarcástica—. Mi invitación debió de perderse en el correo.

—¿A qué has venido? —le preguntó Manuel.

—A felicitar a Tomás, ¿a qué si no? Igual que el año pasado —explicó zalamera.

Isabel Millán arrastraba un poco las palabras, pero no lo bastante como para que Marc pudiese afirmar que estaba borracha, aunque sin duda había bebido un par de copas antes de interrumpir la fiesta.

—Me doy por felicitado —dijo Tomás—. Ya puedes irte.

—¿Sin hablar con mi hija? —Hizo una mueca digna del Liceo—. Papá me impedía verla, por eso el año pasado me presenté aquí sin avisar. Sabía que estarías aquí.

—El abuelo nunca te impidió que vinieras, mamá. Ése es el rollo que siempre sueltas a las revistas del corazón, pero todos sabemos que es mentira, incluso tú.

—Quizá cometí un error de joven, pero eso no significa que no te quiera, Olivia —argumentó Isabel.

Marc no le apartó la vista de encima y el brillo que vio en sus ojos le puso los pelos de punta. Aquella mujer no quería a nadie e incluso se atrevería a afirmar que a su hija le tenía cierto resentimiento, por no decir odio. ¿Por qué?

—Tú sólo te quieres a ti misma, mamá.

—No es verdad, princesa.

Isabel se acercó a donde estaba sentada Olivia y fulminó a Natalia con la mirada, pero ésta no se movió de donde estaba y Marc estuvo a punto de aplaudirla por defender así a su amiga.

—¿Qué quieres, mamá? El año pasado viniste porque querías que me reconciliase con Nicolás y me casase con él.

«¿Qué?» Marc odiaba ya visceralmente a aquella mujer.

—Habríais hecho muy buena pareja, Olivia. Él tiene mucho dinero.

—Y seguro que contabas con que te diera tu parte —replicó ella con cara de asco.

Una semana después de que descubriese las infidelidades de Nicolás y rompiese

definitivamente con él, su madre apareció en el hotel dispuesta a defender a Nicolás contra viento y marea. Aunque por desgracia no fue ninguna sorpresa, a Olivia le dolió ver que su madre no se preocupaba por ella, por su felicidad, y que sólo le hablaba de la posición social que ocuparía casándose con un Nájera, de lo bien que viviría.

—¿Cómo puedes acusarme de eso? Yo soy tu madre, sólo quiero lo mejor para ti.

—¿Por qué has venido, mamá? —volvió a preguntar Olivia con resignación.

—Porque quería verte. La muerte de tu abuelo me ha hecho reflexionar y me he dado cuenta de que te echo de menos. Me gustaría enmendar mis errores y empezar a conocerte —contestó Isabel, mirándola a los ojos y dejando al resto de los presentes petrificados.

Marc observó los rostros de los demás y vio que ninguno se la creía y que estaban a la espera de ver cuál iba a ser el próximo movimiento de La Belle Millán. Seguro que todos estaban dispuestos a proteger a Olivia con uñas y dientes y a echar de allí a la madre del año si hacía falta.

—¿De verdad quieres conocerme?

—De verdad. Tú eres mi princesa y me gustaría recuperar el tiempo perdido. Ser tu madre de verdad.

En el patio se produjo un silencio sepulcral. Sólo se oían las olas a lo lejos y algunas gaviotas que volaban por encima del mar.

—De acuerdo —convino Olivia, sorprendiéndolos a todos—. Con una condición.

—La que tú quieras —aceptó Isabel, sonriendo como el gato que se ha comido el canario.

—Mañana mismo vamos a la notaría de Enrique y firmas lo que haga falta para renunciar al hotel.

La mujer dejó de sonreír al instante.

—Bueno, Olivia, no creo que debamos molestar a Enrique por una tontería como ésa —dijo.

—Mañana mismo renuncias al hotel y tú y yo podemos empezar de cero —reiteró ella su oferta con voz firme, pero Marc vio que tenía los puños cerrados y que le temblaba un poco la mandíbula.

—No puedo renunciar al hotel, princesa. Compréndelo. Y si...

—Vete de aquí —dijo Olivia—. Vete.

—Ya la has oído, Isabel. —Tomás se colocó a su lado y la sujetó por el antebrazo—. Te acompaño a la puerta.

Isabel Millán se soltó hecha una furia y se quitó la máscara de madre arrepentida y sufridora.

—Eres igual que tu abuelo. Estás empeñada en conformarte con las migajas de la vida cuando podrías estar disfrutando de un festín.

—Me alegro de parecerme al abuelo y no a ti, mamá. Tu obsesión por el dinero nunca te hará feliz —afirmó Olivia.

El temblor de su mandíbula se había intensificado, pero logró mantener la voz firme y no derramar ni una lágrima.

—Y ese cochambroso hotel repleto de personajes esperpénticos tampoco te hará feliz a ti. Te consumiré, Olivia. Podrías tener al hombre que quisieras, yo te ayudaría a conseguirlo y juntas seríamos muy felices.

—Supongo que te refieres a un hombre con dinero, ¿no? Ése es el criterio con el que siempre los has elegido, y mira cómo te ha ido. Estás sola, absolutamente sola.

—¿Y tú? ¿Acaso crees que le importas a esta gente? Yo soy tu madre, he intentado hacerte entrar en razón, pero, si persistes en comportarte como una niña pequeña que sigue creyendo en los cuentos de hadas, allá tú. He hecho todo lo que he podido y no creas que voy a quedarme de brazos cruzados.

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó Olivia entrecerrando los ojos.

—Sé que no puedo impugnar el testamento. Sí, lo he preguntado —afirmó orgullosa, al ver que Tomás la fulminaba con la mirada—. Pero también sé que el maravilloso y encantador Hotel California tiene que hacer muchas reparaciones y ya sabes que, en este país, la reputación lo es todo. Podríamos venderlo ahora y repartirnos el dinero. —Miró a Olivia como si fuese un adversario comercial y no su hija—. O puedo venderlo yo sola dentro de un año y encargarme de que no te toque nada.

—Vete de aquí —farfulló ella.

Tomás tiró de la mujer y la arrastró fuera de la casa. Le soltó el brazo en la calle y cerró de un portazo sin darle la oportunidad de escupir más veneno.

En el patio nadie dijo nada, pero Marc buscó los ojos de Olivia. Cuando ella vio que la miraba, se dio media vuelta y echó a correr hacia la playa.

—Voy a buscarla —dijo él, y los demás asintieron.

OLIVIA corrió y corrió y no se detuvo hasta llegar a unas rocas que había cerca de la orilla. El patio de la casa de Tomás daba a la playa, por lo que lo único que tuvo que hacer fue saltar el murete que la separaba de la arena.

Su madre era un monstruo, había intentado manipularla desde el principio y, sin embargo, durante un segundo, la había creído. Y ahora se odiaba por ello. ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿Acaso se había olvidado de todas las veces que de niña la había dejado sola en casa para salir con sus amigos? ¿O de que durante el juicio de divorcio intentó convencer al juez de que le diese la custodia a su padrastro, un hombre que nunca había llegado a adoptarla? ¿O de que se había pasado años sin verla y sin importarle lo que fuese de su vida?

Escaló las rocas y se sentó en la del extremo, así podía ver el mar mientras las olas la salpicaban. Antes siempre lloraba cuando se peleaba con su madre, ahora ya no. Ya no le quedaban lágrimas para ella, sino sólo un dolor que la desgarraba por dentro y la horrible sensación de que era una estúpida. Una estúpida por seguir creyendo que algún día su madre se convertiría en otra persona y la querría.

—Millán, ¿puedo subir? —le preguntó Marc desde la arena. La había alcanzado en seguida, pero había optado por dejarla sola unos segundos.

—Vete de aquí, Martí —dijo ella a media voz—. No quiero hablar del tema.

—Pues no hablemos del tema —aceptó él—. ¿Puedo subir?

—¿Por qué? Puedes irte tranquilo, te prometo que no me tiraré al mar. Volveré a casa de Tomás dentro de un rato.

Le estaba hablando sin mirarlo, con los ojos fijos en las olas, que no dejaban de moverse, y decidida a alejarlo de allí. Marc iba a necesitar algo impactante para hacerla reaccionar y lo único que se le ocurrió fue decirle la verdad:

—Quiero subir porque quiero abrazarte.

—¿Por qué? Aquí nadie puede verte —contestó sarcástica y dolida al recordar el beso que le había dado delante de Nicolás—. Y además no me hace falta. Puedo apañármelas sola.

«Siempre lo he hecho.»

—Siento lo de ayer, me comporté como un imbécil.

—¿No crees que esta noche ya me han humillado bastante? Mi madre acaba de dejar claro que no me quiere, aunque eso ya debería tenerlo asumido. Al fin y al cabo, lleva toda la vida demostrándomelo. Y ahora, ¿tú vas a decirme que no deberías haberme besado? Lo sé. Vete. Por favor.

—No, no voy a decirte eso, Millán. Voy a decirte que me porté como un imbécil al fingir que no te había besado. Llevaba semanas deseándolo, y cuando lo hice y vi que no era para nada como me lo había imaginado, no reaccioné bien.

—No lo estás arreglando, Martí.

—Dios, Millán, me vuelves loco. Cuando estoy contigo me siento como si fuese otra persona, tengo ganas de sonreír y de gritar al mismo tiempo. De besarte y de pedirte que me beses, de marcharme de aquí corriendo para no verte más y de quedarme contigo para siempre. Tengo ganas de contarte cosas que no le he contado a nadie y de ocultártelas para que no te enteres nunca de cómo soy realmente. Quiero saberlo todo de ti y que sigas

siendo un misterio para mí.

Se pasó las manos por el pelo y caminó nervioso por la arena. Apretó los dientes y le tembló la mandíbula, lo que hizo que se le marcara la cicatriz.

—Todo esto es absurdo, Millán. Yo no soy así. Cada mañana tengo más ganas de verte que el día anterior y, al mismo tiempo, al menos un par de veces al día pienso que me meteré en el coche y me marcharé de aquí para no volver. No sé qué me está pasando —concluyó, deteniéndose justo bajo la roca en la que ella estaba sentada—. Y no te atrevas a reírte. Nunca le había dicho algo así a nadie.

—No me estoy riendo —afirmó Olivia con el corazón en un puño y una sonrisa en los labios—. ¿De verdad te parezco un misterio?

—¿De todo lo que te he dicho te has quedado sólo con eso? —Él le devolvió la sonrisa—. ¿Puedo subir?

—Sube.

Marc trepó por las rocas y se sentó a su lado. Olivia había doblado las piernas, que se rodeaba con los brazos, con el mentón encima de las rodillas. Él le copió la postura y se quedó a su lado en silencio.

Una media hora más tarde, ella fue la primera en volver a hablar:

—Todo eso que has dicho antes... eso de las ganas de gritar y de sonreír.

—¿Sí?

—A mí también me pasa.

—Me alegro de no ser el único que está sufriendo —dijo él y se soltó las manos para poder rodearla con un brazo y acercarla.

Volvieron a quedarse en silencio, pero en esta ocasión Olivia no tardó tanto en retomar la conversación:

—Por un instante me la he creído —dijo en voz baja—. Por un segundo, he pensado que mi madre por fin se había dado cuenta de que tenía a una hija maravillosa y de que quería pasar tiempo conmigo. ¿Cómo puedo haber sido tan estúpida? ¿Tan fácil es engañarme?

A Marc le dio un vuelco el corazón y se le hizo un nudo en la garganta. Olivia jamás lo perdonaría por haberse hecho pasar por su hermano. Se obligó a tragarse el dolor que sintió al adivinar el futuro y se centró en consolarla.

—No. Isabel es tu madre y además es actriz profesional. Es normal que la hayas creído. Ha sabido qué teclas tocar y tú tienes el corazón demasiado grande.

—Nunca más, ¿me oyes? Nunca más. Si algún día vuelvo a comportarme como una ingenua, tienes mi permiso para darme una patada en el trasero —le dijo ella como si estuviese hablando en broma, pero él vio que le resbalaba una lágrima por la mejilla.

—Está bien, si insistes.

Olivia sonrió y recostó la cabeza en su hombro.

—Mi abuelo la echaba de menos —dijo.

—¿A quién?

—A mi madre. Solía decir que de pequeña era una niña maravillosa, pero que su ambición y su ego terminaron por corroerle el corazón y que se olvidó de amar. Él se echaba la culpa, por eso sé que nunca le prohibió venir a verme; Isabel sencillamente dejó de venir.

—Una de mis hermanas, Helena, está casada con un hombre llamado Anthony, cuyos padres prácticamente lo repudiaron y lo echaron de casa por ser disléxico. Años más tarde, el padre enfermó de cáncer y le pidió a su hijo que le donase médula ósea para

curarse.

Era la primera vez que le hablaba de su familia, pero pensó que, después de todo lo que había sucedido, era lo mínimo que podía hacer. Y además tenía ganas de contárselo. Por otra parte, la historia de Anthony siempre le había parecido muy reveladora.

—¿Y qué hizo Anthony?

—Se la dio, pero su padre siguió sin quererlo y sin sentirse orgulloso de él. Murió poco después del trasplante. En cambio, Anthony y Helena son felices y tienen ya una hija. Lo que quiero decir con esto es que no puedes permitir que el comportamiento de Isabel te envenene. Tú eres una mujer maravillosa y si ella no es capaz de darse cuenta, entonces es quien se lo pierde. Pero, y no es que quiera llevarle la contraria a tu abuelo, todos somos responsables de nuestros actos. Isabel no es así por culpa de su padre, es así porque ella quiere.

Olivia asintió, abrumada por su vehemencia.

—No sabía que fueses tío —dijo al cabo de unos segundos, sin poder quitarse de la cabeza la imagen de Martí jugando con una niña pequeña—. Ni que tuvieses hermanos. ¿Tienes más o sólo sois Helena y tú?

Marc sonrió y le acarició el pelo. Era obvio que Olivia quería cambiar de tema y, después de la escena con su madre, la comprendía perfectamente.

—Tengo cinco hermanos; tres hermanas y dos hermanos. —Omitió el detalle de que uno era su gemelo.

—¿Y tienes más sobrinos?

—Sí, dos y medio. Guillermo, mi hermano mayor, está a punto de ser padre. Mi hermana Ágata tiene una hija que se llama María y Helena tiene a Carolina.

—¿Cómo se llaman tus otros hermanos?

—Martina y Marc —casi se atraganta al decir su nombre.

—Guillermo, Ágata, Helena, Martina, Marc y Álex —dijo todos los nombres en voz alta—. ¿Qué lugar ocupas tú en la lista?

—El último.

—¿Eres el pequeño? Ahora entiendo muchas cosas, Martí.

—No te pases, que tú eres hija única, Millán. Nunca has tenido que pelearte por tus juguetes, así que un respeto. Tener tantos hermanos es como vivir en una jungla.

—Me habría encantado tener una familia —suspiró ella.

—Y la tienes. Esa gente que hay ahí dentro —señaló la casa de Tomás— son tu familia. Créeme. Mis hermanos habrían reaccionado del mismo modo que ellos, aunque quizá alguna de mis hermanas le habría tirado de los pelos a tu madre.

—Sí —reconoció Olivia—, yo también los quiero mucho. Por eso tenemos que salvar el hotel, Martí.

De repente, Marc lo comprendió todo. Olivia no estaba obsesionada con el hotel; sencillamente, estaba luchando para proteger a sus seres queridos. Y con aquel «tenemos» lo había incluido en el grupo. Sin embargo, él ya había decidido que se iría de allí en cuanto el futuro del negocio estuviese garantizado y, por mucho que se quejase su corazón, iba a seguir adelante con su idea.

—Deberíamos volver —dijo—. Seguro que están preocupados.

—Sí —contestó Olivia, pero no se apartó de él, ni hizo ademán de levantarse—.

Gracias por venir a buscarme.

—Gracias por dejarme subir aquí contigo.

Olivia volvió entonces la cabeza y lo miró a los ojos. Esa noche había luna llena y la

luz que provenía de las casas más cercanas a la playa los iluminaba lo bastante como para que pudieran verse el uno al otro.

—¿Por qué no me habías hablado nunca de tu familia? —le preguntó intrigada.

Marc se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no ha sido premeditado. Desde que llegué aquí, hemos estado muy ocupados con el hotel y además, bueno, ya te he dicho que me desconciertas.

—Ya ha pasado más de un mes —dijo ella casi como para sí misma—. ¿Crees que en el futuro seguiré desconcertándote?

—Estoy seguro de que sí, Millán.

Ella sonrió y levantó una mano para tocarle el rostro. La llevó hasta la mejilla en la que Marc tenía la cicatriz y subió hacia su pelo.

—Es extraño, ¿no te parece?

—¿El qué? —preguntó él con los ojos cerrados.

—La primera vez que te vi no me fijé en ti en absoluto. Si te digo la verdad, hasta que volví a verte en la notaría, casi me había olvidado de tu aspecto.

A él se le encogió el estómago. Álex y él eran idénticos y Olivia estaba afirmando que se había quedado completamente indiferente al ver a su hermano. En ese instante recordó a su madre diciéndoles que, si algún día encontraban a una mujer que podía distinguirlos, se casaran con ella.

—Creo recordar que acababas de pasar una gripe y que sólo nos vimos diez minutos. —Marc repitió lo que le había dicho Álex.

—Sí, ya sé que te parecerá una locura, pero tus ojos... —Le deslizó los dedos por las cejas—. Tus ojos son distintos. El primer día que te vi no les presté atención. Pero en la notaría, no podía dejar de mirártelos. Son... no sé, como un misterio que no puedo resistir la tentación de resolver. Los reconocería en cualquier parte y me extraña que no me fijase en ellos la primera vez.

Marc no podía seguir escuchando aquello. Sencillamente no podía. Decidido, fue a decirle que tenían que irse de allí y volver a casa de Tomás, pero al verla, su propio corazón se lo impidió y lo obligó a besarla.

Lo hizo bajo la luz de la luna y se permitió perderse en aquel beso. Le acarició el pelo y la espalda y luego la rodeó por la cintura y la sentó encima de él. La besó hasta que los latidos de su corazón sonaron más fuertes que las olas del mar y entonces se apartó de sus labios y le recorrió el rostro y el cuello a besos.

La tenía sentada en el regazo, por lo que podía sentir cada curva, cada movimiento, pegado a su cuerpo. Olivia era peligrosa para su cordura, le hacía olvidar quién era y lo que había hecho y le hacía soñar con un futuro que hasta entonces siempre se había negado.

Pero si supiese la verdad no lo besaría de aquel modo. No dejaría que él la besase y la abrazase como si la necesitase para seguir respirando.

Olivia le recorrió la espalda con las manos y se las deslizó por debajo de la chaqueta y de la camiseta. Y de repente las detuvo.

—¿Qué es esto? —le preguntó al tocar la cicatriz que le cruzaba la cintura, justo por debajo del cinturón.

—Otra cicatriz —contestó Marc sin concretar. Y aunque maldijo al destino por ser tan cruel, dio gracias por haber recordado a tiempo por qué debía mantenerse alejado de ella—. Tenemos que volver. —Se puso en pie y saltó a la arena—. Vamos. —Le tendió la mano y Olivia dejó que la ayudase a bajar.

Caminaron unos metros en silencio.

—¿Vas a volver a fingir que no nos hemos besado?

—No. Nos hemos besado —reconoció él. «Y ha sido peor que la primera vez»—. Pero no sé si deberíamos volver a hacerlo —añadió.

—¿Por qué?

—Porque ahora tenemos que centrarnos en el hotel. Tú todavía estás afectada por la muerte de tu abuelo y la visita de tu madre no te habrá ayudado demasiado.

—Si no quieres que nos besemos, o que haya algo más entre nosotros, dilo abiertamente. No hace falta que busques excusas, Martí. Ya somos mayorcitos. Y tampoco me echas a mí la culpa o decides que lo haces «por mi bien».

—Tienes razón. No pretendía ser condescendiente, lo único que quería decir es que a mí no se me da bien esto de las relaciones. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con alguien como contigo y... —Suspiró exasperado—. Supongo que lo que estoy intentando explicar es que tengo miedo de fastidiarlo. Quizá sería mejor dejar las cosas tal como están —concluyó.

—Tranquilo, Martí —dijo ella entrelazando los dedos con los suyos—. No dejaré que lo fastidies.

JUNTOS volvieron a casa de Tomás, donde pasaron un par de horas más riéndose con sus amigos. Eran las cuatro de la mañana cuando se despidieron de su anfitrión para volver al hotel. Marc y Olivia lo hicieron caminando con Lucrecia y Manuel, y Roberto y Natalia se fueron juntos, pero no revueltos, a seguir con la fiesta en otra parte.

El matrimonio de cocineros se despidió con un bostezo y se metió en su dormitorio, mientras Marc y Olivia seguían su camino hasta los suyos. Al llegar a la puerta, él se inclinó y le dio un beso y ella le rodeó el cuello con los brazos y se lo devolvió. Después se soltaron despacio.

—Buenas noches, Millán —le dijo Marc al abrir su dormitorio.

—Buenas noches, Martí —respondió Olivia y se metió en el suyo.

Los dos se esforzaron por desnudarse y lavarse los dientes sin pensar en el otro y se metieron en la cama convencidos de que lo habían logrado. Aunque ninguno de los dos podía dejar de mirar la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Olivia no paraba de dar vueltas. A pesar de que estaba exhausta, tanto física como emocionalmente, no lograba dormirse. Por desgracia, no era el beso de Martí lo que se negaba a abandonar su mente, sino las crueles palabras de su madre. Sin saber muy bien por qué, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó la carta que le había dejado su abuelo con el testamento. Se había prometido que no la leería hasta salvar el hotel California, pero esa noche lo echaba mucho de menos y tenía la sensación de que, si leía sus palabras, se sentiría más cerca de él.

Miró el despertador y vio que eran las seis y media. Se levantó de la cama, fue por la bata que tenía colgada en el baño y cogió la carta.

Y sin cuestionarse demasiado lo que estaba haciendo, se acercó a la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Martí y dio unos golpecitos firmes e insistentes.

Marc tampoco podía dormir. Tenía que encontrar el modo de contarle la verdad a Olivia y a los demás acerca de su identidad sin que nadie, y en especial ella, se sintiese traicionado.

«¿Y cómo piensas lograrlo? Les has mentido desde el principio.»

Dos días atrás había hablado con Álex y éste le había dicho que estaba a punto de volver y también le había contado a gritos que Sara y él estaban juntos y que ella, por extraño que pareciese, también estaba enamorada. Marc se alegró mucho por su hermano, pero al mismo tiempo sintió una profunda envidia.

Oyó que llamaban a la puerta y se sobresaltó. Fue a abrir, deseando que fuese Olivia y esperando equivocarse, a pesar de que era imposible que se tratase de otra persona.

—Hola —dijo ella en voz baja en cuanto él abrió—. ¿Te he despertado?

—No, no podía dormir. —Se apartó de la puerta y la dejó entrar.

Él llevaba un pantalón de pijama y una camiseta blanca; ella un camisón de algodón estampado con flores y una bata encima. Marc jamás se habría atrevido a imaginarse una situación como ésa con Olivia, pero si lo hubiese hecho, habrían llevado un atuendo distinto.

—Yo tampoco —reconoció ella, nerviosa—. Iba a leer la carta de mi abuelo, pero no quería hacerlo sola. —Respiró hondo y corrigió la frase anterior—. Quería estar contigo.

Marc se sintió abrumado por esa muestra de confianza. Tenía que contarle la

verdad.

«Un día más, sólo un día más.»

—¿Todavía no la has leído? —le preguntó, señalando el sobre.

—No, me dije que no lo haría hasta salvar el hotel. Pero la verdad es que tengo miedo de que mi abuelo me diga en ella algo horrible y por eso me inventé esa excusa.

—Es imposible que tu abuelo te escribiese algo horrible. —Marc se acercó y la abrazó—. Tu abuelo te quería más que a nada en el mundo.

—Días antes de su muerte, tuvimos una discusión espantosa —confesó Olivia, pegada al torso de Marc—. La verdad es que fue una estupidez, pero me enfadé tanto que estuve varios días sin hablarle. Y entonces tuvo el infarto. Jamás pude despedirme de él, ni pedirle perdón. Ni decirle que lo quería.

A Marc se le empapó la espalda de sudor y empezaron a temblarle las manos, pero se obligó a dejar a un lado sus remordimientos y a cuidar de ella como se merecía.

—Tu abuelo sabía que lo querías, eso no lo pongas nunca en duda. Aunque hubieses discutido con él el día anterior, incluso un minuto antes de morir, lo sabría. Una vida no consiste sólo en un día, son todos y cada uno de los momentos que pasas con una persona. Y estoy convencido de que tu abuelo y tú pasasteis muchos momentos felices.

—¿Y si en la carta dice que no me perdona, que está muy decepcionado conmigo?

—No dice eso, Olivia. —Le acarició el rostro y se inclinó para darle un beso en los labios—. No dice eso, pero sólo hay un modo de averiguarlo, ¿no crees?

Ella asintió y respiró hondo.

—¿Te importaría abrirla tú? —Le tendió la carta y él la aceptó, honrado.

—Por supuesto que no. Vamos, sentémonos en el sofá.

Olivia entrelazó los dedos con los suyos y lo siguió hasta la salita que precedía la habitación.

Marc rompió el sobre con cuidado pero sin dilación y desdobló el único folio que contenía.

—¿Quieres leerla a solas? —le preguntó, pasándole el papel.

—No. Léela tú, por favor.

Marc asintió y empezó a hacerlo. Era una carta corta, de sólo tres párrafos, pero no hacían falta más:

Mi querida Olivia, el día que supe que estaba enfermo y que me quedaba poca vida, lo primero que pensé fue que no había pasado suficiente tiempo contigo. Y lo segundo, que en el hotel tenía aún muchas cosas que hacer. Y entonces comprendí lo estúpido que había sido; había dedicado más tiempo al negocio que a la parte más importante de mi vida: tú.

No quiero que a ti te pase lo mismo. Quiero que seas feliz, que hagas amigos, que te enamores, que sufras, que te cases, que tengas hijos. Quiero que lo tengas todo y, si sigues encerrada en el hotel, no lo encontrarás jamás. Por eso he escrito ese testamento, para darte la oportunidad que tú siempre te habrías negado. Si el hotel funciona y sigue adelante, es tuyo. Yo siempre he querido que lo sea. Pero si no, déjalo ir. No permitas que se convierta en un lastre y que te arrebate la vida.

Ni te imaginas lo que me arrepiento de no haber hecho más cosas contigo. Deberíamos haber ido a pescar más a menudo. Tendría que haberte llevado a la ópera más veces. Debería haber hecho tantas cosas que ahora ya no podré hacer... Y vendería mi alma al diablo a cambio de poder estar contigo en los grandes momentos de tu vida. Pero no puedo, lo único que puedo hacer es asegurarme de que encuentras esa vida y el único modo de conseguirlo es obligándote a vivirla.

Te quiero, Olivia. Sé feliz.

El abuelo

Olivia lloraba en silencio. Las lágrimas se deslizaban una tras otra por sus mejillas y luego le caían por el cuello y le empapaban la bata. Tenía la respiración entrecortada y los labios entreabiertos y se sujetaba nerviosa las manos para contenerse.

Marc ni siquiera lo dudó; dejó la carta en el sofá y la cogió a ella en brazos. La pegó a su torso y dejó que llorase y derramase las lágrimas que con toda seguridad no había derramado hasta entonces. Le acarició la espalda y le besó la frente y la cabeza, pero no dijo nada.

Ella se abrazó a él con fuerza y poco a poco los sollozos y temblores fueron aminorando. Marc no supo cuánto tiempo pasó allí sentado con Olivia en sus brazos, pero de repente se dio cuenta de que se había quedado dormida y de que a él se le estaban entumeciendo las piernas.

Se levantó del sofá con cuidado de no despertarla y se dirigió a la cama. La tumbó con cuidado y después se estiró a su lado, diciéndose que sólo iba a descansar un poco y que luego la despertaría y la llevaría de vuelta a su dormitorio.

Medio minuto después se quedó dormido, abrazado a ella.

Olivia notó una maravillosa sensación a su espalda y empezó a abrir los ojos muy despacio. Se movió un poco y el brazo que tenía encima del estómago la abrazó con más fuerza. Y entonces bajó la vista. Y vio la mano de Martí encima de la de ella. Sus dedos engullían los suyos y con las yemas le acariciaba suavemente el ombligo por encima del camisón. Suspiró y oyó que él hacía lo mismo. El aliento que salió de sus labios le rozó la nuca y le puso la piel de gallina.

¿Estaba despierto o seguía dormido?

Olivia, que estaba tumbada de costado, separó los dedos y los entrelazó con los de Martí para ver qué hacía. Y él se los apretó. Estaba despierto. Poco a poco, fue pegando la espalda a su torso.

—¿Qué estás haciendo, Oli? —le preguntó él con voz ronca.

—Chist —le pidió ella.

No sabía cómo responderle. Nunca antes había sido tan atrevida.

Marc cerró los ojos y se maldijo por no ser capaz de resistirse a aquella mujer. Inclino la cabeza, le besó la nuca y ella suspiró de nuevo. Le deslizó entonces los labios por el cuello hasta la oreja y le mordió el lóbulo. Olivia se estremeció y se pegó más a su pecho. Marc movió las piernas y colocó una entre las de ella. Sus cuerpos buscaban instintivamente el modo de estar más cerca y él ya no sabía cómo impedirlo. Aun así, volvió a intentarlo.

—¿Qué estamos haciendo, Oli?

Ella le soltó la mano y se apartó un poco y Marc pensó que se iba a marchar de la cama y del dormitorio. Pero en vez de eso se dio media vuelta y se tumbó de cara a él.

—Vivir —le respondió y le dio un beso antes de que pudiese seguir cuestionando sus motivos.

Olivia le sujetó la nuca y le separó los labios con la lengua, lo besó como nunca había besado a nadie, dispuesta, por primera vez en su vida, a arriesgar su corazón. Él le devolvió el beso y notó cómo cerraba los puños en su espalda, como si estuviera intentando

contenerse. No quería que se contuviese. Quería percibir hasta el último detalle de lo que pudiese sentir por ella.

Separó más los labios e intentó fundirse con él. Lo notó temblar y entonces deslizó las manos hacia abajo y le tiró de la camiseta para quitársela. Él la ayudó, sacándose la prenda por la cabeza.

Olivia llevaba sólo el camisón, pues la bata se la había quitado Martí al acostarla, pero no se desnudó. Antes quería desnudarlo a él y comérselo a besos. Por una vez no iba a cuestionarse lo que sentía e iba a seguir a ciegas su instinto y su corazón. El hombre que estaba en la cama con ella se lo merecía.

—Quédate quieto —le dijo.

Marc asintió y tragó saliva. No tenía ninguna arma con la que enfrentarse a ella. Olivia Millán lo había derrotado y conquistado sin proponérselo y sin que él pudiese evitarlo. No se la merecía, pero ya había demostrado que era un egoísta y ahora no podía soportar la idea de no estar con ella, aunque fuese sólo una vez.

Olivia le recorrió el torso con las manos. Deslizó los dedos por cada plano, por todos los músculos. Le colocó las palmas sobre el esternón y miró hipnotizada cómo éste subía y bajaba. Parecía fascinada con su cuerpo y Marc supo que jamás ninguna mujer lo había mirado así y ninguna lo había afectado tanto.

Entonces le pasó los dedos justo por debajo de las axilas y luego se agachó para besar aquella piel tan suave. Se sentó a horcajadas encima de él y Marc cerró los ojos y se obligó a no mover las caderas, temblando a causa del esfuerzo. Olivia se agachó y le dio un sensual beso en los labios, enredando los dedos en su pelo para retenerlo donde estaba, a pesar de que Marc no se habría ido de allí por nada del mundo.

Lo besó hasta que notó que perdía el control de sus emociones y entonces se apartó y le dio un beso en la cicatriz. Él todavía no le había contado cómo se la había hecho, pero Olivia estaba convencida de que se lo explicaría cuando estuviese listo.

Marc la sujetó por las caderas y con los dedos le subió un poco el camisón. Ella no se había desnudado y él iba a dejar que hiciese las cosas a su ritmo. Se había acostado con muchas mujeres, probablemente nunca sería capaz de calcular con cuántas, y seguro que había hecho casi todo lo imaginable; sin embargo, nada lo había afectado tanto ni le había parecido tan erótico como estar allí tumbado a merced de las manos y los labios de Olivia.

A ella nunca la olvidaría, mientras que a las demás ya las había borrado.

Olivia siguió besándole el torso y cuando llegó a la cintura de los pantalones del pijama, colocó los dedos debajo de la goma elástica, se apartó un poco y se los deslizó hacia abajo para quitárselos. Estaba sonrojada y le temblaban las manos, pero nunca se arrepentiría de lo que estaba haciendo. Volvió a sentarse encima de él, pero se incorporó un poco y se despojó del camisón. Y acto seguido, de la ropa interior.

—Maldita sea —masculló Marc—. Eres preciosa.

Olivia sonrió y volvió a agacharse para besarlo. Los besos de Martí eran maravillosos. Besaba como si aquello fuese lo único que le importara. Había muchos hombres que daban besos porque sabían que tenían que darlos, que formaban parte de los preliminares, pero él no. Martí besaba con cuerpo y alma, una expresión que Olivia no había entendido hasta ese momento.

Entreabrió la boca y le mordió el labio inferior y Martí se estremeció. Luego se apartó e hizo lo que él había hecho tantas veces, le besó el cuello y, con la lengua, le resiguió la mandíbula hasta llegar a la oreja y le mordió el lóbulo.

—Maldita sea, cariño —masculló él de nuevo.

Olivia sonrió al verlo tan afectado y siguió torturándolo. Le acarició de nuevo el torso y se movió encima de él para ver hasta dónde podía hacerlo llegar antes de que alguno de los dos perdiese el control. Le había colocado las manos a ambos lados del cuerpo y, aunque no se lo había dicho, él la había entendido y no las había movido. Pero ahora Olivia las echaba de menos, así que se acercó y le susurró al oído:

—Tócame.

Marc pensó que alcanzaría el orgasmo sólo con escuchar esa palabra. Levantó las manos y las colocó en la cintura de Olivia. Los dos estaban completamente desnudos y cuando la miró vio cómo el rubor se extendía por su cuerpo. Separó los dedos de las manos y deseó poder retenerla allí con él para siempre. Deslizó una mano hacia el vientre de ella y la dejó allí. Estaba sentada encima de él y Marc podía notar el calor que desprendían sus cuerpos. La otra mano la dirigió hacia sus pechos, que le acarició despacio, primero uno y luego otro.

Olivia cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Marc nunca había visto a una mujer tan hermosa.

Mientras le acariciaba los pechos, iba moviendo levemente las caderas, y ella hacía lo mismo.

—Tengo... —estaba tan excitado que le costaba hablar.

—Chist... —Olivia volvió a agacharse para darle otro de sus besos y para pegar sus pechos contra su torso.

—Yo... —Si no entraba dentro de ella en los próximos dos segundos, quedaría en ridículo.

—Lo sé —dijo Olivia y con una mano buscó su erección y lo guió hacia su sexo.

Bajó despacio, dando tiempo para que su cuerpo se acostumbrase a aquella maravillosa sensación.

—No te muevas. —Marc la sujetó por las caderas y apretó los dientes con tanta fuerza que la cicatriz se le puso completamente blanca.

Ella le acarició el rostro con una mano y se inclinó para besarlo.

Él soltó el aire entre los dientes. Su movimiento lo había hundido más en su interior y, si no se calmaba, no duraría ni medio segundo.

—No te muevas —repitió.

Olivia lo besó y buscó hacerle perder el control. Nunca había estado tan excitada y nunca se había imaginado comportándose así. Pero con Martí se sentía a salvo, a él podía abrirle su corazón.

—Bésame, Martí —le pidió, pegada a sus labios al ver que se resistía.

—Vas a volverme loco... Maldita sea —volvió a decir.

Y entonces se dio por vencido y la besó como llevaba minutos deseando hacerlo. Sin dejar de besarla, la sujetó por la cintura y levantó las caderas para entrar completamente en su interior. Los dos se movieron frenéticos, ansiosos por darle placer al otro y por perderse en él, pero al mismo tiempo deseando que aquel momento no terminase nunca.

Hicieron el amor sin dejar de besarse ni un momento, Olivia pegada a él y Marc negándose a apartarse de ella lo más mínimo. Notó que se excitaba cada vez más y más y cómo Olivia quemaba y lo devoraba como nunca había creído posible. Apartó las manos de su cintura y la abrazó. Ella arqueó la espalda y Marc movió más rápido las caderas.

Dejó de besarla porque necesitaba gritar, gemir, encontrar una vía de escape para tanto deseo. Estaba sudado, el corazón parecía que iba a salirse del pecho y no podía seguir conteniendo aquel clímax que amenazaba con ser demoledor. Pero antes necesitaba

asegurarse de que ella enloquecía tanto como él.

—Oli... —dijo y le recorrió la clavícula con la lengua—. Oli... —Se la mordió y la notó estremecerse...— Nunca... —Era incapaz de hablar y ella seguía pareciendo tener el control—. Nunca... es la primera vez que... Maldita sea. —Apretó los dientes y dejó de intentarlo.

—Lo sé, Martí —dijo ella mirándolo a los ojos.

Y entonces Marc vio la vulnerabilidad y los sueños que brillaban en los de ella y le entregó definitivamente su corazón.

Alcanzó el orgasmo. Gritó y ella lo besó y lo siguió. Nunca ninguno de los dos había sido tan feliz.

MARC y Olivia se quedaron dormidos, desnudos y abrazados. Afortunadamente, ese domingo los dos habían dicho que no estarían disponibles y pudieron dormir sin interrupciones. Horas más tarde, se despertaron y volvieron a hacer el amor, esta vez más despacio, dándose besos eternos que no parecían tener ninguna prisa por terminar, tocándose bajo la sábana de lino y susurrándose palabras llenas de cariño que de momento no se atrevían a decir en voz alta.

Esa vez empezó él. Los dos estaban tumbados de lado, Marc detrás de ella y fue así como hicieron el amor. La diferencia de alturas hacía que él la envolviese por completo, lo que lo hizo sentirse con derecho a poseerla.

Él nunca había sentido esos impulsos neandertales por nadie, pero con Olivia los tenía a flor de piel. Lo que sentía iba más allá del deseo. No sólo quería hacerle el amor, quería tenerla, meterse tan dentro de ella que cuando descubriese la verdad fuese incapaz de echarlo de su lado.

Marc había reconstruido su vida una vez, al menos el caparazón, y en su momento lo había considerado una heroicidad. Ahora sabía que si perdía a Olivia más le valía estar muerto. Ningún hospital ni infinitos litros de alcohol podrían ayudarlo.

Y como no podía decirle nada de todo eso, la besó e intentó perderse en su sabor y en su olor. Si podía convertirla en adicta a él, tanto como él lo era ya de ella, quizá tuviese una posibilidad.

—Por favor —susurró en voz baja mientras le hacía el amor—. Por favor.

Olivia no entendió bien qué decía, pero sí notó la desesperación que desprendían sus palabras y echó la cabeza hacia atrás para poder besarlo. Las caricias de Martí la habían desarmado por completo. Sabía exactamente cómo tocarla, era dulce y tierno, pero al mismo tiempo sensual y carnal. Sus cuerpos se compenetraban a la perfección, reaccionaban el uno al del otro sólo con estar cerca, y sus almas... ella ya había entregado la suya y confiaba en que Martí sabría cuidarla.

Al terminar volvieron a dormirse. Y cuando se despertaron, estaban de nuevo abrazados.

—Hola —dijo Olivia con voz ronca al ver que la estaba mirando.

—Hola. —Marc le sonrió.

—Creo que voy a quedarme todo el día en la cama —comentó ella, pero en ese preciso instante le rugió el estómago.

—Me temo que a tu estómago no le ha gustado la idea —repuso él—. Si quieres, podemos ir a pasar lo que queda del día en la playa y comemos algo allí.

—Por supuesto que me apunto, es una idea maravillosa. —Se abrazó a él, hundió la nariz en el vello de su torso y respiró hondo—. Dentro de un momento me levanto.

—Por mí no tengas prisa —dijo Marc, abrazándola también—. Oye, Oli...

—Carraspeó nervioso.

—¿Sí?

—Ayer, yo... esta mañana... No he usado condón —soltó al fin.

Ella se apartó un poco y lo miró a los ojos.

—Tomo la pastilla —respondió.

—Ya me lo he imaginado, pero yo... —Volvió a carraspear—. Quería que supieras

que...

—Termina de una vez, Martí. ¿Tengo que estar preocupada? —le preguntó, levantando las cejas al ver que él apretaba nervioso la sábana entre los dedos sin atreverse a concluir la frase.

—No, por supuesto que no —afirmó rotundo, mirándola a los ojos—. Yo sólo quería que supieras que es la primera vez. Siempre voy con mucho cuidado.

—Y yo. También es mi primera vez.

—¿Ni con Nicolás? —le preguntó, sintiendo una opresión en el pecho.

—Ni con él. Nunca confié en Nicolás como confío en ti —confesó Olivia antes de darle un beso.

Después de la noche anterior, ella quizá habría podido mantener un poco las distancias, pero tras hacer el amor esa mañana le estaba resultando imposible. Así que dejó de intentarlo y decidió ser sincera con él respecto a lo que estaba sintiendo.

Al ver cómo lo miraba, cómo lo besaba, Marc se sintió como el peor de los canallas, pero se juró que encontraría el modo de contarle la verdad antes de que fuese demasiado tarde.

«Ya lo es», le dijo una voz en su mente que él intentó negar.

No lo era. Cuando su relación fuese un poco más sólida, le explicaría lo que le había pasado a Álex y seguro que ella terminaría por entenderlo.

Después de ducharse y vestirse con ropa cómoda, Marc y Olivia fueron a la playa tal como habían decidido. Se llevaron a *Tosca* con ellos y Marc pensó que no recordaba la última vez que había sido tan feliz. A partir de ese día, pasaron todas las noches juntos, haciendo el amor y contándose cosas. Él no le mentía en nada, «excepto en tu nombre y en quién eres», y siempre encontraba un motivo para retrasar su confesión un día más.

En cuanto al Hotel California, iba viento en popa. Las reservas no dejaban de llegar. El hotel había aparecido en el suplemento dominical de un periódico y en dos programas de televisión y los habían nominado a varios premios en distintas páginas web de hoteles con encanto o de hoteles románticos y de fin de semana.

A ese ritmo, pronto podrían tenerlo abierto todo el año y liquidar algunas de las deudas que tenían con los bancos. Y quizá incluso pudiesen pensar en comprar aquel restaurante de la playa y abrir allí otro más sofisticado para sus clientes, o incluso comprar otra masía, restaurarla y abrir otro hotel.

Olivia no recordaba haber vivido una etapa tan emocionante. Cada día sucedían cosas nuevas y todos en el hotel disfrutaban de ellas. Lo único que enturbiaba esa alegría era que Eusebio no estuviese allí. Le habría gustado ver lo lejos que podían llegar su nieta y su negocio. Y lo felices que eran todos.

Por su parte, Isabel Millán, aunque después de la escena en casa de Tomás nadie había vuelto a verla, no mentía cuando dijo que no se daría por vencida. Se había retirado a

su guarida, un lujoso piso de Barcelona, para recuperarse y buscar la munición necesaria para volver a atacar.

Contrató a un abogado para que repasase de nuevo el testamento de su padre en busca de alguna causa legal para impugnarlo, total o parcialmente. El abogado, tal como ella se temía, no encontró nada, así que la diva decidió recurrir a otras tácticas y contrató a un detective privado sin demasiados escrúpulos.

El hombre se pasó semanas sin averiguar nada útil, pero una tarde apareció en casa de Isabel diciéndole que tenía una gran noticia. Ella lo recibió sin demasiadas expectativas, pero cuando el detective empezó a hablar, sonrió de oreja a oreja y le brillaron los ojos de felicidad: había hallado el modo de quedarse con el Hotel California.

Era una cálida mañana de martes, y Marc y Olivia se despertaron e hicieron el amor. Él parecía incapaz de dejar de besarla y ella jamás rechazaría uno de sus besos.

Olivia nunca había vivido con nadie. A pesar de que había estado casi comprometida con Nicolás Nájera, no habían compartido piso ni dormido juntos más de dos noches seguidas (algo que sólo pasó en la única ocasión en que fueron de fin de semana a París). Sabía que Martí tampoco había vivido con nadie y, aunque él no se lo había dicho, intuía que, hasta entonces, había sido un hombre de líos de una noche.

A veces, cuando estaban acostados en la cama, o medio dormidos en la playa, tenía la sensación de que la miraba como si quisiera contarle algo muy importante, pero siempre que se lo preguntaba, le decía que era preciosa o que quería darle un beso y nunca llegaba a abrirle su corazón.

A Olivia eso le dolía un poco; tenía la sensación de que él lo sabía todo de ella, mientras que ella apenas había conseguido conocer cuatro detalles de él. La cicatriz de la mejilla en concreto empezaba a obsesionarla; siempre que se la tocaba, Martí cerraba los ojos y apretaba los dientes. Y si se la besaba, se le aceleraba el corazón y ella notaba que hacía esfuerzos para no apartarla.

En un par de ocasiones, Olivia lo había encontrado pensativo, tocándose la dichosa cicatriz y luego soltaba una maldición y estaba distante durante un rato.

Pero esa mañana no era uno de esos días; brillaba el sol y Martí la había besado de los pies a la cabeza y le había dicho que lo volvía loco y que no se imaginaba estar sin ella.

No era una declaración de amor, pero por el momento, Olivia iba a conformarse con eso.

Fueron a la cafetería a desayunar. Pedro les contó la última peripecia de su hija y los tres se rieron. Tomaron dos cafés y Olivia le dijo a Martí que tenía entradas para *Turandot*. En verano, siempre organizaban conciertos y representaciones en un castillo restaurado de la zona y las había comprado días atrás. Ya no podía contener las ganas que tenía de contárselo, así que se lo dijo allí mismo, sentados a su mesa de la cafetería, con sus cafés y sus ensaimadas y con las notas de una ópera sonando de fondo.

Él le sonrió, e iba a darle un beso cuando, en ese momento, un par de clientes se acercaron para despedirse y felicitarlos a los dos por «el hotel tan bonito que tenían».

Marc se conformó con entrelazar los dedos con los de Olivia y dar las gracias al matrimonio que había ido allí a pasar su séptimo aniversario de boda por sus felicitaciones y por haber elegido el Hotel California para la ocasión.

De nuevo solos, terminaron de desayunar y luego se dirigieron hacia las oficinas,

detrás de recepción. Justo unos metros antes de llegar, Olivia se detuvo y lo miró.

—¿Qué? —le preguntó Marc con una sonrisa ladeada.

En mañanas como ésa casi se olvidaba de que era el mentiroso más grande del planeta.

—Tienes azúcar en la cara —le dijo y se lo quitó con dos dedos.

—¿Y no me lo has dicho hasta ahora? —Marc se hizo el ofendido.

—Quería quitártelo a besos cuando estuviésemos solos, pero al final me he apiadado de ti y te he avisado —se justificó Olivia—. Roberto se reiría de ti durante semanas si te ve llegar con un bigote de azúcar de ensaimada.

Marc la rodeó por la cintura y la acercó a él.

—No es que me queje, la verdad es que Roberto se habría reído de mí durante meses, pero ¿por qué querías esperar a que estuviésemos solos para besarme?

Ella se sonrojó y se encogió de hombros.

—No sabía cómo te lo tomarías. Hasta ahora, hemos sido muy discret...

Él la levantó del suelo y le dio un beso de película allí en medio de todo el mundo. No fue un beso discreto como los que hasta entonces se habían dado delante de los demás, sino uno de esos besos que dejan claro que si estuvieran a solas empezarían a desnudarse y a hacer el amor.

No dejó de besarla hasta que pensó que el mensaje había quedado claro y entonces se apartó y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y apoyó las manos en su torso. Marc se sentía... ¿feliz? Hacía tanto tiempo que no lo embargaba ese sentimiento que le costó reconocerlo. Entonces Olivia le sonrió y le dijo:

—Eres imposible, pero te quiero de todos modos.

Él se quedó helado. Creía que tendría más tiempo. Sabía que se estaba enamorando de Olivia y, en su recién redescubierto corazón, soñaba con que ella pudiese sentir lo mismo, pero no quería que se lo dijese antes de que le hubiese contado la verdad.

—¿Me quieres? —preguntó emocionado y asustado al mismo tiempo.

Quizá la había oído mal, o tal vez había sido sólo un modo de hablar.

—Sí, te quiero —contestó sincera, arriesgándose como nunca en su vida—. Te quiero. Ya sé que soy la primera en decirlo. —«Y la única que lo siente, al parecer», pensó al verle la cara—, pero eso es lo que siento.

—Yo también te quiero —confesó él—. Te quiero como nunca había creído que pudiese querer a nadie.

Olivia levantó una mano y le acarició la mejilla y entonces se puso de puntillas para volver a rodearle el cuello con los brazos y darle otro beso. Martí la besó igual que hacía siempre, poniendo el alma, pero cuando se separaron, seguía teniendo la misma mirada de antes. Una mirada casi asustada.

—No soy ninguna experta —dijo ella—, pero se supone que cuando la persona a la que amas te dice que siente lo mismo por ti, te pones contento y sonríes como un bobo. En cambio a ti parece que acaben de darte la peor noticia del mundo.

Marc tragó saliva. Entonces o nunca. Tenía que decírselo. Era su última oportunidad.

—No es eso. —Tomó aire y la miró a los ojos—. Tengo que decirte algo, cariño.

—Eh, tranquilo —dijo ella, colocándole de nuevo las manos en el torso. El corazón le latía tan fuerte que podía sentirlo bajo la palma de la mano—. Puedes contarme lo que quieras, Martí.

—Vaya, vaya, lamento interrumpir —dijo Isabel Millán, apareciendo justo entonces

en el vestíbulo del hotel.

Iba impecablemente vestida, con un traje chaqueta beige claro y un espectacular collar de oro, regalo de algún amante adinerado. A diferencia de la noche en que irrumpió en casa de Tomás, esa mañana no estaba ebria. De hecho, estaba increíblemente sobria y el modo en que los miró a ambos y sonrió a su hija le heló a Marc la sangre.

Olivia retiró las manos del torso de él y se dio media vuelta para enfrentarse a su madre. Marc le colocó una mano en el hombro para mostrarle su apoyo y, con la mirada, le dejó claro a Isabel que, si volvía a hacerle daño a su hija, esa vez no iba a quedarse callado.

—¿Qué estás haciendo aquí, mamá?

—Oh, nada, pasaba por aquí y he pensado entrar a saludar —contestó acercándose más a ellos—. Vengo de la notaría.

—No me digas que le has hecho perder el tiempo a Enrique. Ya sabes que el testamento del abuelo es correcto. Tú misma dijiste que no habías encontrado ningún motivo para impugnarlo.

—Sí, así es. El abuelo hizo bien las cosas. Cuando quería, mi padre era muy concienzudo. —Ahora estaba ya delante de Olivia, plantada igual que un militar que sabe que está a punto de ganar la batalla y humillar a su enemigo—. Me llamó un par de semanas antes de morir. —Vio que su hija abría los ojos y añadió—: ¿No te lo había contado? Creía que entre el abuelo y tú no había secretos —añadió cruelmente.

Marc notó que Olivia se tensaba y estuvo tentado de echar a Isabel de allí. Pero estaban a escasos metros de la recepción, con varios huéspedes cerca de ellos. No quería montar un espectáculo y tenía el presentimiento de que Isabel Millán no se iría por las buenas. Mejor sería dejar que se desahogase y convencerla para que se fuese por propia voluntad.

—En fin —prosiguió Isabel—, me llamó para pedirme, otra vez —puso cara de aburrimiento—, que viniese a veros. Quería que hiciéramos las paces. Le dije que no tenía tiempo, pero entonces él insistió en que tenía que contarme algo muy importante acerca del hotel. Por un instante, pensé que por fin había entrado en razón y que iba a venderlo, pero no. Me explicó que iba a hacer testamento, en el que te dejaría a ti el negocio, y que quería asegurarse de que, llegado el momento, yo no pondría pegas. Al principio no me gustó la idea —eso era un eufemismo y tanto Isabel como Olivia lo sabían—, pero cuando me contó lo de la cláusula, accedí. Era imposible que tú sola sacases el hotel adelante en un año. Estaba convencida de que no lo conseguirías.

—Vaya, gracias, mamá. —En su mente, Olivia se repitió que la opinión de aquella mujer no le importaba.

—No te lo tomes a mal, sólo estoy siendo sincera, hija. Por lo que he oído, se te da muy bien tratar con el personal y con los clientes, pero hasta ahora nunca te habías ocupado de las cuentas. Imagínate mi sorpresa cuando, días después de la lectura del testamento, me enteré de que mi queridísimo padre se había asegurado de ponerte un socio con los contactos y los conocimientos de los que tú careces.

—El abuelo sólo quería cuidar de mí —dijo Olivia levantando una mano para entrelazar los dedos con la que Martí tenía encima de su hombro—. Y por eso eligió a Álex. Ya lo conocía y sabía que es un hombre honesto, además de muy bueno en su trabajo.

A Marc se le revolvió las tripas al escuchar sus elogios y cuando Isabel sonrió igual que Marlon Brando en *El padrino*, se le paró el corazón.

—Sí —convino la mujer—. Álex Martí tiene una reputación excelente. Ha trabajado en el sector hotelero desde que terminó la carrera y es uno de los mejores

ejecutivos de la multinacional Hoteles Vanity.

—¿Le has investigado? —preguntó Olivia indignada.

—Por supuesto que sí. No iba a dejar que cualquiera metiese las narices en el negocio del abuelo. ¿Tú no has hecho lo mismo?

Marc notó que Olivia se tensaba todavía más mientras Isabel levantaba la mano derecha y jugaba con el collar de oro.

—¿Has oído hablar de la falsedad documental? —preguntó entonces su madre haciéndose la inocente—. Yo tampoco hasta hace unos días. No te aburriré con los detalles e iré directamente a la parte interesante. Al parecer, no puedes mentir en un documento oficial. Si lo haces, ese documento puede ser considerado nulo, inválido. Ilegal.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? Yo nunca le he mentado a Enrique y Álex, tampoco. Y Tomás no le ha mentado a nadie en toda su vida.

—Sí, Tomás es incapaz de mentir —convino Isabel, acariciando todavía el collar—. Y tú, lamentablemente, también. Pero me temo que del señor Álex Martí no se puede decir lo mismo.

—Espere un momento, señora Millán, no siga —le pidió Marc mirándola a los ojos; aunque el brillo que vio en ellos le indicó que la súplica había sido en vano.

—No, no digas nada —dijo Olivia, apretándole la mano—. Álex no le mintió a Enrique —afirmó sin dudarle ni un segundo y plantándole cara a su madre.

—Bueno, supongo que eso es cierto. Al fin y al cabo, Álex Martí ni siquiera estuvo en la notaría el día que leísteis el testamento. Estaba en San Francisco.

—Pues claro que estaba en la notaría —replicó Olivia, convencida de que su madre se había vuelto loca—. Estaba sentado a mi lado.

—Señora Millán... —Marc volvió a intentar en vano detener la conversación.

—No, querida. Te equivocas. El hombre que estaba sentado a tu lado, el mismo que ahora tienes detrás dispuesto a saltarme a la yugular, no es Álex Martí.

—¿Acaso te has vuelto loca, mamá? Pues claro que lo es.

—No lo es. Y mintió cuando aceptó la herencia. Voy a demostrarlo y entonces impugnaré el testamento y me quedaré con este maldito hotel. Ya tengo compradores.

A Olivia se le heló la sangre y se asustó al sentir que tenía ganas de sujetar a su madre por los hombros y zarandearla. Tomó aire y respiró hondo antes de dar media vuelta y mirar a Martí a los ojos.

—Vamos, Álex —de hecho le resultaba raro llamarlo así—, demuéstrole a mi madre que eres tú para que se vaya de aquí de una vez.

—Oh, sí, vamos, Álex, demuéstremelo.

MARC desvió la mirada de los desalmados ojos de Isabel a los de Olivia, llenos de esperanza y confianza. Estaba enfadada con su madre, pero a él lo miraba con el amor que antes le había dicho que sentía. La contempló durante un instante, esforzándose por retener aquella imagen que sabía que, en cuestión de segundos, quedaría fuera de su alcance. Algo debió de ver ella en sus ojos, porque le puso las manos en el pecho y al hablar le tembló un poco la voz.

—¿Álex?

Marc levantó las manos y las colocó sobre las suyas.

—Lo que dice tu madre es verdad, Olivia —dijo, sin apartar la vista.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Álex es mi hermano gemelo. Yo soy Marc.

—No —balbuceó ella—. No puede ser...

—Escúchame —le pidió él en voz baja—, el testamento sigue siendo válido, tu madre está dando palos de ciego.

—No eres Álex —repitió.

—No.

—Me has engañado —susurró con la voz rota.

—Sí —reconoció Marc entre dientes.

Olivia apartó las manos como si no pudiese soportar tocarlo y lo abofeteó.

El modo en que ella lo había mirado al apartarse le hizo tanto daño a Marc que apenas notó la bofetada. Y eso que el golpe fue más que considerable.

—Vete de aquí —le ordenó Olivia cuando él la miró de nuevo.

—Tu madre... —intentó decir Marc mientras se frotaba la mejilla.

—Yo me encargaré de mi madre. Lárgate de aquí ahora mismo.

«Vete de aquí antes de que me eche a llorar y me humille delante de mi madre. Por favor.»

Marc vio el dolor que llenaba sus ojos y asintió. Se apartó de ella y se dirigió a Isabel.

—No sé qué cree saber, señora Millán, pero el testamento es válido y perfectamente legal. A estas alturas, ya no puede hacer nada para impugnarlo —concluyó con firmeza.

—Eso ya lo veremos. —La mujer le sostuvo la mirada.

—Como vuelva a hacerle daño a Olivia, yo...

—Oh, no te preocupes —repuso Isabel entrecerrando los ojos—, el daño se lo has hecho todo tú. Yo sólo voy a quedarme unos segundos más para regodearme. Esta niña lleva toda la vida diciéndome que no sé elegir a los hombres, ya va siendo hora de que vea que no soy la única de la familia.

—Es usted despreciable —sentenció Marc.

—Quizá, pero mi hija sabe perfectamente quién soy. Me temo que de ti no puede decir lo mismo.

Marc apretó los dientes y se fue de allí antes de cometer una estupidez, como por ejemplo coger a Isabel Millán por el cuello, y que Olivia tuviese que pagar las consecuencias. Seguro que si le ponía un dedo encima, la mujer lo denunciaría a la policía y el nombre del hotel y de su propietaria saldrían perjudicados.

Se obligó a apartarse, fue hasta el ascensor y subió directo a la habitación que llevaba semanas compartiendo con Olivia. La habitación que había llegado a considerar su hogar. Cerró los ojos al oír que la puerta se cerraba a su espalda, abrió y cerró los puños varias veces para contener las ganas de gritar o de romper algo, y buscó su maleta.

Olivia esperó a que Martí... Álex... Marc... él... entrase en el ascensor y se cerrasen las puertas. Entonces, con una fuerza que no sabía de dónde había salido, «probablemente del corazón que acaba de rompésete», le plantó cara a su madre.

—Hasta hace unos segundos creía que en alguna parte de ti existía algo de bondad. Estaba convencida de que algún día recapacitarías y podríamos ser amigas. Incluso después de todo lo que me has hecho, de verdad creía que algún día las cosas cambiarían. Ahora sé que no.

—Oh, vamos, Olivia, ese hombre te ha utilizado. Deberías estarme agradecida.

—Si de verdad te preocupases por mí, me habrías contado tus sospechas en privado. Y no habrías disfrutado tanto humillándome. Soy tu hija, mamá. Se supone que deberías querer lo mejor para mí.

—Esa frase es una idiotez. Todo el mundo quiere lo mejor para sí mismo, sólo que yo soy lo suficientemente sincera como para reconocerlo. El día que fui a casa de Tomás te sugerí que fuéramos socias y tú me rechazaste. Me humillaste delante de todos. Ahora me toca a mí. Quiero este hotel, Olivia. Ya casi no me contrata nadie y los hombres cada vez se las buscan más jóvenes. Podemos venderlo ahora e ir a medias.

—Vete de aquí.

—Es tu última oportunidad. Mis abogados encontrarán el modo de demostrar que Álex Martí no aceptó los términos de la herencia e impugnaré el testamento. Tengo una oferta encima de la mesa, Olivia. Podemos firmar la semana que viene y repartirnos el dinero. Sólo tú y yo.

—Vete de aquí —repitió ella—. El Hotel California nunca será tuyo. Nunca.

Isabel se enfrentó a la mirada de su hija y la determinación que vio en sus ojos la hizo reconsiderar su postura.

—Está bien, me iré —aceptó—. Pero volveremos a vernos.

—De eso, *mamá*, no tengo ninguna duda. Pero asegúrate de que la próxima vez sea en un tribunal, porque, a no ser que lo ordene un juez, tú jamás volverás a poner un pie en este hotel.

Olivia dejó a su madre plantada en el vestíbulo y se fue directa al dormitorio. Estaba como poseída. Una parte de ella quería encerrarse en el despacho, echarse a llorar desconsolada y no salir hasta que él se hubiese ido para siempre. Pero otra parte necesitaba preguntarle por qué lo había hecho. ¿Cómo había sido capaz de fingir que era otro hombre durante tanto tiempo? ¿Por qué no le había contado antes la verdad?

Ninguna de las respuestas que pudiese darle iban a conseguir que lo perdonase. A Olivia la habían defraudado demasiadas veces como para que pudiese superar algo así.

Y quizá por eso fue en busca de Martí, porque necesitaba echarlo de su vida para siempre. Quizá cuando él ya no estuviese, ni en el hotel ni en su vida, podría empezar a olvidarlo.

El corazón ya lo tenía roto, ahora iba a perder también el alma. Pero aunque le costase media vida, saldría adelante. El trayecto en el ascensor fue demasiado breve y el pasillo nunca le había parecido tan corto.

Aunque era consciente de que era mejor saber la verdad, una parte de ella se empeñaba en retrasarlo lo máximo posible. Quizá así nunca llegaría a suceder. Quizá

incluso pudiese fingir que todo seguía igual.

Pero no, el pasillo se terminó y se encontró frente a la puerta del dormitorio en el que se había enamorado de Martí. Él aún no se había ido; Olivia lo sabía con absoluta certeza por el modo en que todavía le latía el corazón.

—Quiero que te vayas —le dijo, nada más entrar.

Se quedó frente a la puerta y cerró los ojos un instante para respirar. Cuando los abrió, vio que él estaba sentado en la cama, con las piernas separadas y los antebrazos apoyados en los muslos. Y junto a su pierna derecha, en el suelo, había una maleta.

—He llamado a Álex —dijo Marc sin levantarse, dispuesto a esperar a que ella se le acercase—. Volvió a España hace unas semanas —explicó—. Después he llamado a Enrique y le he contado lo que ha pasado. Ya lo sabía. Como ha dicho tu madre, se ha pasado por la notaría antes de venir aquí. Enrique me ha revelado que hay un modo de arreglar todo esto, que es algo inusual y que implicaría una mentira por su parte, pero por tu abuelo y por ti está dispuesto a hacerlo. Necesita preparar unos documentos que justifiquen que yo firmé en nombre de Álex, no haciéndome pasar por él; luego tenemos que firmarlos mi hermano y yo y, por último, tú. —Se puso en pie al comprobar que ella seguía inmóvil—. Enrique me ha dejado claro lo que opina de mí y me ha ordenado que pase por la notaría cuanto antes. Álex está de camino. Tiene tantas ganas como yo de solucionar esto. Iré a la notaría antes de irme.

—De acuerdo.

—Antes me has dicho que me querías —le dijo Marc, deteniéndose frente a ella.

Le temblaba la mejilla de la cicatriz igual que el día en que la conoció. Acababa de darse cuenta de que gracias a Olivia había dejado de pensar en esa marca. Y en el accidente. Y en que era un hombre que no merecía seguir vivo.

Ella nunca le había dado importancia, nunca le había preguntando cómo se la había hecho.

—Antes no sabía quién eras —dijo Olivia apretando los puños con fuerza.

—Sabes quién soy. —Marc tragó saliva varias veces para poder continuar—. No sabías mi nombre, y reconozco que hay muchas cosas de mí que no sabes, pero sabes quién soy.

—No, no lo sé. Me has mentido desde el día en que nos conocimos. Me has mentido en todo. —Desvió la vista hacia la cama y se le encogió el estómago. ¿Dónde empezaban y terminaban las mentiras?

—No te he mentido en nada importante.

—¿En nada importante?! ¡Hasta hace cinco minutos ni siquiera sabía tu nombre!

—¿Y qué importancia tiene cómo me llame, Olivia? Tú nunca me has llamado Álex, para ti siempre he sido Martí.

—Pero Martí no existe, ¿no? Y no puedo creerme que utilices eso para quitarte las culpas de encima.

—No pretendo quitarme ninguna culpa de encima. Sé muy bien lo que es sentirse culpable. Créeme. Sí, el día que fui a la notaría me hice pasar por mi hermano Álex. Y estaré encantado de contarte por fin por qué. Y sí, tienes razón, después no te dije que yo no era Álex, y no sabes las veces que deseé hacerlo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Ver su mirada desgarrada hizo que el dolor que Olivia había sentido se transformase en rabia. Él no tenía derecho a sentirse herido. A él no lo habían engañado. No lo habían utilizado.

—Mi hermano no podía asistir a la lectura del testamento...

—Eso me da igual —lo interrumpió ella—. No soy tan estúpida como debéis de creer los dos —añadió, sin ocultar lo dolida que estaba—. Puedo deducir yo sola que te pidió que lo sustituyeras porque él no podía venir. Debe de ser muy práctico eso de tener un doble. Lo que te he preguntado es por qué después —se le quebró la voz y se le hizo un nudo en la garganta, pero no derramó ni una lágrima—, por qué no me contaste la verdad después. —No terminó la frase por qué no sabía cómo.

«¿Después de permitir que me enamorase de ti? ¿Después de que empezáramos a acostarnos?»

—¿¡Por qué!? —le gritó.

A Marc le dolía en el alma no poder abrazarla. Hacía semanas que sabía que se había enamorado de Olivia, pero al oír esa pregunta de sus labios, supo por qué él, en su mente, nunca se había atrevido a responderla.

—¡Porque te amo! —confesó, él también furioso—. Y sabía que si te contaba la verdad, me mirarías de otro modo. Tenía miedo de no poder soportarlo —añadió, ya a media voz.

Fue como si después de afirmar que la amaba, y no escuchar nada a cambio, hubiese perdido las fuerzas que le quedaban.

—Tenías que saber que tarde o temprano me acabaría enterando —señaló ella, abatida—. ¿Me habrías ocultado toda la vida tu verdadero nombre? ¿O un buen día habrías desaparecido del hotel, de mi vida, sin despedirme?

—No, nunca me habría ido sin decirte nada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cuándo pretendías contarme la verdad? ¿!Cuándo!?

—¡No lo sé, Olivia! No lo sé.

—Si me lo hubieras dicho al principio, probablemente lo habría entendido. Tú mismo has visto que soy muy fácil de convencer —añadió, burlándose de sí misma.

Dios, qué estúpida había sido.

—Tú no lo entiendes. Antes de venir aquí, mi vida tocó fondo. Y cuando te conocí y vine al hotel, sentí, por primera vez en mucho tiempo, que podía respirar. Pensé que podía empezar de nuevo y que, si te ayudaba, quizá me merecería esa segunda oportunidad. Y luego, cuando tú empezaste a llamarme Martí, empecé a enamorarme de ti. Pensaba que si tú me querías un poco, aunque sólo fuese una pequeñísima parte de lo que yo te quiero, quizá no me odiarías cuando te contara la verdad.

—¿Qué verdad, Martí? En todo este tiempo nunca me has contado nada. Ahora me doy cuenta de que, mientras yo te abría mi corazón y te hablaba de mi madre, o de mi abuelo, o incluso de lo humillante que fue mi noviazgo con Nicolás, tú nunca me explicabas nada.

—Hace seis años maté a dos personas —contestó él con tanta firmeza como le fue posible, y al terminar de decirlo contuvo las ganas de vomitar.

—¿Qué has dicho? —Olivia no podía creer lo que acababa de oír.

Marc se apartó un poco de ella y en un gesto casi inconsciente se frotó la cicatriz. Olivia supo entonces que aquella marca estaba estrechamente relacionada con la afirmación que había salido de sus labios y esperó a que continuase.

—Álex y yo somos gemelos idénticos. No sólo somos físicamente iguales, sino que, además, solemos vestir de un modo parecido y nos movemos igual, por lo que muy poca gente es capaz de distinguirnos. Mi madre y mis hermanas y Guillermo también. A mi padre creo que podríamos engañarlo. Otra persona que podía hacerlo era mi amigo Daniel.

Marc respiró hondo y fue hasta la cama, donde volvió a sentarse.

—Conocí a Daniel —prosiguió— el día que me matriculé en Económicas junto con Álex. A los dieciocho, yo no tenía la vocación muy clara, así que decidí que hacer Económicas podía ser un buen plan. Daniel estaba detrás de mí en la cola y como ninguno de los dos conocía a nadie nos pusimos a hablar. Esa misma tarde quedé con él en la cafetería para presentarle a Álex. Mi hermano llegó antes que yo y Daniel se le acercó y le preguntó por mí, diciéndole que nos parecíamos un poco.

Marc sonrió con tristeza al recordar la anécdota. Ahora que había empezado a hablar de Daniel, algo que no hacía nunca bajo ningún concepto, no podía parar.

—A lo largo de la carrera, Álex y yo intentamos engañarlo unas cuantas veces y nunca lo conseguimos. Daniel era mi mejor amigo; fue una de las personas que más me animó a estudiar Veterinaria al terminar Económicas.

—¿Eres veterinario? Claro, ahora entiendo lo de *Tosca* —añadió, tras verlo asentir—. Dios mío, no sé nada de ti.

—Sabes lo mejor de mí —dijo él en voz baja—. Ahora, sencillamente te estoy contando lo peor. —Agachó la cabeza, apretó los dientes unos segundos y luego volvió a levantar la vista y retomó el relato—: Daniel era una de las personas más generosas que he conocido nunca, y yo me aprovechaba de él —reconoció avergonzado—. En esa época, Álex estaba saliendo con una chica y sus notas en la facultad eran inmejorables; en cambio yo sólo quería salir, salir y salir. Creo que estaba empeñado en demostrar que era completamente opuesto a mi hermano gemelo. No lo sé. O tal vez estaba pasando por una etapa de estupidez crónica. Lo desconozco y te juro que me he pasado horas despierto intentando encontrar una explicación. La cuestión es que no importaba lo descabellado que fuese el plan que se me ocurriese, Daniel siempre me seguía. Lo único que tenía que hacer yo era pedírselo y él me acompañaba. Y cuando empezó a salir con Mónica, su novia, también la convencía a ella. Si yo quería ir a hacer parapente, Daniel se encargaba de convencer a Mónica y de inscribirnos a los tres.

La angustia que él estaba sintiendo se abrió paso entre las capas de dolor y confusión de Olivia, que se acercó a la cama y se sentó a su lado sin decir nada.

—Hace algo más de seis años, Daniel, Mónica y yo fuimos a una fiesta en mi coche, un pequeño Ford Fiesta que me había comprado de tercera mano. Se suponía que esa noche yo no iba a beber, pero bebí. Y mucho. A las cinco de la mañana, la chica con la que yo había ligado, una joven cuyo rostro y nombre soy incapaz de recordar, nos invitó a seguir la fiesta en su casa. Daniel y Mónica no querían ir, pero evidentemente yo sí, así que no descansé hasta convencerlos. Desplegué todos mis encantos y no dejé de pedirlo hasta que Daniel aceptó. Nos montamos en el coche y él insistió en conducir. Daniel odiaba ese coche, el cambio de marchas se le resistía y le costaba dominar el volante. Creo que le dije que no, pero no estoy seguro. —Cerró los ojos y tragó saliva un par de veces. Luego volvió a abrirlos—. Lo último que recuerdo es la música de la radio y los gritos de Daniel y de Mónica.

—Dios mío —murmuró Olivia y le cogió la mano.

Marc la apartó.

—Chocamos contra una camioneta de reparto. Al parecer, yo iba en el asiento trasero sin cinturón y salí disparado por el cristal delantero. Estuve tres semanas en coma y un par de meses en el hospital. Daniel y Mónica murieron en el acto.

—Lo siento.

—La policía dijo que a la camioneta se le rompió la dirección, se salió de su carril y Daniel no supo reaccionar.

—Fue un accidente.

—Si yo no hubiese insistido, ellos dos seguirían vivos. Si yo no hubiese estado tan borracho, Daniel y Mónica seguirían vivos. Fue culpa mía y lo sé. Tendría que haber muerto yo, no ellos.

—Eso no es verdad. No debería haber muerto nadie. Fue un accidente —repitió Olivia.

—Los padres de Daniel me odian. Ahora hace tiempo que no sé nada de ellos, pero me culpan de la muerte de su hijo. Y con razón. Yo sigo vivo y Daniel, no. Mónica y él habrían hecho algo con su vida, mientras que yo me he pasado los últimos seis años deprimido, borracho y malgastando los días sin ningún sentido.

—Puedo entender su dolor, tiene que ser horrible perder a un hijo de repente, pero no deberían culparte de algo que no fue culpa tuya. A esa furgoneta se le rompió la dirección.

—Y Daniel iba conduciendo mi coche porque yo estaba borracho en el asiento trasero —insistió Marc.

Olivia se quedó en silencio y pensó en lo que le había contado y en el modo en que lo había hecho.

—¿Por qué me estás contando todo esto precisamente ahora?

—Daniel y Mónica iban a casarse —dijo Marc a modo de explicación—. Él tenía un buen trabajo y ella estaba a punto de terminar la carrera. Al principio me dije que el mejor modo de honrar su memoria era viviendo una vida plena, pero cada vez que sentía la más mínima alegría, me sentía culpable. Yo estaba aquí y ellos, no. Con el paso del tiempo, me resultó mucho más fácil, y mucho menos doloroso, dejar de sentir.

Hasta esa frase, Marc había mantenido la cabeza gacha, pero entonces la levantó y miró a Olivia a los ojos.

—Hasta que te conocí y vine al Hotel California. Contigo me resultó imposible no sentir nada, aunque no quería sentir nada. Por eso no te conté que me llamaba Marc y que era veterinario, porque, si reconocía quién era, también tenía que contarte mi pasado y sabía que entonces me echarías de tu lado. Una mujer como tú merece un hombre mucho mejor que yo. Y esta frase sí puedo decirla. Yo soy un hombre que mató a su mejor amigo porque quería echar un polvo. Un hombre que se ha pasado los últimos seis años huyendo de la vida y refugiándose en cosas tan vacuas como el alcohol o el sexo para huir de sus recuerdos. Estos meses contigo han sido los mejores de mi vida y sé que, aunque tuviese mil vidas más, en ninguna me enamoraría de otra mujer que no fueses tú. Por eso y porque creo que a estas alturas no tengo nada que perder, voy a pedirte que me des una oportunidad. Te amo, Olivia.

Ella no sabía qué decir. La historia que Marc le había contado era demoledora y no le deseaba a nadie tener que superar una tragedia como ésta. Pero le había mentado, le había ocultado su identidad durante varios meses, un tiempo durante el cual ella se había enamorado por primera vez en su vida de un hombre que no existía.

«¿O sí?»

Marc interpretó su silencio como el rechazo que ya esperaba y se puso en pie. Cogió la maleta del suelo y una bolsa que había dejado en la mesa.

—Iré a la notaría a firmar los papeles. Te he dejado mi dirección y mis teléfonos apuntados en este papel. —Lo depositó en la mesa—. Por si me necesitáis para algo. Cuídate, Olivia, y sé feliz por mí. Te echaré de menos —añadió, mirándola por última vez. Entonces se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Espera.

MARC se detuvo al oír la voz de Olivia. Apoyó la frente en la puerta e intentó calmar su respiración.

—Espera —repitió ella—. La muerte de Daniel y de Mónica no fue culpa tuya. Es más que evidente que te has castigado por ello y que deberías dejar de hacerlo. Nada de lo que hagas conseguirá traerlos de vuelta.

Marc cerró los ojos. Ella lo estaba consolando, pero hasta el momento nada indicaba que estuviese dispuesta a darle una oportunidad.

—Lo sé, pero la realidad es que estaba borracho y que era mi coche y que fui yo el que los convenció. Y tengo que vivir con ello. —Cerró los dedos alrededor del picaporte.

—Por eso no bebes nunca —dijo Olivia de repente.

No quería que ese Martí se fuese, pero tampoco estaba preparada para decirle las palabras que lograrían que se quedase para siempre.

—No bebo desde que te conocí —reconoció él. Había llegado el momento de no ocultar nada y de ser completamente sincero—. Hay noches en las que no puedo dejar de pensar en el accidente. Oigo los gritos de Daniel y noto cómo se me clavan los cristales en la piel. El alcohol diluye los recuerdos.

—Yo nunca te he visto beber y nunca has tenido una pesadilla estando conmigo.

—Estando contigo —repitió él—. La tuve la noche antes de venir aquí. Desde el accidente, sólo he recurrido al alcohol para entumecerme emocionalmente. A tu lado no quería perderme nada, ni dejar de sentir nada, así que no me hacía falta beber.

—Yo nunca le había dicho a nadie que lo quería. Y ahora tengo la sensación de que se lo he dicho a un fantasma. —Sentía la necesidad de ser tan sincera como él lo estaba siendo—. A un hombre que no existe.

Marc suspiró y comprendió lo que ella le estaba expresando. Podría pasarse horas intentando convencerla de que ese hombre existía y era él, pero conocía a Olivia y sabía que, mientras se sintiera tan dolida, no lo conseguiría.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó indefenso.

—No lo sé —contestó ella con brutal honestidad—. Ahora tengo que solucionar lo del testamento. No pienso permitir que mi madre se quede con el hotel. No puedo quitarme de la cabeza que me has mentido. Quizá en tu mente y en tu corazón estuvieses siendo sincero conmigo, pero yo no puedo dejar de pensar que no ha sido así.

—Comprendo.

—No, no creo que lo comprendas —susurró.

—Pues explícamelo, por favor —le pidió Marc dándose media vuelta para mirarla.

—Mi madre es la reina de las mentiras. De pequeña me mentía cuando se iba de viaje, cuando cambiaba de amante, cuando nos mudábamos de casa. Me mentía acerca de todo. Estuvo años diciéndome que mi abuelo no me quería. Y luego, cuando se casó con mi padrastro, intentó hacerme creer que ése era mi verdadero padre. Nicolás también me mintió, me fue infiel y se acostó con una mujer tras otra en la cama en la que supuestamente iba a dormir conmigo cada noche. Y a los dos los perdoné muchas veces. Demasiadas.

—Y a mí no puedes perdonarme —dijo Marc resignado.

—No creas que todo esto me está resultando fácil. Hay una parte de mí que quiere

ponerse en pie y abrazarte, besarte y decirte que no pasa nada. Pero sé que tu mentira, tu engaño, me ha dolido de un modo como nunca me habían dolido las mentiras de mi madre ni las de Nicolás. Si ahora te perdono, haremos el amor y quizá estemos bien durante un tiempo, pero algún día empezaré a cuestionarme si estás siendo sincero conmigo, si me estás engañado. Y me despreciaré por ello. Y a ti.

—Yo nunca quise mentirte, Olivia. Nunca. Y exceptuando mi nombre y los comentarios acerca de mi visita al hotel, jamás lo he hecho.

—Lo sé, pero sencillamente no puedo. Todavía no.

Ese «todavía» hizo que a Marc se le acelerase el corazón.

—¿Crees que algún día podrás perdonarme y darnos una oportunidad? —le preguntó él directamente, pues no quería hacerse ilusiones.

—Dame tiempo, Marc.

Lo había llamado por su nombre y su corazón revivido siguió latiendo.

—De acuerdo. Todo el tiempo que necesites. —En los ojos de ella apareció durante un instante un brillo especial y Marc supo que quería decirle algo más—. ¿Qué sucede, Millán? Desembucha.

Quería irse de allí con toda la verdad, así sabría a qué atenerse en el futuro.

—Sé que probablemente no debería decirlo —empezó—. No sé cuánto tiempo tardaré en perdonarte. O si, cuando lo haga, creeré que existe algo entre tú y yo.

—Desembucha de una vez.

—No pretendo que me seas fiel durante todo este tiempo —añadió con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué has dicho?

—Nicolás me fue infiel una vez tras otra y tú mismo me has dicho que antes de conocerme salías mucho y que... En fin. Sólo quería que supieras que tú y yo, que yo, que no es preciso que te contengas.

—Para —le ordenó él y entonces Olivia lo vio furioso de verdad. Mucho más de lo que lo había estado antes con su madre—. No tengo que *contenerme*, ni siquiera puedo imaginarme con otra mujer. Te amo, Olivia, y si requieres tiempo, te esperaré todo el que haga falta. Toda la vida.

—No es necesario.

—Toda la vida.

—No te lo estás tomando en serio.

Marc soltó la maleta y la bolsa y se acercó a la cama a grandes zancadas. Una vez allí, se arrodilló frente a Olivia y le sujetó el rostro entre las manos.

—Tú eres lo más importante que me ha sucedido en la vida. Te amo. Y no sé qué haré para superar los días, semanas, meses o años que estemos separados. Pero lo haré. Haré todo lo que sea preciso para seguir comportándome como un hombre digno de estar contigo, digno de tener una segunda oportunidad en la vida. Así que no me digas que no me lo tomo en serio, Olivia. Te amo.

Le dio un beso idéntico al primero y distinto a cualquier otro que le hubiese dado. Ella le sujetó las muñecas y se lo devolvió desde el primer segundo. Sus lenguas bailaron juntas y Marc pegó el torso al suyo para sentirla cerca. La oyó suspirar y a él se le aceleró el corazón. Quería hacerle el amor, volver a acariciar su cuerpo, recuperar su aroma y capturarlo en sus pulmones, pero tendría que conformarse con aquel beso. Y si no dejaba de besarla, ya no podría hacerlo.

—Te esperaré —repitió, tras ponerse en pie.

Se encaminó hacia la puerta y cerró sin mirar atrás.

Marc abandonó el hotel sin detenerse en recepción y sin despedirse de nadie, ni siquiera de Tomás. No sabía qué decirles y en su interior tenía que creer que algún día no muy lejano volvería a verlos y les pediría disculpas por su abrupta partida.

Se metió en su coche y condujo hasta la notaría, en la que ya lo estaba esperando Álex. Enrique estaba furioso con ellos y no tuvo ningún reparo en demostrárselo, pero por fortuna había sido un gran amigo de Eusebio Millán y quería mucho a la nieta de éste, y por eso estaba dispuesto a hacer la vista gorda en algunos detalles.

Solucionado el asunto del testamento, ambos hermanos volvieron a Barcelona en sus respectivos vehículos, pero Álex insistió en que Marc se detuviese en su casa para presentarle a Sara.

Él aceptó a regañadientes, pues no tenía ganas de estar con una pareja tan asquerosamente feliz mientras era el hombre más desgraciado sobre la faz de la Tierra, pero al final tuvo que reconocer que Sara era una mujer fantástica y que su hermano se merecía haber encontrado el amor.

Por su parte, Álex intentó sonsacarle información sobre lo que había sucedido con Olivia, pero Marc no se lo contó y se limitó a decir que estar en el Hotel California había sido una experiencia que le había cambiado la vida.

Álex no tenía ninguna duda de ello. Su hermano no parecía el mismo que lo había acompañado al aeropuerto varios meses atrás. Sus ojeras prácticamente habían desaparecido y ya no tenía aquel color enfermizo que proporciona el exceso de alcohol. Estaba centrado por completo y dispuesto a tomar las riendas de su vida. Y le mencionó dos o tres veces que en los próximos días iría a visitar distintos locales para ver si encontraba alguno en el que pudiese abrir su clínica veterinaria. Fuera lo que fuese lo que le hubiese sucedido en el Hotel California, había merecido la pena. Aunque le hubiesen roto el corazón.

MARC habría podido volver directamente a su apartamento y no ver a nadie durante días, o incluso semanas. Pero al parecer, cuando uno se libra de la armadura que se ha autoimpuesto en el alma, no puede volver a colocársela. No quería estar solo, no deseaba beber y huir del dolor que estaba sintiendo por el rechazo de Olivia. «No te ha rechazado, te ha pedido tiempo.» Y no quería seguir castigándose por estar vivo.

Si existiera una manera, una sola, de hacer volver a Daniel y a Mónica, lo haría sin dudar, fuera cual fuese el precio que tuviese que pagar. Pero no existía. Daniel y Mónica estaban muertos y, sí, la noche del accidente él podría haber hecho millones de cosas distintas, pero nunca habría podido hacer nada para evitar que a aquella camioneta se le rompiera la dirección.

Él sabía que sus padres lo habían pasado muy mal durante los días que estuvo en coma y también que todos sus hermanos, en especial Álex, habían intentado ayudarlo y habían aceptado que se negase a hablar del asunto, pues no pretendían hacer nada para inquietarlo.

Ser Martí le resultó fácil, porque cuando llevaba ese nombre no sentía el peso de la culpabilidad y de los remordimientos. Y tampoco tenía que asumir que le había cerrado las puertas a la vida, a la posibilidad de tener un futuro.

Millán, sin quererlo y sin ser consciente de ello, había derribado esas puertas, pero ahora le tocaba a él enfrentarse a todos sus miedos y luchar por ser el hombre que de verdad podía y merecía ser. Un hombre con un pasado más que defectuoso, pero que estaba dispuesto a luchar para tener un futuro.

Decidido a empezar a vivir ese futuro lo antes posible, condujo hasta casa de sus padres. Quería contarles lo que había hecho esos meses, decirles que se había enamorado. Y necesitaba explicarles cómo se había sentido después del accidente. Aparcó y entró en la casa sin llamar, pero tras un minuto, se dio cuenta de que sus padres no estaban.

—Papá y mamá no están —le confirmó Martina bajando la escalera—. Han ido al cine.

Marc sonrió. Él había tenido una revelación y sus padres estaban en el cine. Típico de su vida.

—¿Sabes a qué hora volverán?

—No tengo ni la más remota idea. —Su hermana se le acercó, mirándolo como si no lo hubiese visto nunca—. Ya sabes cómo son, probablemente irán a cenar. A ti te pasa algo, ¿no?

—No me pasa nada.

Una cosa era confesarle la verdad a sus padres y otra muy distinta sincerarse con Martina, la pequeña de las niñas y tal vez la más descarada de la familia. Y la única con la que Marc había discutido a gritos en una ocasión, un par de años atrás, cuando ella le dijo que quizá tuviese un problema con la bebida. Marc no se lo había dicho nunca a nadie, pero fue a partir de aquella horrible discusión con ella cuando empezó a vigilar lo que bebía —exceptuando la semana del aniversario del accidente.

Le había ido por los pelos, pero a pesar de que su hermana seguramente le había salvado el hígado y la vida, Marc prácticamente dejó de hablarle y siempre intentaba evitarla.

—Está bien —dijo Martina resignada, ya se había acostumbrado a sus desplantes—, no me lo cuentes si no quieres. Pero a ti te ha pasado algo y deberías hablar con alguien. Guillermo y Emma han venido a pasar el fin de semana aquí, pero ahora mismo están dando un paseo. Ágata y Gabriel están en Londres, Helena y Anthony en Barcelona, y Álex y Sara en...

—He visto a Álex —la interrumpió Marc.

—¿Y a él no se lo has contado? Vaya. Bueno, entonces supongo que tendrás que esperar a que vuelvan papá y mamá, o Guillermo. Yo ahora iba a ver una peli. Te invitaría, pero hoy no me apetece que me insultes, así que...

—¿Qué peli?

Martina tardó varios segundos en reaccionar y levantar los dos DVD que llevaba en la mano.

—Estoy dudando entre *Le llaman Bodhi* y *Mientras dormías*.

—Dios, ¿por qué no hay nadie en esta casa con gustos cinéfilos decentes?

—Ahora tenemos a Anthony —le recordó su hermana.

Su último cuñado era un enamorado del cine clásico.

—Cierto. Un momento. ¿Keanu Reeves y una de Sandra Bullock? —Marc ató cabos—. Tú te has peleado con un chico.

—Ah, no, eso sí que no. Sí tú no me cuentas nada a mí, yo tampoco a ti.

—Está bien. Si pones *Le llaman Bodhi*, me quedo a verla —dijo Marc de repente y Martina se quedó tan sorprendida que casi le cayeron los dos DVD al suelo. Por fortuna, reaccionó a tiempo.

—Vale, pero, mientras yo voy poniendo la película, tú preparas palomitas. Mamá guarda las bolsas junto al micro.

Ella se dirigió a cumplir su misión y Marc se ocupó de la suya.

Cuando entró en el salón, la primera escena de la película estaba congelada en el televisor. Martina estaba sentada en medio del sofá, rodeada de cojines, y Marc aprovechó para mirarla. Llevaba una falda larga, una camiseta y decenas de pulseras en una muñeca.

Todas sus hermanas eran muy guapas e increíblemente distintas entre sí, pero Martina siempre le había parecido especial. Quizá se debiera a su carácter tan imprevisible.

—¿Y las palomitas? —preguntó ella levantando ese ensortijado brazo, y las pulseras sonaron como diminutos cascabeles.

—Aquí. —Marc le pasó un cuenco y se sentó a su lado.

Vieron más de cuarenta minutos de película en silencio, pero de repente Martina preguntó:

—¿Tú crees que soy rara, Marc? ¿Demasiado rara?

Él iba a decir que sí y a acompañar la afirmación con alguna broma, pero vio el modo en que su hermana sujetaba el bol y lo pensó mejor.

—No —afirmó rotundo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Leo me ha dicho que soy demasiado rara para él —contestó ella.

—¿Leo? ¿Quién es Leo?

—No tiene importancia. No debería habértelo preguntado. Además, se supone que no hablas conmigo, ¿recuerdas?

Esa respuesta tan cortante no era nada propia de Martina, así que Marc supo que el tal Leo le había hecho mucho daño. Y se sintió como un canalla por todo el que él llevaba haciéndole desde su discusión.

Pasaron veinte minutos más, Keanu aprendió a hacer surf y Marc tuvo el

presentimiento de que su hermana era precisamente la primera persona con la que debía disculparse y sincerarse de verdad.

—Siento mucho lo que te dije aquel día, Martina. Tenías razón, estaba bebiendo demasiado. —Marc vio que giraba poco a poco la cabeza hasta toparse con sus ojos.

Continuó—: Al día siguiente empecé a contenerme y sólo perdí el control durante la semana del aniversario del accidente. Tengo pesadillas, ¿sabes?

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada, consciente de que tenía que seguir hablando.

—Sueño con el momento en que el coche chocó con la camioneta. Oigo los gritos de Daniel y de Mónica y noto cómo se me clavan los cristales en la cara. Luego veo a un bombero y noto literalmente cómo se me para el corazón, hasta que logran reanimarme. El alcohol me ayudaba a adormecer todas estas sensaciones. Por eso no quería hablar del accidente. Sabía que tendría que contároslo todo y... no quería. No quería que supierais la verdad.

—Marc. —Martina sólo fue capaz de balbucear su nombre.

—Ahora ya no bebo. He conocido a una chica y me he enamorado. Se llama Olivia. Me gustaría decir que vas a conocerla, pero por ahora, ella no quiere saber nada de mí.

—¡Te he echado tanto de menos, Marc! —Su hermana lo abrazó con todas sus fuerzas—. No sabes la de veces que me he arrepentido de haberte dicho que bebías demasiado, yo...

—Hiciste lo que tenías que hacer, Tina —contestó él, sincero, devolviéndole el abrazo.

—Tienes que superar lo del accidente, Marc. Me niego a creer que sobrevivieras para seguir viviendo como un muerto. No fue culpa tuya. No lo...

—Chist, no sé si algún día seré capaz de decir esa frase, o de creérmela. Pero te prometo que quiero vivir y que, aunque no me siento orgulloso de lo que hice esa noche, sé que no estaba en mis manos controlarlo todo. ¿Te basta con eso?

—Me basta con eso. —Martina lo soltó—. Y ahora, dime, ¿quién es esa chica que te ha devuelto las ganas de vivir para luego darte una patada? ¿Está loca o qué le pasa?

—Creo, Tina, que ahora te toca a ti contarme algo, ¿no crees? ¿Quién es Leo y por qué pierdes el tiempo con un cretino al que le pareces «demasiado rara»?

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo, créeme. Dejando a un lado las últimas semanas, he estado seis años sin ocuparme de mi vida, así que puedo esperar unas horas a retomarla. Cuéntame quién es Leo y dónde tengo que ir a buscarlo para retorcerle el pescuezo.

—Me encanta tener unos hermanos que son unos trogloditas. Está bien, Leo es...

OCHO meses más tarde

Primer aniversario de la muerte de Eusebio Millán

Olivia estaba sentada en la cama de su habitación y en la mano sujetaba un marco en el que había una fotografía de ella con su abuelo. Seguía echándolo mucho de menos, pero, ahora, la gran mayoría de las veces que pensaba en él era para recordar buenos momentos. Llamaron a la puerta y respondió sin levantarse:

—Adelante.

Ya sabía quién era. Recorrió el rostro de su abuelo con el pulgar y sonrió sin darse cuenta.

—¿Estás lista? —le preguntó Tomás al entrar. La miró de arriba abajo y se percató de que se había esmerado mucho en arreglarse—. Él no va a venir. Lo sabes, ¿no?

—¿Quién?

—El rey de Roma. Quién va a ser, Martí. Por eso te has puesto tan guapa.

—Se llama Marc y no sé a qué te refieres —contestó Olivia, dejando la foto para ponerse en pie—. Aunque gracias por el cumplido.

Tomás le dijo con la mirada que a él no lo engañaba y no se dejó amedrentar por su fingido desinterés.

—Primero, para mí siempre será Martí —sentenció Tomás—. Antes supuestamente se llamaba Álex y todos lo llamábamos Martí. Incluida tú. No veo por qué no podemos seguir llamándolo así. Segundo, conmigo no te hagas la tonta, te conozco desde que eras una niña. Y esa camisa no te la has puesto para mí ni para Enrique. Y además te has maquillado —señaló, como si hubiese dado con la prueba definitiva.

—Esta camisa me la pongo mucho y casi siempre me maquillo —se defendió ella.

—¿Hasta cuándo piensas seguir así, Olivia? Sí, Martí te mintió, no te dijo quién era, pero te ayudó y se enamoró de ti. Cualquier idiota podía verlo. Y cuando se fue, te contó algo muy íntimo. Le pediste que te diese tiempo. ¿Cuánto tiempo te hace falta para saber que estás echando a perder los mejores años de tu vida?

—No debería habértelo contado —se quejó ella, furiosa consigo misma y con Tomás por obligarla a pensar en Martí—. Y no lo sé. No sé cuánto tiempo tendrá que pasar. Hay días en que pienso que le he perdonado, que ya no me importa que me mintiese, pero entonces me acuerdo de mi madre, de todas las veces que ella me ha mentado, y empiezo a preguntarme cuál será el próximo engaño de Martí. Y entonces me doy cuenta de que no le he perdonado de verdad.

—No estás siendo justa con él, Olivia. Martí no es como tu madre. Cometió un error, pero durante todo el tiempo que estuvo aquí, sólo intentó protegerte y hacerte feliz.

—¿Tú de qué lado estás?

—Del tuyo —afirmó rotundo y después suspiró resignado. Conociendo como conocía a Olivia, aquella conversación no llegaría a ninguna parte—. Si no quieres a Martí, no lo quieres, yo no haré nada para convencerte de lo contrario —sentenció—. ¿Estás lista? —le preguntó con una sonrisa.

—Lo estoy.

El brusco cambio de tema y de actitud sorprendió a Olivia, pero cogió el bolso y

aceptó el brazo que Tomás le ofrecía sin cuestionárselo.

—Martí no va estar, pero su hermano Álex, sí —le dijo entonces el hombre al entrar en el coche—. Enrique me llamó para explicarme que esta vez había confirmado la cita con el hermano adecuado.

—Enrique se ha portado muy bien. No sé qué habría hecho sin él. Ni sin ti —añadió esquivando de nuevo el tema de los hermanos Martí.

—Enrique era muy buen amigo de Eusebio y las triquiñuelas de tu madre no le gustaron lo más mínimo. Y, en cuanto a mí, no digas tonterías. Sin mí lo habrías hecho igual de bien.

—Tú sabes que no. —Le apretó cariñosa el antebrazo—. ¿Puedes creerte lo bien que funciona el hotel? Aunque me da miedo decirlo en voz alta, por si lo gafamos.

—No lo gafarás. Martí y tú tuvisteis muy buenas ideas, formáis un gran equipo.

—Ya lo he entendido, Tomás. La sutileza no es precisamente lo tuyo.

—Mira, Olivia, si tú no lo quisieras, yo dejaría de insistir. —A pesar de lo que le había dicho antes, no podía quedarse de brazos cruzados—. Pero no puedo entender que lo quieras y que no estés con él. No puedo.

—¿Y si le perdono y dentro de unos meses me engaña con otra cosa? ¿Y si...?

—¿Y si nos cae el cielo sobre la cabeza? No puedes controlarlo todo, princesa. Nadie puede. Tienes que arriesgarte. No hay ninguna relación que venga con una garantía como la que tú le estás exigiendo a ese chico.

Olivia sabía que sus miedos eran exagerados y con toda seguridad infundados. Igual que sabía que seguía queriendo a Martí y que lo echaba mucho de menos. Lo que no le había contado a Tomás era que uno de los motivos por los que no le había llamado, el motivo más importante, era porque tenía miedo de que él le dijese que ya no la quería. Que había dejado de esperarla. Olivia era consciente de que, si eso era lo que había sucedido, se lo tendría bien merecido, por haber esperado tanto tiempo, pero le dolía imaginárselo con otra.

—Ya hemos llegado —dijo, mientras aparcaba a pocos metros de la notaría.

Ese día se cumplía un año de la muerte de Eusebio y ella iba a adquirir el cien por cien de la propiedad del hotel, previa compra del cinco por ciento que estaba a nombre de Álex Martí.

Entró en la notaría junto con Tomás y dio gracias por ir cogida de su brazo porque ver a Álex la afectó más de lo que había creído en un principio. Ella jamás los habría confundido. Y no lo decía sólo por la cicatriz, le bastaría con mirarlos a los ojos para saber quién era quién; pero su parecido era de verdad asombroso.

—Buenos días, señorita Millán, señor Palomares —los saludó Álex, acercándose a ellos de inmediato.

—Buenos días, señor Martí —dijo Olivia, que casi se atragantó con el apellido.

—Buenos días —respondió Tomás, que no podía dejar de mirarlo—. Son idénticos —añadió, y, acto seguido, se sonrojó por haber hecho el comentario en voz alta—. Disculpe.

—No se preocupe, señor Palomares —respondió Álex—. A menudo provocamos esa reacción. Sí, Marc y yo somos prácticamente idénticos.

—Como dos gotas de agua —dijo el hombre.

—Pues yo los veo muy distintos. Yo jamás los confundiría —señaló Olivia, sin darse cuenta de lo que implicaba esa afirmación.

—No sabe cuánto me alegro de oír eso, señorita Millán —replicó Álex con una

sonrisa imposible de descifrar.

—Si quieren, ya pueden ir pasando al despacho del señor notario —les dijo el oficial y los tres se adentraron en la notaría.

Enrique releyó los párrafos del testamento que hacían referencia a las condiciones que tenían que cumplir las finanzas del hotel para que Olivia pudiese heredarlo en su totalidad y después siguió con la fórmula para calcular el precio que tenía que pagar por las acciones de Álex Martí. Terminada la lectura, el notario hizo los cálculos pertinentes y dijo una cantidad.

Olivia la anotó en un cheque que le entregó ipso facto a Álex, quien se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta sin mirarlo.

Concluidos los trámites y tras firmar todos los papeles —después de lo sucedido, Enrique no estaba dispuesto a cometer ningún error de última hora—, Álex se despidió del notario y de Tomás y Olivia.

—Señorita Millán, señor Palomares, sé que voy con un año de retraso, pero me gustaría expresarles mi más sentido pésame por el fallecimiento del señor Millán —les dijo serio y sincero—. Y también quisiera pedirles perdón por no haber asistido a la lectura del testamento. Mi hermano, aunque me matará si se entera de que les he contado esto, no quería hacerlo, pero yo terminé por convencerlo. Lamento mucho mi comportamiento y los problemas que les ha ocasionado.

Tanto Tomás como Olivia se quedaron mirándolo y Tomás fue el primero en reaccionar:

—Disculpas aceptadas —afirmó, tendiéndole la mano.

Álex se la estrechó y, en cuanto Tomás vio el modo en que Olivia los observaba, decidió dejarlos solos unos segundos. A ver si así ella se armaba del valor suficiente para preguntarle por Martí a su hermano.

—Creo que me he dejado una cosa en el despacho de Enrique, en seguida vuelvo.

—No sé qué puede haberse dejado —comentó Olivia en voz baja y luego subió el tono para decir—: Gracias por venir esta vez. Y por sus disculpas.

—Trátame de tú y llámame Álex —le pidió él.

—De acuerdo —convino Olivia—. Disculpas aceptadas, Álex.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo él entonces, señalando la puerta—. Me esperan en Barcelona.

—¿Cómo está Marc? —preguntó ella de repente, en cuanto vio que estaba decidido a irse sin darle ningún tipo de información.

Álex se detuvo y la miró a los ojos antes de responder:

—Bien. Ha abierto su propia consulta veterinaria —explicó orgulloso, presumiendo de hermano.

—Me alegro mucho —dijo Olivia y sintió una punzada de envidia y de rabia por no haber compartido con él esos momentos.

Ni siquiera sabía que Martí quisiera abrir una consulta. Ni dónde había trabajado antes como veterinario.

«Es culpa tuya. Él te lo habría contado todo si le hubieses dado una oportunidad. Eso fue lo único que te pidió.»

—El dinero de las acciones se lo daré a él —le explicó Álex, tocándose el bolsillo

donde se había guardado el cheque—. Tendré que discutir porque no querrá aceptarlo, pero conseguiré que se lo quede. Se lo ha ganado. Yo no lo habría hecho mejor.

—Sí, es verdad —afirmó Olivia, mirándolo a los ojos.

—Si por casualidad te lo devolviese... —sugirió Álex.

—Volvería a mandártelo a ti —terminó ella—. El dinero es tuyo, o de Martí.

—¿Lo llamas Martí? —preguntó Álex con una enigmática sonrisa.

—Sí, era una costumbre de mi abuelo llamar a la gente por su apellido. ¿Por qué?

—Oh, no, por nada. —Siguió con la misma sonrisa—. Me voy, me esperan en casa y antes quiero pasar a ver a mi hermano.

De repente, Olivia recordó la última conversación que tuvo con Marc.

—El accidente se produjo por estas fechas, ¿verdad? —aventuró en voz alta.

—¿Marc te habló del accidente? —le preguntó él, atónito.

—Sí —afirmó ella, confusa por su reacción.

—Marc nunca habla del accidente. Nunca. ¿Te contó que había tenido un accidente sin más o te habló de los detalles?

—Me contó que había salido con su mejor amigo, Daniel...

—¿También te habló de Daniel? —Álex no daba crédito a lo que estaba oyendo, su hermano nunca mencionaba a Daniel.

—Sí, me contó que salió con él y su novia Mónica y que él bebió más de la cuenta, y que, cuando Daniel se puso al volante, sufrieron un accidente. Me contó que sus dos amigos murieron en el acto y que él estuvo en coma.

Olivia no le contó el resto; no sabía si Martí se lo había explicado a su hermano y no quería traicionar su confianza.

—Marc estuvo a punto de morir. Varias veces. Dios, no puedo creer que te lo haya contado —dijo sorprendido y mirándola de un modo distinto—. Sé que mi hermano cree que debería haber muerto, pero yo no sé qué haría sin él. Se tiene por el peor de nosotros, de nuestros hermanos, pero es el mejor. Marc siempre está ahí cuando lo necesitas y nunca antepone sus sentimientos a los de los demás. Sin él, probablemente Guillermo y yo nos habríamos peleado hace años y nuestras hermanas se habrían arrancado los ojos. Marc es quien nos mantiene unidos y nos hace mejores personas.

Olivia se dio cuenta de que eso era exactamente lo que había hecho también en el hotel: unirlos a todos y sacar lo mejor de ellos.

—Tal vez creerás que estoy loco —continuó Álex tras suspirar—, pero voy a darte un abrazo.

Y lo hizo, la abrazó como cuando eres pequeño y abrazas a papá Noel.

—Gracias, Olivia. Gracias por devolverme a mi hermano. Estos últimos meses ha vuelto a ser el de antes. Yo creía que había sido por el hotel, pero no, has sido tú, así que gracias —repitió, antes de soltarla.

Olivia iba a decirle que no tenía que darle las gracias por nada, que en realidad era ella la que tenía que dárselas a Marc por haberla ayudado tanto. Y por haberla defendido. Y por haberla cuidado. Y por...

«Olivia, eres una idiota. Estás enamorada de Martí y es a él a quién tienes que decirle todas esas cosas, no a su hermano. Haz el favor de reaccionar antes de que sea demasiado tarde.»

—Álex, dices que Martí ha abierto una consulta. ¿Te importaría darme la dirección?

Él le sonrió y buscó su cartera para sacar una tarjeta. Se la acercó, sujetándola entre dos dedos:

—Con una condición —le dijo con una sonrisa.

—¿Cuál?

—Que vengas a casa en Navidad.

Se fue sin esperar a que Olivia reaccionase y cuando ésta bajó la vista hacia la tarjeta y leyó el nombre de la consulta, sonrió:

Clínica veterinaria Martí.

MARC estaba agotado, la clínica llevaba ya cuatro meses abierta y todavía tenía que colgar los cuadros de la sala de espera y montar un par de estanterías. Por suerte para él, el retraso de esas labores de bricolaje se debía al éxito que estaba teniendo como veterinario.

Después de un par de meses en los que cada día creía que Olivia iba a llamarlo, dejó de esperar su llamada y decidió que lo mejor que podía hacer era cumplir la promesa que le había hecho a ella y a sí mismo: seguir adelante con su vida sin dejarse arrastrar por los demonios del pasado.

Abrir su propia consulta veterinaria había demostrado ser el mejor remedio contra la soledad. Cada día se acostaba tan cansado que, aunque echaba muchísimo de menos a Olivia, se quedaba dormido. Sí, soñaba con ella, pero al menos dormía.

El primer mes lo pasó consiguiendo el dinero y solicitando todos los permisos y licencias habidos y por haber. Por fin, pidió un préstamo al banco con el aval de Álex, aunque cuando Guillermo se enteró también insistió en avalarlo. Su hermana Ágata se encargó de la imagen de la consulta y su cuñado Anthony, el marido de Helena, arquitecto de profesión, se encargó de reformar el local que al final Marc se animó a comprar.

A menudo tenía la sensación de que su familia se comportaba como si estuviese abriendo un negocio multimillonario y no una pequeña clínica veterinaria, pero la verdad era que a él le sentaba bien saber que contaba con el apoyo de todos. Se sintió como un estúpido por no haber sabido siempre que lo tenía y pensó que quizá había juzgado mal a su familia, al menos en ese aspecto, así que poco a poco fue abriéndose a ellos y empezó a hablarles del accidente y de cómo se había sentido después.

Y cuantas más cosas contaba, más se aflojaba la opresión que llevaba años sintiendo en el pecho y más ganas tenía de seguir hacia delante. Ahora, lo único que le hacía falta para ser feliz era que Olivia le diese una oportunidad... y poder cerrar un día la consulta antes de las diez.

Pero aquél no iba a ser ese día, pensó, al ver acercarse a Cristina, la estudiante en prácticas que había cometido la locura de acceder a trabajar para él.

—Tienes otra visita —le dijo Cris, ella había insistido en que la llamase así—. Dice que ese urgente.

—Todas lo son.

—¿La hago pasar?

—Sí, hazla pasar. Pero no hace falta que esperes, en cuanto la visita esté en mi despacho, huyes de aquí —le indicó con una sonrisa—. Yo cerraré cuando me vaya.

—De acuerdo, jefe —contestó la joven—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Marc se sentó tras el escritorio y anotó unos datos en la ficha del paciente anterior, una gata preñada. Oyó que se abría la puerta y, sin levantar la vista, dijo:

—Un segundo, tengo que anotar esto antes de que se me olvide. Ya está. Disculpe que... ¡Olivia! —La falta de sueño le estaba provocando alucinaciones, pero unos ladridos le confirmaron que estaba despierto—. ¿Tosca?

El animal trotó hacia Marc y levantó las patas para apoyarse en él y empezar a lamerle la cara.

Sí, definitivamente no estaba soñando, pues tenía el rostro empapado de babas.

—Abajo, *Tosca*. Abajo —dijo Olivia y su perra la ignoró durante unos segundos. A ella no le extrañó. Si tuviese el valor y el descaro de su mascota, también se habría lanzado a los brazos de Martí.

Tosca obedeció y Marc se puso en pie y cogió una toalla para limpiarse la cara y las manos. Y para tener tiempo de pensar. ¿Qué significaba aquella visita?

—Vaya, Verdi —señaló Olivia, al reconocer las notas de la ópera que sonaba de fondo.

—Sí, ya sabes lo que dicen: la música amansa a las fieras.

Se quedaron mirándose. Él intentó sonreír y contener su optimismo y ella se mordió nerviosa el labio inferior.

—Tu ayudante me ha dicho que tienes toda la semana ocupada, yo le he contado que creía que *Tosca* cojeaba para que me dejase entrar. Me alegro de que tengas tanto éxito.

—¿*Tosca* cojea? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no la has llevado al veterinario que hay cerca del hotel? ¿Ha cerrado la consulta? Con lo organizada que eres, me extraña que hayas esperado para traerla aquí.

—No, *Tosca* no cojea. Pero me alegra ver que me conoces tan bien. Si cojease, la habría llevado al veterinario de inmediato. Y gracias por decir organizada y no neurótica.

Marc se encogió de hombros y le quitó importancia.

—Entonces, si *Tosca* está bien, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Ha sucedido algo en el hotel? Le dije a Enrique que me llamase si tenía que firmar algún papel.

—El hotel sigue en pie y, al parecer, goza de una salud financiera excelente, en parte gracias a ti. Pero no he venido a verte por eso.

—¿Ah, no? ¿Y por qué has venido?

—Porque tenía que preguntarte algo —dijo, acercándose a su lado.

Marc la miró a los ojos y vio que estaba nerviosa, aunque probablemente menos que él.

—¿Qué es lo que deseas preguntarme? —Colocó una mano en la camilla que tenía al lado para no tocar a Olivia.

—¿Cuando estemos en casa puedo seguir llamándote Martí?

—¿Qué has dicho? —Marc se sujetó a la camilla con las dos manos. Tenía que asegurarse de que la había entendido bien.

—Me gusta llamarte Martí; además, tú eres el único que me llama Millán.

—Puedes llamarme como quieras —contestó perplejo.

—Supongo que Tomás también seguirá llamándote Martí —prosiguió Olivia—, pero a los demás les diré que te llamen Marc. Quiero que Martí sea sólo para mí.

—De acuerdo —aceptó él en cuanto ella dio otro paso y quedó justo delante de él.

—Siento haber tardado tanto —dijo Olivia levantando una mano para acariciarle la mejilla—. Y siento mucho haberte comparado con mi madre y con Nicolás. Tú no eres como ellos. Tú jamás mentirías para hacerme daño.

Él cerró los ojos y apoyó la mejilla en la palma de su mano.

—¿En casa? ¿Has dicho «en casa»? —preguntó, abriendo de repente los ojos.

—Sí, bueno —dijo Olivia, sonrojándose y de golpe insegura. Intentó apartarse, pero Marc soltó la camilla y la rodeó a ella por la cintura—. Después de que te fueras, me resultaba imposible dormir en nuestra habitación —confesó Olivia y él intentó no alegrarse de ello, pero falló—. No podía dormir en ninguna habitación. Todo me recordaba a ti.

—¿Tendrás muy mala opinión de mí si digo que me alegro?

—Depende. ¿Tú has pensado en mí?

—Sólo cada segundo —reconoció, mirándola a los ojos.

—Entonces no, no tendré mala opinión de ti —dijo Olivia aliviada y animada por su reacción—. En fin, al cabo de dos semanas, decidí ir a casa de mi abuelo e intentar dormir allí. El primer día lo conseguí, más o menos. Pero cuando me desperté, empecé a pensar en las reformas que podía hacer para instalarme allí y mi subconsciente tuvo el acierto de incluirte en mis planes.

—Más tarde le daré las gracias a tu subconsciente como es debido.

—La casa está todavía en obras, pero *Tosca* y yo nos sentimos muy solas sin ti.

—Supongo que es una casa grande.

—Podría ser tan diminuta como una caja de zapatos y yo seguiría sintiéndome sola. Sé que acabas de abrir la consulta y que quizá no te apetece tener que conducir tanto cada día para ir de casa al trabajo. Oh, Dios y no te sientas obligado a decir que sí, porque yo...

—Cállate, Millán.

Martí agachó la cabeza y Olivia fue a su encuentro. Pero los labios de él se detuvieron a escasos milímetros de los suyos.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia con el corazón latiéndole desbocado y con el estómago encogido.

—Ahora que lo pienso —dijo Marc—. Todavía no me has preguntado nada.

—¿Quieres vivir conmigo durante el resto de tu vida?

—¿No te parece mucho tiempo? —dijo él, apartándose un poco, sólo lo justo para poder rozarle la nariz con la suya.

—Te pediría más para recuperar estos meses que hemos perdido por mi culpa, pero no quiero asustarte.

Sus respiraciones se entremezclaban. Ella se había aferrado a sus antebrazos y podía notar cómo temblaba y Marc le apretaba la cintura con las manos.

—Puedes pedirme lo que quieras, Millán. Contigo a mi lado no me asusta nada. Lo que me asustaba era tener que estar sin ti.

—Jamás vas a tener que estarlo. Aunque me veo en la obligación de recordarte que el hotel y su personal van incluidos en el paquete.

—Si estás tú, del resto puedo ocuparme. ¿No crees que te olvidas de decirme algo?

—Te amo, Martí. Lo que siento por ti deja en ridículo todas las óperas del mundo. No sé cómo explicarlo. —Cerró los ojos y los abrió tras unos segundos—. Y después de lo que te dije aquel día que vino mi madre, no sé si me creerás, pero hasta que tú me besaste, no entendía que alguien pudiese morir de amor. Tengo ganas de meterme dentro de ti, bajo tu piel, de poder entrar en tu corazón del mismo modo que tú estás en el mío y no salir nunca más de allí. Te amo. Lamento mucho haber tardado tanto en ser lo suficientemente valiente como para venir a buscarte y siento no haber sabido entender lo que estabas pasando y...

—Eh, amor. —Marc le puso un dedo en los labios para acallarla—. Si algo he aprendido en todos estos años es que los remordimientos no sirven de nada. Tú me amas y yo te amo. Y ahora estamos juntos. Eso es lo único que importa, Millán —concluyó emocionado.

Por fin se dieron aquel beso que llevaban tanto tiempo esperando. Marc la levantó en brazos, igual que solía hacer siempre que la besaba y, sin apartar los labios de los suyos, la hizo girar en el aire. Ella le devolvió el beso y se sujetó con fuerza del cuello de él.

Por nada del mundo iba a dejarse ir.

Y Marc no pensaba soltarla jamás.

—He estado pensando —dijo Olivia, separándose un poco.

—Esa frase nunca augura nada bueno —contestó él con una sonrisa.

Tras ocho meses sin sonreír, le gustaba la sensación de ser feliz.

—Podríamos invitar a toda tu familia al hotel este verano. Aún faltan unos meses y la casa entonces ya estará terminada. Sería bonito y podríamos aprovechar para casarnos.

Marc la miró y vio que intentaba disimular lo nerviosa que estaba. Amaba a aquella mujer, era valiente y sincera, y ahora que había decidido entregarle su corazón, al parecer no estaba dispuesta a perder ni un segundo. Él no se había atrevido a soñar con ese momento y sí, le habría gustado ser quien se lo pidiera, pero no podía imaginarse una declaración de amor más perfecta.

—La respuesta es sí, Millán. Y ahora, bésame.

—Será un placer, pero antes, bésame tú, Martí.

HOTEL California
Final del verano

—Buenos días, Martí —lo saludó Roberto al verlo entrar en el hotel.

A pesar de que Millán había querido reservarse aquel nombre para ella sola, le había resultado imposible. Marc se había ganado el corazón y el respeto de la gente del hotel durante su primera visita —cuando lo salvó de caer en las garras de Isabel Millán— y para ellos siempre sería Martí.

Y a él le gustaba.

—Buenos días, Roberto.

—¿Qué tal la casa nueva? —le preguntó el recepcionista italiano cuando Marc alcanzó la recepción.

—Es fantástica —respondió él con una sonrisa de oreja a oreja.

Por fin habían terminado las obras y, junto con Olivia y *Tosca*, que ahora estaba babeando a su lado, se habían instalado allí definitivamente. Para siempre.

—Dentro de unas semanas organizaremos una cena, así que resérvanos un sábado.

—Hecho. No es que no me alegre de verte, Martí, pero ¿no deberías estar en la clínica veterinaria?

A Marc le había gustado mucho ayudar a Olivia a sacar el hotel hacia adelante y siempre estaría dispuesto a participar en lo que fuese, pero no renunciaría a su clínica por nada del mundo. Le había costado mucho descubrir lo que quería en la vida, pero ahora que lo sabía y lo había hecho realidad, no pensaba renunciar a nada.

—Estoy de vacaciones, hemos cerrado unos días. Se suponía que *Tosca* y yo hoy íbamos a ir a jugar a la playa, pero Millán me ha llamado y me ha pedido que viniese. Ha dicho que era urgente. ¿Sabes dónde está? La llamo al móvil pero no contesta.

—Entonces estará en la cocina, allí nunca hay cobertura.

—¿Lucrecia y Manuel han vuelto a pelearse?

Quizá por eso Olivia lo había llamado, para que la ayudase con los Borgia.

—No lo sé, si lo han hecho, no he oído gritos. —Roberto miró disimuladamente el reloj del vestíbulo y descolgó el teléfono para marcar la extensión de la cocina—. Hola —dijo a la persona al otro lado del auricular—. Sí, está aquí. De acuerdo, ahora le digo que vaya.

—¿Era Olivia?

—Sí, está en la cocina.

—¿Te importa que *Tosca* se quede aquí mientras voy a verla?

—Por supuesto que no —asintió Roberto.

Marc llegó a la cocina; sorprendido de no oír ningún grito, abrió la puerta con cuidado.

—¿Hola? Soy yo, Martí, ¿puedo pasar? —dijo desde la puerta entreabierta.

Al no recibir respuesta, la abrió un poco más y lo que vio lo dejó petrificado. Olivia estaba sentada a la larga mesa donde comían los empleados, con un matrimonio de mediana edad. Marc hacía mucho que no los veía, pero los habría reconocido en cualquier parte: eran los padres de Daniel.

¿Habían ido allí a insultar a Olivia? ¿Cómo se habían enterado de quién era ella? ¿Qué diablos pretendían con esa visita? ¿Creían que si le contaban toda la verdad ella lo dejaría?

Tenía que darse media vuelta y salir de allí cuanto antes. O, si no, se acercaría a los padres de Daniel y...

—Marc —dijo la madre, Marta, al verlo.

Ya no tenía escapatoria.

Olivia, que era la única que estaba dándole la espalda, se volvió para mirarlo y le sonrió. Y él pudo volver a respirar. Si ella le sonreía así, podía enfrentarse a cualquier cosa.

—Marc, acércate, por favor —le pidió Pedro, el padre de Daniel.

Él soltó la puerta, que hasta ese instante había estado apretando con todas sus fuerzas, y se encaminó hacia la mesa.

—Pedro, Marta —los saludó escueto y se plantó delante de ambos, listo para recibir sus insultos y reproches.

—Tu esposa nos llamó hace unos días y nos pidió que viniésemos a verla —empezó Marta, y Marc tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que no se le desencajase la mandíbula.

Olivia, que seguía sentada, levantó una mano y entrelazó los dedos con los suyos, que seguía de pie a su lado.

—Yo no quería venir —confesó Pedro, sincero—, pero Marta me ha obligado y... aquí estamos.

—Marc —volvió a tomar la palabra la madre de Daniel—, Pedro y yo sabemos que no tuviste la culpa del accidente. No la tuviste —repitió con voz firme, pero con los ojos llenos de lágrimas—. E hicimos muy mal en culparte. Lo único que puedo decir en nuestra defensa es que cuando te dijimos todas esas cosas acabábamos de perder a nuestro hijo y bueno, ahora que tú vas a ser padre, seguro que puedes entenderlo.

—Daniel habría podido decirte que no quería ir a la fiesta. Si se dejó convencer fue porque deseaba acompañarte. Ya sé que todos creéis que mi hijo era muy influenciable —dijo Pedro con la voz llena de orgullo y de añoranza—, pero no lo era. Daniel era un genio haciendo creer a los demás que se dejaba convencer con facilidad, así todo el mundo creía estar en deuda con él. Era una gran persona y le echaré de menos toda la vida. Su muerte fue una desgracia, Marc. Un accidente.

—Yo... —balbuceó él—, no sé qué decir. —Respiró hondo y añadió—: Yo también echaré de menos a Daniel toda mi vida.

—Lo sabemos, hijo —contestó Marta, poniéndose en pie para acercarse a él. Se secó las lágrimas con las manos y lo miró a los ojos—. ¿Puedo darte un abrazo?

Marc soltó los dedos de Olivia y abrazó a la mujer, aceptando que ella le devolviese el abrazo con todo el cariño y el dolor que llevaba años guardando.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Pedro apareciendo al lado de su esposa—. Sé feliz, Marc. Has encontrado a una chica maravillosa y seguro que serás un gran padre. Marta y yo —su mujer ya se había apartado de él y tenía los dedos entrelazados con los de su esposo— te deseamos toda la suerte del mundo. Y si algún día te apetece venir a vernos, ya sabes dónde estamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Pedro. Gracias.

Los padres de Daniel se fueron en silencio y Marc volvió a quedarse inmóvil y callado.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó Olivia acercándose a él para acariciarle

la cicatriz—. Sé que somos felices y que casi nunca tienes pesadillas y que de verdad has empezado a superar todo lo relacionado con el accidente.

Él buscó sus ojos con los suyos.

—No puedo evitarlo, Martí —prosiguió ella—. Necesito hacerte feliz y no pararé hasta que lo seas cada día de tu vida. Álex me dio el número de los padres de Daniel y Martina me dijo que en una ocasión había hablado con ellos y que se sentían muy mal por cómo te habían tratado e insistió en que tenías que verlos. Me arriesgué y si te ha molestado, lo siento. Pero de verdad creía que...

Él le tapó la boca con una mano.

—¿Estás embarazada, Millán? —le preguntó con voz ronca.

Había oído lo que Marta había dicho en medio de su disculpa y no sabía si era verdad o si Olivia se lo había inventado para ganarse la simpatía de ambos. Ella nunca decía mentiras, así que quizá Pedro y Marta habían malinterpretado algo o... Tenía que saberlo.

Apartó despacio la mano de los labios de Olivia y esperó, con el corazón en un puño.

—Sí.

A él casi se le paró el corazón.

—Sé que ninguno de los dos contaba con que fuese tan rápido. Sólo hace unos meses que nos casamos...

Marc la calló con un beso.

Le sujetó el rostro entre las manos y la besó sin ocultarle nada. Sin ocultarle que la amaba y que sin ella moriría. Sin ocultarle que estaba temblando y que el corazón iba a salirle del pecho. Sin disimular que ella podía hacer con él lo que quisiese.

—Esto sí que es un beso, Martí —dijo Manuel, entrando por la puerta de la cocina.

Olivia y él dejaron de besarse, pero no se separaron.

—¿Va todo bien, jefes? —les preguntó Lucrecia, que entró detrás de su marido.

Olivia miró a Marc y dejó que él respondiese.

—Todo va mejor que bien —contestó en voz baja—. Vamos a tener un hijo —añadió, elevando el volumen antes de volver a besar a su esposa apasionadamente.

Todos enloquecieron. Lucrecia fue a buscar a Natalia y a Roberto y Manuel empezó a llamar a gritos a Tomás. Cuando estuvieron todos reunidos, descorcharon una botella de champán y brindaron por el futuro.

Un futuro que a Marc nunca le había parecido tan brillante.

Esa misma noche, tumbado en la cama después de hacerle el amor a Olivia, pensó que lo único que le faltaba para que su felicidad fuese completa era que Martina, su hermana que tanto lo había ayudado durante los meses que Olivia y él estuvieron separados, también fuese feliz. Y con ese objetivo en mente, alargó la mano y cogió el móvil de la mesilla de noche.

—¿A quién llamas a estas horas? —le preguntó Olivia, recostada en él.

Marc se llevó un dedo a los labios para indicarle que no dijese nada.

—¿Leo? —interpeló en cuanto descolgaron el teléfono—. Martina me contó que se olvidó unos pendientes en tu casa. Sí, soy su hermano. Te pido que me los devuelvas cuanto antes. ¿Cómo que por qué? —Bufó—. No es que sea asunto tuyo, pero, en fin, da igual. Necesito los pendientes porque Martina quiere ponérselos para la boda. ¿Cómo que qué boda? La suya.

Y colgó.

—Martí, tu hermana no va a casarse con nadie —dijo Olivia, atónita.

—¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo? Martina va a ponerse esos pendientes el día que se case con Leo —afirmó muy satisfecho consigo mismo—. Tú has dicho antes que necesitas hacerme feliz. Y me lo haces tanto que por tu culpa ahora yo necesito hacer feliz a todo el mundo. ¿Satisfecha? Te amo, Millán, pero has creado a un monstruo.

Olivia se apoyó en él y lo miró.

—Yo también te amo, Martí. Y, sí, estoy muy satisfecha contigo. —Se acercó a sus labios y le dio un beso—. Aunque dentro de un momento voy a estarlo más. Ahora, señor Monstruo, coloca las manos en el cabezal y no las muevas.

Él sonrió y obedeció.

—Y cuando termine, acuérdate de llamar a tu hermana y avisarla.

—Está bien —dijo Marc, consciente de que tenía que prevenir a Martina sobre la inminente visita de Leo—. Pero ahora sigue con lo que estabas haciendo. Creo que nunca me acostumbraré a tus besos.

—Tranquilo, tienes toda la vida para hacerlo.

* * *

Biografía



Anna T. Casanovas nació en 1975 en Calella, un pueblo de la provincia de Barcelona, y es la mayor de una familia de seis hermanos que, junto con su marido, son su mayor fuente de inspiración. Tras estudiar la carrera de Derecho, trabajó en una entidad financiera hasta que se publicó su primera novela, *Nadie como tú*. En la actualidad continúa escribiendo y, además de seguir con la línea de romántica contemporánea, ha publicado «La Hermandad del Halcón», una saga histórica.

Recientemente ha comenzado una nueva andadura, bajo el pseudónimo de Emma Cadwell, con «Los guardianes de Alejandría», una serie protagonizada por seres extraordinarios, que también publica Esencia.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra, incluidos sus populares relatos, en www.annacasanovas.com

Hotel California

Anna Casanovas

© de las imágenes de la portada, Mireia Rodríguez / My umbrella

© de la fotografía de la autora, Teresa Belmonte Vila

© Anna Turró i Casanovas, 2012

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662 - 664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ISBN: 978 - 84 - 08 - 03601 - 2 (epub)

Doc:



Epub



